

Libros del Asteroide 

Pedro Mairal Maniobras de evasión

Edición y selección de Leila Guerriero



Pedro Mairal

Maniobras de evasión

Selección y edición de Leila Guerriero

Libros del Asteroide 

Índice

Portada
Maniobras de evasión
Quiero escribir pero me sale espuma
La novela que no estoy escribiendo
La importancia del deporte
La entrega
Campamento en Maschwitz
Jardín de infantes
Su vulva aterciopelada
Tocar a Gimena
Un ómnibus en el aire
El sobrino de Bioy
El extranjero
Apago el motor
Babas del diablo
La niebla
Adiós, señora Ana
La poesía del hombre invisible
El anatomista
Desde el camión
Ensayo sobre las tetas
El culo de una arquitecta
Conducta en los cócteles
Detrás de Natalia
El gran guionista
Muriendo bajo la lluvia
Mudanzas al Paraguay
Notas de aeropuerto
Latinoamérica queda en Europa
La *Grève*
La catalana

Bajofondo bogotano
El viaje dentro del viaje
Para Hilde
Qué pena me da tu caso
Mofongo con churrasco
Oración
Es ahora
Un mail
Enero en Buenos Aires
Las cosas cuando terminan
Agradecimientos
Origen de los textos
Colofón

Primera edición en Libros del Asteroide, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Pedro Mairal, 2015
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

Copyright © Selección y edición, Leila Guerrero, 2015
La primera edición de este libro fue publicada en 2015 por Ediciones Universidad Diego Portales, Chile.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Daniel Mordzinski

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-87-4
Composición digital: Newcomlab S.L.L.
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro es de Inés, es para Inés, es por Inés.

Quiero escribir pero me sale espuma

Hoy me mandaron un cuestionario de una revista cultural de esos que dicen: «¿Qué autores argentinos considera más significativos en la última década? ¿Cómo ve la relación entre literatura y mercado? ¿Qué opinión le merece la literatura argentina actual?». Me cayó encima un cansancio profundo. Creo haber contestado esas preguntas por lo menos cinco veces para otros medios o quizá incluso para la misma revista. Podría hacer «copiar y pegar» con respuestas que tengo por ahí y que figuran en internet. No sé qué quieren demostrar esas encuestas. No sé por qué acepto contestarlas. Estoy empezando a pensar que la literatura no existe más, al menos para mí, y me alegra. Desde hace casi dos años estoy escribiendo columnas y artículos para revistas y diarios argentinos, colombianos y mexicanos. Ese nuevo oficio me lleva a meterme en lugares extraños, que a veces me interesan, como el viaje en un camión de carga que me tocó hacer hace un par de meses para escribir un artículo de una revista argentina.

Escribir esos textos me saca toda las ganas de escribir otras cosas. No tengo ganas de escribir una novela. Sueño novelas, pero no me siento a escribirlas. Tampoco cuentos, salvo que me pidan algo para publicar en una antología y que justo tenga una idea en la cabeza. A veces escribo un cuento a pedido y después no lo mando, porque no me gusta cómo queda. Saco fotos, escribo guiones y estoy tomando clases de percusión; aprendo lentamente, veo el progreso ahí, algo que voy haciendo cada vez mejor aunque soy claramente un novato. Notar esos avances me entusiasma, saber que hay cosas que el cuerpo puede aprender como aprendió a nadar o a andar en bicicleta, habilidades que no se olvidan. Cada tanto saco una canción en la guitarra: hace un tiempo fue *No me arrepiento de este amor*, de Gilda, después *Jamaica farewell*, una canción que cantaba mi madre y que reencontré en un disco de Caetano Veloso. Hace poco saqué un tango viejo y también una canción mexicana que dice «si te cuentan que me vieron muy borracho, orgullosamente diles que es por ti». Las canto solo, las practico, me imagino

que las canto frente a mis amigos. En general no me gustan las guitarreadas. A veces por el pozo de aire y luz del edificio suben unas zambas cantadas en coro por chicos de provincia que vienen a estudiar a la capital. Se podría decir que ese es el ruido exacto de la soja.

Pero ¿qué es este escepticismo profundo con respecto a la literatura, a mi literatura digamos mejor? ¿Por qué quiero escribir pero me sale espuma? ¿Por qué tampoco escribo más poesía? Hace ya unos años entregué mi escritura al zumbido de la banda ancha. Textos cortos, respuesta inmediata, amigos, amigas, cachondeo. Los blogs me sirvieron para atomizarme, ocultarme en seudónimos, escribir como gente que no soy yo, como personas que llevo dentro, voces o quizá fuerzas verbales. Disfruté mucho de eso, de la libertad de zafar de mí mismo. Después los seudónimos se fueron revelando y arruinando, a veces porque alguien revelaba que era yo, a veces porque se notaba. Incluso por amor propio yo mismo me ocupé de confesar que era el autor de algunos textos. Llevo cinco años escribiendo en internet, trabajando no sé si para mí, o para Google o para Blogger. com. Y eso me cambió el paradigma de la comunicación de la escritura, la idea de lector, la idea de mí mismo como autor. Ahora me cuesta pensar en libros en papel, textos míos en formato libro, impresos. No tengo problemas con lo ya escrito para ese formato, pero sí me está costando pensar en nuevos libros. Estoy tratando de ver si hay un libro en todo lo que escribí estos cinco años, un libro que se llame *La novela que no estoy escribiendo*, pero no sé todavía, no sé qué es lo que mantiene unida en papel toda esa masa de textos. Sé que en los blogs se mantenía unida por la red de redes, por el blog mismo, por la banda ancha, que de alguna manera vincula, asocia y justifica los textos. Pero en papel ya es más dudoso. A los libros que se originaron en blogs, cuando los abro en la librería, me parece que les falta un *switch* para encenderlos, son como blogs apagados.

Es raro: en plena crisis de fe literaria me piden que diga en qué creo. La verdad que tengo mucha fe en algunos autores de mi generación. En los libros que van a escribir o que escribieron. Fabián Casas está escribiendo, Damián Ríos va a reeditar su novela *Habrà que poner la luz*, Gabriela Bejerman sacó *Linaje*, Cucurto tiene un nuevo libro de poemas que va a editar Vox, ojalá Félix Bruzzone saque otra novela y Samanta Schweblin escriba alguna, y

Santiago Llach publique su prosa, y que Luciano Lamberti saque más libros de cuentos. Creo mucho en los libros que todavía no leí.

Con respecto a mí, ¿en qué creo? Creo en seguir explorando. Creo en lo inesperado y en el silencio también y en la acumulación temporal. Y en los detalles también creo. Anoche, por ejemplo, estuve pensando en la evolución de las cubeteras de hielo. Cuando era chico, en los setenta, había unas cubeteras de aluminio, como una bandejita dentro de la cual se ponía una rejilla de metal que dividía el agua en cubitos. Pero dividía mal, quedaban pegados por abajo y por los bordes; para vaciarlas había que azotarlas con mucha fuerza sobre la mesada de mármol y volaban pedazos amorfos de hielo por todas partes. Después, en los ochenta, aparecieron las cubeteras de plástico de hielos con forma de pirámide trunca, los clásicos cubitos. Pero eran de un plástico rígido que se rompía cuando uno trataba de hacer un poco de torsión para que se soltaran los hielos y quedaban rotas por la mitad en grupos de cuatro cubitos que de nuevo había que azotar contra la mesada. A finales de los ochenta aparecieron unas de goma marrón con forma de rolito, hacían unos hielos cilíndricos con un hueco en medio, pero el eje o apéndice de goma que provocaba ese hueco se adhería al hielo como un perro abotonado, no había forma de sacarlo; golpear la cubetera no solucionaba nada, había que forcejear tironeando los hielos de un modo cruel. En los noventa, con las heladeras importadas aparecieron unas con forma de huevera, que hacían unos hielos como una media esfera, muy poco satisfactorios, porque quedaban chiquitos aunque es cierto que eran fáciles de sacar. Y ahora hay unas cubeteras de silicona muy bien hechas con cualquier forma que uno quiera, forma de tetris, de letras, de hexágonos, de estrellas, una evolución del diseño industrial, el concepto de «*funny*», la vida nocturna, etc. Hace un tiempo, en un raptó romántico, le regalé a una chica una cubetera fucsia con forma de corazoncitos. Justo ese día nos peleamos y a la semana me mandó una foto de los cubitos que decía «ahora entiendo, tenés el corazón de hielo, hijo de puta».

La novela que no estoy escribiendo

La novela que no estoy escribiendo estos últimos meses es una sucesión de imágenes de la periferia de los congresos literarios, la espalda de las charlas de las ferias del libro, eso que pasa en las combis y en los aviones que llevan y traen a los autores, lo que se ve en los aeropuertos, o en la televisión del hotel, o en las escapadas exploratorias entre dos mesas redondas por las calles nuevas.

La importancia del deporte

Siempre tuve un desfasaje entre mi cuerpo y mi edad. La gente que no me conoce me da cinco años menos. Ahora ya no me molesta, incluso me alegra, porque veo a mis amigos quedándose pelados, echando panza y canas, mientras yo sigo como Dorian Gray, escondiendo un cuadro que envejece por mí.

Crecí con ese desfasaje. Siempre me sentí chiquito, más flaco, más petiso que los demás, menos peludo, menos hombre. Era el segundo de la fila; el primer puesto lo tenía un amigo que en ese tiempo todavía no era un coordinador de varias ONG a lo ancho del planeta, sino uno de los pocos tipos a quienes yo no tenía que mirar hacia arriba para hablarle.

Estábamos siempre ahí adelante, mientras se izaba la bandera, en el patio, en esas filas que nos ponían tan en evidencia todas las mañanas. ¿De dónde habrá salido esa costumbre de poner a los chicos en fila por orden de estatura? ¿Era para que quedáramos prolijos? ¿Cómo no se daban cuenta de que era como ponernos por orden de peso, del más flaco al más gordo, o por orden cromático, del más rubio al más morocho, del albino al africano, pasando por todas las gamas? Nadie lo veía mal. Era lo más natural del mundo. Los más petisos íbamos adelante, primeros. Los más altos atrás. Y no se discutía.

Debe ser una cosa militar, medio obsesiva con la prolijidad. Una especie de orden primitivo. Como ordenar los libros en la biblioteca por color. Pero a mí me parecía ideado para humillar a los más bajos. Quizá sería para vernos mejor desde el frente y controlarnos. Yo me vengaba mentalmente ordenando en mi cabeza a los profesores por orden de estatura. El director, el licenciado Chiampiti, era el más bajo. Me imaginaba a todo el secundario en fila mezclado con los profesores por orden de estatura y a Chiampiti casi con nosotros, delante de todo, y enseguida la profesora de Química, y después el de Matemáticas, al que le decíamos «el Pollo». No servía para nada ser el primero de la fila, no ofrecía ningún beneficio.

Es difícil idear formas del orden todavía más humillantes para escolares: quizá ordenarlos por coeficiente intelectual, por ejemplo, o del más rico al más pobre. A eso no se animaron. Ahora que lo pienso, como todo sistema efectivo, el orden de estatura se establecía casi solo. Me suena mucho la frase «señores, se ubican acá en una sola fila por orden de estatura», me parece haberla oído varias veces. Pero creo que ya lo hacíamos automáticamente: los más altos iban empujando hacia delante a los más bajos; en los casos de altura empatada, se ponían espalda con espalda y un tercero arbitraba.

Me acuerdo de llegar después de cada verano al primer día de clase y tener la esperanza de estar más alto, la sensación de que había pasado tiempo y que quizá había crecido en esos tres meses, y toparme en el patio con unos tipos medio irreconocibles, mis amigos deformados por las hormonas, con la voz cambiada, huesudos, altos, muy altos, con una seguridad y una fuerza que a mí no me habían sido dadas. Creo que por eso me obsesionaba la serie de televisión *El increíble Hulk*, la veía todas las tardes y soñaba con ser Bill Bixby que le advertía «No soy yo cuando me disgusto» a la gente que lo ponía nervioso; soñaba con pegar el estirón ahí delante de todos en medio de la clase, romper la camisa, los pantalones, con músculos, con mucha fuerza, hacerme hombre de golpe, asustando a todos, inquietando a las chicas, y salir corriendo del colegio ya como el fisicoculturista Lou Ferrigno, gruñendo, en cuero, descalzo, pero sin estar pintado de verde.

Siempre tuve que conformarme con este crecimiento imperceptible, esta especie de invariabilidad. Y la altura no fue lo peor. Lo peor fueron los pelos, la ausencia de pelos, los años de lampiño. Esas comparaciones de vestuario, esa preocupación. Mirar a los otros y mirarme. Y preguntarme cuándo, cuándo me iba a tocar a mí, cuándo sería mi turno de ir caminando hacia las duchas desnudo y con aplomo, usando la toalla no para taparme como una nena, sino para ir pegándole latigazos en el culo a los distraídos, desfilando mi pelambre, mi sombra de mamífero sexual. Yo me cambiaba apurado, medio sentado, ocultando mi lampiñismo. Cuando volvíamos de un partido, me mojaba la cabeza en los lavamanos para que los profesores creyeran que me había bañado y me ponía los pantalones con las costras de barro en las rodillas. No iba a las duchas, me volvía a casa mugriento pero invicto de las burlas.

Todo era un poco así en el colegio. Cuatro divisiones con veinticinco alumnos cada una. Cien chicos y chicas por año. Quinientos en todo el secundario. Era sólo cuestión de pasar inadvertido. Me hice campeón en eso. Era como el juego del quemado, donde un tipo se paraba en el medio de la cancha de básquet y empezaba a desnucar a los otros a pelotazos, y los desnucados pasaban a su bando y se dedicaban a desnucar a más y más gente. Yo me perdía en el tumulto, me hacía invisible. Camus decía que el fútbol le había enseñado todo lo que necesitó aprender en la vida. A mí me pasó lo mismo con el quemado. Por ahora vengo zafando. Aunque sé que el pelotazo final algún día me lo van a dar. Soy el último desesperado corriendo en pantalones cortos, en invierno, sabiendo que la pelota de básquet lanzada con saña por esos compañeros sedientos de sangre va a llegar y va a doler como trompada contra la espalda, contra la cara, contra el muslo congelado.

Incluso yo jugaba al rugby así, inadvertido. En el primer día de rugby, a los ocho o nueve años, la pelota voló por el aire y se me ocurrió atajarla. Un batallón de hiperactivos con botines de tapones de aluminio se me vino al humo; me chocaron y me aplastaron en el piso. A partir de ese momento, para mí, la regla número uno del rugby pasó a ser: «Manténgase lo más lejos posible de la pelota». El secreto entonces era simular que hacía el esfuerzo, que la buscaba, que me metía. Era una actuación muy fina: todos jugaban al rugby, pero yo en cambio actuaba que jugaba. Era más difícil. En cierta forma tenía más mérito. Era una simulación, pero no había que sobreactuar porque se podían dar cuenta. Había que encontrar un equilibrio, meterse pero llegar justo tarde, cuando la pelota ya estaba saliendo de la pila de gente. Arrojar sobre la montonera pero cuando ya no había muchos más jugadores para que te cayeran encima. Estar muy atento, anticipando la jugada para correr hacia el otro costado, como esperando un pase que no se daba pero que se podría haber dado. Tenía que adivinar lo que podría haber sido pero no era, moverme en esa orilla. Era un juego secreto, de supervivencia, que yo jugaba dentro del gran juego. Igual que ahora, supongo, en este juego enorme de la adultez practico este otro juego paralelo, casi invisible, de la literatura, simulando que trabajo, simulando que sí, que soy un hombre con currículum que paga impuestos, pero soy torpe y no me creo nada y sé que están a punto de aplastarme y anticipo, esquivo, hago como que corro con todos, pero siempre

me siento al margen, soñando otra cosa, nunca me creo la vida, ese juego tan raro que practican los demás.

La entrega

Desconecté la *laptop* que estaba en el living y la traje a la cama para escribir. La apoyo sobre mis piernas en una almohada. No quiero despertar a mi hijo que está durmiendo ahí. Tengo un departamento de dos ambientes y algunos días de la semana él se queda conmigo. Mañana temprano lo llevo al colegio. De a poco se está acostumbrando a dormir en el sofá cama de la habitación de al lado. El primer día que vio dónde iba a dormir me dijo: «Pa, mi cuarto es también el living y el comedor». Un niño perspicaz; tiene ocho años. Por ahora no puedo alquilar algo mejor. Aunque no está mal el departamento. Pero no es de eso de lo que quiero hablar, sino del impulso que sentí ayer y antes de ayer cada vez que pensaba en escribir lo que estoy escribiendo ahora. Cuando premeditaba esto manejando, o bajo la ducha, o tirado en la cama, me parecía que tenía en la punta de la lengua toda la fuerza verbal, la cadena de frases que me iba a llevar a lo largo de estas páginas. Podía sentir esa vaguedad sintáctica del fluir de conciencia, esa instancia previa al lenguaje articulado donde todo parece posible. No diría que es una sensación falsa, porque lo que se siente realmente es que el texto ya está ahí, se intuye el párrafo, la progresión de imágenes, de ideas, la posible secuencia orgánica de la frase. Ese sueño diurno es real, esa emoción estética existe. Pero uno se sienta frente al teclado para escribir y esa ilusión de gracia se vuelve torpeza, como quien soñó que bailaba livianamente y una vez despierto intenta sin suerte hacer lo mismo.

Quizá lo que llaman oficio de escritor no sea más que ser capaz de soportar esa desilusión, sabiendo que uno se entrega a lo desconocido, porque en esta gran incomodidad de las palabras reales y toscas hay una aventura, algo hacia lo cual nos movemos a tientas. Por ejemplo, ahora no sé para dónde irán los siguientes párrafos, y sin embargo estoy dispuesto a ir interrogando al lenguaje para ver la dirección que voy a tomar. De vez en cuando necesito dejarme llevar por la improvisación, porque en general trabajo dentro de estructuras y géneros literarios preestablecidos: novelas, cuentos, poemas,

todas cajitas dentro de las cuales me muevo; novelas como casas, relatos como edificios de departamentos, poemas de dos ambientes, *este poema es el living y también el comedor, pa*. La improvisación se me cruza un poco con la escritura automática que proponía el surrealismo pero, como dice Watanabe, «(...) yo no soy surrealista, soy empleado», así que no me tomo esos exabruptos automáticos demasiado en serio; de hecho, mi inconsciente me aburre un poco. En general, me salen párrafos llenos de puteadas y obsesiones, palabras repetidas, trabalenguas, pura angustia verbal, anomia. Aunque de vez en cuando salen curiosidades en esa confusión, en ese caos; aparecen ideas para cuentos, pequeños pornohaikus, combinaciones extrañas, monstruos que me terminan gustando. Es un ejercicio que hago cuando estoy bloqueado, escribir lo que salga, un ejercicio por momentos más cercano a la mecanografía que a la escritura (iba a decir literatura, pero últimamente prefiero evitar esa palabra).

Lo bueno de no saber para dónde vamos es que nos permite salirnos de nosotros mismos por un rato, como esos momentos del viaje en los que uno guarda el mapa y se entrega al enredo de las calles desconocidas, se aleja del circuito trazado previamente... Ahora que lo pienso esta metáfora del autor entregado a los vericuetos del lenguaje como el *flâneur* paseando perdido por la ciudad ya la explotó muy bien Cortázar, así que mejor no agarro por ahí. A veces me gustaría escribir sin metáforas, sin comparaciones, porque la comparación es un recurso que uso demasiado, *esto es como esto otro, A es igual a B*, todo termina teniendo un cachivache adosado, toda idea termina entorpecida con una bola de preso atada al tobillo. Ahí, por ejemplo, acabo de hacerlo otra vez. La manía se debe seguramente a que me cuesta mucho pensar en abstracciones puras. Siempre transformo en imágenes las ideas, no las dejo en paz, necesito corporizarlas, volverlas tangibles. La matemática es para mí un mundo fantasma que se me escapa de la cabeza, no logro aprehenderlo, salvo que esté convertido en geometría, esa disciplina que de alguna manera logra fotografiarle el alma a la matemática y la vuelve un poco más visible. Siempre me fue bien en geometría. Acepto la idea de un espacio abstracto, pero no logro concebir la pureza de los números.

Por eso escribo, supongo, porque me gusta recrear la experiencia sensible a través del lenguaje; quiero que el lector toque, huelga y sienta que

está ahí, intento hacerlo con pocas palabras, dejándole zonas incompletas, como para que su cerebro termine de armar la situación. Hay un dibujo de Picasso donde se ve un ramo de flores, una está muy bien dibujada, las demás son apenas garabatos, pero nuestro cerebro las completa, las vuelve flores perfectas. Picasso nos induce a que lo hagamos, las flores suceden dentro de nosotros, florecen, nosotros las inventamos. Me interesa esa escritura que confía en el lector y arma esa especie de máquina que el lector echa a andar como mejor le parece, a su velocidad, con su propio estilo. Por eso prefiero no indicarle al lector cómo tiene que leer. No me gustan los textos sobreexplicados, la profundidad explícita. Como esos amigos (acá va otra comparación) que nos hacen escuchar una canción y nos señalan las mejores partes y nos dicen «escuchá qué triste este solo» y ya a nosotros no nos parece tan triste porque nos dijeron lo que teníamos que sentir. Hay escritores que escriben así, señalando lo profundo de su historia. Yo prefiero pasar por superficial, pero teniendo en cuenta que en la superficie aflora lo profundo de la vida. Y hasta diría que no existen los autores profundos sino los lectores profundos.

Me gusta Chéjov, ese médico que cuenta casi riéndose situaciones llenas de dolor. La habilidad de Chéjov es lograr que ese dolor sea intuido por los lectores, sacado por los lectores mismos desde ese fondo negro inexplicado. Ahí está el arrojito y la aventura de un lector: poner todo de sí, volcar su propia experiencia en la lectura, aceptar el juego, la invitación que el autor hace, como los chicos cuando dicen «dale que ahora somos piratas y atacamos un barco y le prendemos fuego». El lector, el buen lector, contesta *sí, dale*, e inventa también el juego a su vez. Porque uno abre un libro y lo espera todo de ese libro. Uno está dispuesto a darse entero en la lectura, a darle atención, silencio, uno renuncia a la realidad cuando se abstrae leyendo, se transparenta, se ausenta. Está bien inventada la expresión *volcarse a la lectura*, porque uno se vacía hacia la palabra escrita y entrega la imaginación a esa existencia paralela, dispuesto a dejarse llevar... Hasta acá llegué cuando de pronto apareció mi hijo en el marco de la puerta tomándose lo que quedaba de agua en su taza de Dragon Ball Z. *Tengo mucha sed, pa*. Me levanté, él me siguió a la cocina y abrimos la heladera. Saqué el botellón y le serví. Mientras se tomaba el agua helada a grandes sorbos, lo miré y lo vi como por primera vez,

porque estábamos metidos dentro de un poema breve y simple que decía que a mí me gustaría escribir así, como dándole agua a mi hijo en medio de la noche.

Campamento en Maschwitz

Están todo primero y segundo grado desarmando las carpas, haciendo las mochilas. Se acabó el fin de semana en Maschwitz, el primer campamento de nuestra vida. No es muy lejos de Buenos Aires, vinimos en un ómnibus y acampamos junto a un lago, bajo unos eucaliptus. El suelo está cubierto de hojas verdes, amarillas y rosadas. Tuvimos que traer una lista de cosas: bolsa de dormir, linterna, jarro enlozado, cantimplora, repelente para insectos, brújula, soga de diez metros. Fue muy divertido desplegar todo ese arsenal durante el fin de semana, pero ahora hay que intentar guardarlo y sobran cosas que quedaron desparramadas, sin dueño. El Gómez, que es profesor de educación física, pasa uno por uno ayudando a armar bien las mochilas. Yo anoche me hice pis en la bolsa de dormir. Nadie lo sabe. El Gómez desarma las mochilas que están mal armadas y las arma de nuevo. Desenrolla la bolsa de dormir en la luz pública y la vuelve a enrollar. Eso es malo, porque se va a notar mi pis.

Anoche traté de concentrarme en no hacerme pis pero me olvidé. En algún momento me quedé dormido sin acordarme de eso, porque estábamos divertidos con el Vaca y Crespo y Miguel por la novedad de dormir en carpa: probábamos las linternas, lo iluminábamos en la cara a Fidalgo mientras dormía, hablábamos mal de él, hasta que dijo «estoy despierto y escuché todo», y nos reímos más todavía. Entonces en algún momento me dormí sin acordarme y a la mañana sentí que estaba mojado y recé para que fuera sudor pero no era, y encima se notaba. Yo sé que hay cosas más graves, que a otros les pasaron cosas peores. Por ejemplo, Diego Larroque casi se muere ahorcado con la soga de diez metros de nailon plastificada cuando jugaba con Rosemberg a las ejecuciones; pataleó un poco y el profesor Inchauspe corrió y lo salvó. O Teibal y Giménez, que se perdieron porque se fueron lejos para probar la brújula. O Manfredi, que se clavó un anzuelo en el dedo y se lo tuvieron que sacar los choferes del ómnibus con una tenaza. Pero eso no me consuela. Igual la cosa para mí es grave, no me gusta.

Trato de armar bien la mochila, para que el Gómez no me la desarme, pero no puedo, me sobran puntas de cosas, lo que estaba antes bien doblado ahora es un bollo que ocupa el triple de lugar y no entra. El Gómez ya está con Aguirre, al lado mío. El próximo voy a ser yo. La mochila de Aguirre está bastante mal, y el Gómez se la desarma. Cuando está tratando de enrollar la bolsa de dormir, ve un círculo oscuro. Yo también lo veo y me sorprende que Aguirre pertenezca a la misma hermandad secreta. El Gómez huele el círculo oscuro y le dice: «¿Te hiciste pis?». Aguirre apenas asiente con la cabeza, como diciendo «Sí, pero mantengámoslo entre nosotros». «Esto hay que secarlo», dice el Gómez y con toda naturalidad, sin siquiera sospechar que está traumatizando de por vida a mi pobre camarada, cuelga la bolsa de la rama de un árbol. Las risas empiezan a crecer, la bolsa de dormir flamea en la rama con el círculo oscuro en el medio: es la bandera de los incontinentes.

Yo aprovecho el revuelo para agarrar mis cosas y caminar como si buscara algo. «Me olvidé la cantimplora en el lago», digo en voz alta aunque nadie me está oyendo. Camino hacia la orilla, saco la cantimplora y me pongo a cargarla con agua con la mochila a la espalda, agarrada con una sola tira. El movimiento me sale bien: un resbalón común, bastante posible, y la mochila está en el agua. La demora en sacarla también es creíble, porque está totalmente ensopada y muy pesada. Es un triunfo absoluto, y por eso aguanto muy bien las burlas, incluso afronto sin problemas el reto del Gómez que me hace sacar todo y desplegarlo sobre el pasto. Lo hago con tranquilidad, ocultando la sonrisa porque está todo igual de mojado y oscuro. Mi bandera de pis no se nota para nada y pienso que ojalá, cada vez que duermo en la casa de un amigo, pudiera a la mañana siguiente inundar la habitación abriendo todas las canillas o sumergir la casa en el fondo del mar o algo así, para evitar esa evidencia terrible de los colchones mojados secándose al sol.

Jardín de infantes

Mamá me lleva al jardín y me da un jarabe envuelto en papel madera. Me lo da con una nota para la maestra. En el auto le digo que no quiero tomarlo y me dice que lo tengo que tomar igual. ¿Por qué lo tengo que tomar? Porque sí. No lo quiero tomar, ¿por qué lo tengo que tomar? Mamá se harta y me dice: «Porque si no lo tomás, te morís». Entro al jardín. Es demasiado temprano. Todavía está oscuro y no hay nadie en el patio. Me trepo a uno de esos caballetes para hacer gimnasia. Llega otro chico y también se trepa. Estamos jugando y el frasco de jarabe se me escapa de la mano, se resbala del envoltorio de papel, se va al suelo, no lo veo caer, pero escucho que se hace pedazos sobre el piso del patio. Un piso de cemento con agujeritos cuadrados. Ahí está el jarabe desparramado y los vidrios rotos. Empiezo a llorar. Una maestra me lleva para adentro y trata de calmarme y me dice que no me preocupe, pero es muy difícil calmarte o no preocuparte cuando sabés que te vas a morir porque se te rompió en el suelo el frasco del remedio que tenías que tomar para no morirte y no hay solución, un frasco de vidrio roto no se arregla y mamá ya se fue y acá estoy entre toda esta gente que me mira y no sabe que yo dentro de un rato me voy a morir.

Su vulva aterciopelada

Me acuerdo de esos libritos porno que llevaban mis amigos al colegio. Se vendían en los kioscos. Yo nunca tuve el coraje suficiente para comprarme uno, pero los recibía pasados de mano en mano, de bolso en bolso, de baño en baño. No me acuerdo exactamente de los títulos, pero debían ser algo así como *El éxtasis de Karen Hills*, o *Harem de pasión* o *Lujuria en París*. No tenían fotos. Las revistas con fotos no convenía llevarlas al colegio porque enseguida se armaba un tumulto de mirones y aparecía un celador y las confiscaba. En cambio estos libritos pasaban desapercibidos porque a nadie le interesaba lo que uno estuviera leyendo, mientras estuviera leyendo.

En ese tiempo yo me olvidaba siempre la ropa de gimnasia, así que me pasaba horas al borde del campo de deportes leyendo las descripciones minuciosas de esos acoplamientos heroicos, pasando rápido las páginas a la intemperie con la erección apretada contra el pasto. Imaginaba esas historias ambientadas en la luz difusa y vaporosa de las fotos de *Playboy*, esas mujeres turgentes y extasiadas, con un aura erótica irradiada desde la plenitud de sus orgasmos...

Perdón por la cursilería: lo que pasa es que me acuerdo de esas cosas y enseguida empiezo a hablar con el glamur de esos cuentos. Esas palabras, ese estilo lleno de imágenes sensoriales y metáforas. Por ejemplo, la expresión *su vulva aterciopelada*, que se repetía cada tanto, como se repiten los epítetos homéricos *el alba de rosados dedos* o *Aquiles el de los pies ligeros*. Así era su vulva aterciopelada. Y estaba muy bien que reapareciera en distintos cuentos y sin variaciones, porque estaba perfectamente dicho. Para un varón de trece años que no había estado nunca con una mujer —y por lo tanto tampoco conocía cómo era una vulva—, la palabra *aterciopelada* le daba una idea muy clara y sobre todo táctil. Y sin duda era el tacto la mayor privación en la soledad de la adolescencia, en ese largo período que media entre las últimas caricias de los padres y los primeros escarceos amorosos. El tacto era para uno lo más difícil de imaginar, porque la pornografía, al menos hasta

entonces, no había podido reproducirlo, a diferencia de las imágenes y los sonidos sexuales.

Tengo que confesar que al principio yo no conocía tampoco el terciopelo, aunque intuía que era algo suave. Terciopelo era una de esas palabras que estaba en boca de las mujeres de la familia cuando hablaban de telas como chifón, voile, matelassé. Pero un día, en algún cumpleaños en casa de un compañero de clase, la madre dijo algo muy esclarecedor: «Chicos, tengan cuidado con las papas fritas porque ese sillón es de terciopelo». Fue una revelación. Ahí estaba: era un sillón de un terciopelo encarnado. Me senté ahí inmediatamente, feliz, sin decir nada, y toqué despacio los apoyabrazos como hundiéndome en una vulva gigantesca. Creo que no me levanté ni para ver el video de *Rocky* que habían alquilado.

Tocar a Gimena

La palabra *tocar* me recuerda a Gimena, mi compañera de colegio, en el viaje de egresados del último año de la secundaria. Y más específicamente en el ómnibus que nos llevaba de vuelta al hotel, después de una excursión al cerro Catedral, en Bariloche. Mientras los demás se habían deslizado montaña abajo en unos trineos de plástico, los varones más escépticos nos habíamos escondido a fumar y a mear en la nieve, detrás de una cabaña de troncos. Yo fumaba y hacía como que vigilaba que no viniera un profesor, pero en realidad la miraba a Gimena que estaba con un suéter violeta, riéndose y sacándose fotos con las otras chicas.

Cuando nos hicieron subir de vuelta al ómnibus, logré sentarme en el fondo. No la vi venir. La vi cuando me pasó por arriba de las rodillas y se sentó a mi lado, contra la ventana. Me pasó por arriba, de frente, agarrándome fuerte del pelo, con saña y con cariño. Acá tengo que aclarar que Gimena había estado de novia con uno de mis amigos y por eso mismo estaba prohibida para mí. Nos tocábamos muy casualmente, sólo como amigos, pasándonos un brazo sobre el hombro alguna vez, cuando caminábamos todos juntos. Y uno de los últimos días de clase, cuando varones y mujeres cambiamos ropa para salir travestidos al patio, yo cambié ropa con ella. Mis pantalones grises le marcaban el culo redondo y mi corbata le caía en diagonal por la pendiente de sus tetas.

Gimena se desplomó a mi lado. El cotorreo en el ómnibus duró poco. Ya estaba oscureciendo y nadie había dormido más de cuatro horas la noche anterior. Bajábamos por la pendiente y los sacudones del camino de montaña empezaron a arrullarnos. Gimena dijo: «¿Me puedo poner así?», y, sin esperar que yo le respondiera, recostó su cabeza sobre mi muslo izquierdo. Me quedó el brazo de ese lado en el aire; no sabía dónde apoyarlo. Todo era demasiado comprometedor: su cadera, su panza, hasta su hombro, porque para poner mi mano en su hombro tenía que posar mi antebrazo sobre sus tetas. Así que, alarmado, puse mi mano sobre el apoyabrazos de adelante, pero quedaba tan

ridículo que traté de apoyarme en la ventana y entonces Gimena me agarró la mano y me la hizo apoyar, con toda la naturalidad del mundo, sobre la lana violeta de su suéter.

«Tenés las manos calientes», dijo bajito. Y acurrucó sus dedos fríos en el hueco de mi mano. Yo envolví la suya dándole calor. De golpe entrelazamos los dedos y, de a poco, nuestras manos empezaron a tener vida propia, como dos animales que se estudian y se recorren, como dos perros en la plaza, arrojándose uno encima del otro. Yo no sabía que se podía sentir tanto sólo con la mano. De pronto era todo muy suave: yo le acariciaba el centro de la palma con el pulgar, o ella me recorría los dedos estirados. Y de pronto era fuerte, casi como una pulseada, un forcejeo.

Nadie nos veía. Yo miraba hacia el pasillo. De vez en cuando se levantaba alguien que cambiaba de asiento. Me acuerdo de la sensación de estar como cogiendo, pero sólo con una mano, mientras el resto del cuerpo simulaba estar vestido, discreto y sentado entre los amigos del colegio. Era todo tacto, encendiéndome el cuerpo entero de los pies hasta la nuca. ¿Cómo podían caber tantos besos en una mano? El roce mínimo de sus dedos era la mariposa que del otro lado del mundo provoca el terremoto. Todas mis terminaciones nerviosas parecían estar alerta. El bulto en mi pantalón había crecido hacia un costado. El pelo de Gimena estaba derramado en catarata sobre mi pierna. Entonces, con la otra mano, le pasé los dedos por el pelo. Le toqué suavemente la cabeza.

Las manos entrelazadas se calmaron un poco. Quedaron apoyadas exhaustas en la panza de Gimena. Parece una exageración pero fue así. Faltaba que cada mano se fumara un cigarrillo en la oscuridad del ómnibus. Pero el envión exploratorio seguía en mí. Le toqué el suéter, le recorrí la cintura por fuera del pantalón, las costuras y remaches y bolsillos. Le busqué con el dedo índice la piel de la cintura, apartando capas de ropa. El suéter, y abajo un buzo, creo (iba adivinando como un ciego), y abajo una remera metida en el pantalón. Un poco más cerca de la panza, la remera estaba fuera y por fin le encontré la piel. Con dos de mis dedos acaricié un centímetro cuadrado de su panza, mientras ella se hacía la dormida.

Fue lo más suave que toqué en mi vida, como mármol blando, como hielo caliente, la panza plana, abajo del ombligo, los cinco dedos tocando su piel,

hasta el límite del elástico de su bombacha, un límite infranqueable, el hueso de su cadera, la pelusa casi imperceptible de la piel a lo largo de esa línea, y mi dedo que empujó el elástico, un poco, un dedo debajo de la tensión del elástico, dos dedos, más allá, avanzando, unos pelos más gruesos, y ella de golpe se puso de costado, se ovilló acercando las rodillas al pecho. Dejé la mano del delito sobre su suéter, asustado, casi pidiéndole perdón, y Gimena me la agarró y se la llevó a la boca. Se metió mi dedo en la boca. La boca mojada, la lengua, los dientes. Me chupó dos dedos, me dio como unos mordisquitos primero, hasta que me mordió fuerte. Me hizo doler. Y me siguió mordiendo despacio el pulgar. Después me volvió a agarrar la mano y la apretó contra ella, como cerrando el asunto, hasta que encendieron las luces del interior del ómnibus y hubo unas quejas de los encandilados y nos soltamos.

Cuando llegamos al hotel, ella me volvió a pasar por arriba y al oído me dijo «¡Shhh!», para que todo quedara en secreto entre nosotros. Yo cumplí, porque esta es la primera vez que lo cuento. Lo demás fue tristeza. Gimena se arregló con mi amigo antes de que terminara el viaje.

Un ómnibus en el aire

Me desperté un poco antes del choque. Quizá fue el ruido del ripio pegando en los guardabarros. O la tierra que entraba. Lo primero que me pregunté fue por qué el ómnibus estaría yendo tan rápido, tan descontrolado. Veníamos bajando de noche desde la Quebrada de Humahuaca a la ciudad de Jujuy, era un camino de montaña. Pero ¿dónde estábamos ahora? Algo andaba muy mal. Vi a nuestro guía pasar hacia atrás tratando de despertar a todos. Se tropezaba porque había algunos chicos durmiendo en bolsas de dormir en el pasillo. Gritó unas palabras que no recuerdo, una advertencia. El ómnibus se bamboleaba barranca abajo. ¿Qué pasa?, preguntó una chica. Y ahí golpeamos el suelo con una fuerza que nunca me voy a olvidar. Como si hubiéramos pegado contra una rampa de tierra. La Gran Patada de la Pachamama. Y volamos.

Fue el 18 de julio de 1988, durante las vacaciones de invierno. Estábamos en el último año de colegio. Un ex alumno había organizado ese viaje por el norte argentino. Salimos de Buenos Aires en un ómnibus viejo, cargado con carpas y mochilas. Los dos choferes se iban turnando para manejar. Hicimos campamento en el cerro Uritorco, en Córdoba. Me acuerdo que hacía mucho frío. Después llegamos a La Rioja, a Talampaya, esa especie de Cañón del Colorado. Todavía tengo algunas fotos. Treinta chicos y chicas abrazados, en posición de equipo de fútbol, obstruyendo distintos paisajes argentinos: Cafayate, las ruinas de los indios Quilmes, el Cerro de los Siete Colores en Purmamarca, el Tren de las Nubes... Un gran viaje, hasta que bajamos de la Quebrada de Humahuaca esa noche.

Después de cenar un plato típico y de escuchar y bailar música sagrada del altiplano, con ese soplido seco de los sikus y las quenenas, nos subimos al ómnibus. Algunos después dijeron que había dos chicas llorando sin motivo, como si hubieran tenido una premonición. Pero siempre hay alguien llorando en esos grupos. Ahora que recuerdo, antes de partir paramos a las doce de la noche para ver salir del campanario el santo patrono de Humahuaca, como de un gran reloj cucú. No sé si su brazo de madera en alto nos protegió o nos

mandó a todos al carajo. No estoy seguro. Quizá la Pachamama y el santo patrono midieron fuerzas esa noche. La sombra del cóndor y el Espíritu Santo. Dioses americanos contra dioses europeos. Quedamos en medio de esa batalla. O quizá fue simplemente el hecho de que estábamos en un ómnibus viejo y la pendiente del camino de montaña fue demasiado para el sistema hidráulico de frenos. Un problema mecánico. Y la ley de gravedad.

Lo que sé es que pocas horas después éramos una gran masa de inercia descontrolada volando en la noche oscura. Estuvimos en el aire un instante. Dos segundos, quizá. Pensé: me voy a morir. Después fue el ruido del golpe, o el golpe del ruido. La gran transformación. La liberación de energía contra la pared donde termina el universo. Por un momento no existió ni arriba ni abajo ni atrás ni adelante. Habíamos entrado en otra dimensión, en un silencio negro. Y alguien gritó.

*

Nunca había contado esto pero hoy es un día de viento y el toldo rojo que improvisé en el balcón para proteger mi escritorio del sol flamea como una bandera. La bandera que dice que estoy vivo y que lo puedo contar. Puedo meterme en ese lugar oscuro del recuerdo y puedo volver a salir, como salí del ómnibus no bien pude entender qué había pasado. Primero me toqué todo el cuerpo, me palpé la cabeza que tenía rapada porque me había salvado del servicio militar por sorteo y mis amigos me habían cortado el pelo con tijeras escolares, como se hacía entonces para celebrar que no entrabas al Ejército. No tenía heridas. Me toqué los brazos, las piernas. Lo hice muy rápido. No tenía nada quebrado. Tenía un golpe grande en una rodilla, pero me podía mover. Yo había estado sentado en los últimos asientos.

¿Dónde estaba ahora? Había perdido los zapatos. Vi una abertura arriba, algo de luz, y me trepé, chocándome con otros. Salí desesperado por un agujero en el techo pensando que se iba a prender fuego todo. Recién cuando estuve ahí arriba entendí que no estaba sobre el techo del ómnibus sino sobre uno de los laterales, porque habíamos volcado de lado. Había un poco de luz de luna. Abrí una de las ventanas, sobre la que estaba parado, y empecé a ayudar a salir a los que intentaban trepar. Después descubrí que podríamos

haber salido caminando por adelante sin treparnos, porque el frente del ómnibus se había abierto como una lata de sardinas. Pero en ese momento no se veía bien.

Ayudé como pude desde ahí hasta que salieron todos. No quería ir para adelante: sabía que allá tenía que estar lo peor. Después, cuando bajaron todos, salté a tierra y fui hacia delante despacio, me costaba pisar descalzo. Había vidrios y piedras. Había gente tirada. La carrocería se había torcido y las ruedas delanteras estaban en el aire como los brazos de un monstruo. Llevamos a algunos hasta el camino. Era casi imposible levantarlos. No hay nada que pese más en el mundo que una persona desmayada. Se oían quejidos y gritos confusos. Nuestro guía trataba de calmarnos. A los choferes no se los veía por ninguna parte. Pasó un ómnibus y se detuvo. Después, frenó otro. Con algún criterio subimos a los que parecían más graves. Yo terminé en uno de los colectivos, sosteniéndole la cabeza a un chico de otro curso al que no conocía demasiado. Lo escuchaba respirar con dificultad. Arrancamos. Le decía no te duermas, porque me sonaba mal decirle no te mueras. Los coyas que venían en el colectivo nos miraban espantados, como si fuéramos extraterrestres. Ninguno atinó a ayudar ni a decir nada.

Cuando llegamos al hospital de San Salvador de Jujuy, alguien me mandó a buscar un teléfono para llamar a Buenos Aires. En el hospital no había línea. Corrí con la pierna dolorida por la ciudad, a las tres de la mañana. La poca gente con la que me crucé se espantaba al verme: un adolescente cubierto de sangre, rapado, fuera de sí. Una pareja besándose en un auto amagó con arrancar hasta que me hice entender. Me explicaron que no iba a poder llamar desde ningún lugar, porque recién a las nueve de la mañana se habilitaba la línea telefónica. Seguí corriendo. En dos estaciones de servicio me dijeron lo mismo. Me perdí tratando de volver. Toqué el timbre en un orfanato frente a una plaza. Me explicaron cómo llegar al hospital. Cuando llegué, me enteré de que los choferes habían muerto y que varios de los chicos estaban muy mal. Entonces me desmoroné. Mi amigo Alejandro K., con quien veintisiete años después todavía nos vemos, y con quien nunca hablamos del tema, me levantó del suelo.

*

Al día siguiente nos llevaron a dos o tres a juntar las cosas en un camión de Defensa Civil. Recién ahí entendí lo que había pasado. Era un lugar llamado León (el nombre lo supe después), donde la pendiente del camino es menos pronunciada. Habíamos seguido de largo en una curva hacia el lecho de un río casi seco y habíamos pegado contra una piedra de tres metros de alto. La piedra nos frenó. Ahí estaba el ómnibus, de costado, con la parte delantera destrozada. Se podía entrar caminando por donde antes había estado el parabrisas. Las cosas que juntamos tenían sangre y gasoil y un desinfectante azul del baño que se había volcado. Hasta el día de hoy, el olor de los colectivos de larga distancia me trae de golpe ese recuerdo. Todo estaba roto. Hasta las pilas de los walkmans. Salvo la guitarra, que milagrosamente quedó intacta. Zapatos, ropa, mochilas, pedazos de carpas, comida, cámaras, souvenirs de las paradas anteriores... Tiramos todo dentro del camión. El jefe de Defensa Civil le regaló a los gendarmes que nos ayudaron unas barras de chocolate amargo que estaban desparramadas por ahí.

*

Nos llevaron de vuelta a Buenos Aires en un avión Hércules de la Fuerza Aérea. Los heridos que podían viajar iban en camillas, y los sanos íbamos sentados rodeando los dos féretros de los choferes. No me acuerdo cómo se llamaban. En algún lugar anoté sus nombres y juré no olvidarlos nunca. El apellido de uno era Bianco. Cuando juntamos las cosas en el lugar del accidente, encontré el portadocumentos de uno de ellos con una foto familiar. Un montón de gente riéndose en un asado. Mi madre me dijo años después que toda esa escena del avión, cuando se abrió la planchada y bajamos con los ataúdes y los heridos, parecía una película de Vietnam.

*

El que se salva es el que cuenta la historia. Y yo tardé mucho en contarla. Primero conté otras cosas. Cuando terminé el colegio me metí en el Ciclo Básico para estudiar Medicina. Supongo que quería sanar, reparar todo eso que se había roto, aprender a curar heridos. Quedé pegado al cuerpo, a la idea

de que cada uno es un cuerpo que se quiebra, se enferma, se muere. Me interesaba la anatomía. Pero la vocación científica no estaba en mí, me derrotaron las matemáticas, la química. No quería ser médico, quería ser manosanta, curandero milagroso, dios. Empecé a faltar a las clases. Los garabatos dibujados al margen de los cuadernos fueron tomando la hoja entera, me fui quedando atrás en las materias con la angustia de estar haciendo algo irreparable. Veía a todos mis compañeros estudiar con un entusiasmo que yo no tenía. En mi casa estaban orgullosos del futuro hijo médico. Yo no me animaba a contarles mi fracaso.

Pasó el tiempo. Ya tenía el pelo por los hombros. Fingía seguir estudiando pero me iba al bar de la facultad. Me tomaba el colectivo 37 hasta Ciudad Universitaria, todos los días, para disimular. Además me parecía que, si iba al edificio de la facultad, la mentira no era tan grande. Para pasar las mañanas, empecé a llevarme libros: un tomo verde de la obra completa de Borges, cuentos de Cortázar. Leía esos cuentos como los chicos cuando desarmen un juguete para ver cómo es por dentro. Quería descubrir el truco. ¿Cómo era el pase de magia de Cortázar para hacerme cruzar del lado A al lado B sin que me diera cuenta? Leía hasta el mediodía, con un lápiz en la mano, subrayando. Por la ventana se veían los matorrales de la orilla, por donde pasaban ratas enormes, y atrás el río de la Plata. De a poco empecé a escribir textos cortos. Ya había escrito unos protopoemas, unas letras de canciones, pero ahora escribía unas prosas ocultas, clandestinas, en los cuadernos de apuntes. Los cuadernos de un desertor.

Una mañana, cuando seguía dando vueltas en la cama —porque nadie conocía mis horarios y daba lo mismo a qué hora salía de casa—, mi padre abrió de golpe la puerta de mi cuarto. Vos hoy tenés examen de matemáticas y no estás ahí. Era cierto. ¿Cómo sabía? Lo miré a contraluz, la silueta de mi gran padre kafkiano en la puerta. Sabía todo. Yo había cometido el error de contarles a mis padres que el hijo de unos amigos de ellos cursaba conmigo Matemática I, y ahora mi madre en la ronda matinal de llamadas telefónicas había cruzado info con su amiga que estaba muy preocupada por el examen de su hijo. Un desastre. Sos un vago y un inútil, me gritó mi padre, todos trabajan en esta familia y vos no hacés nada. Era cierto. Me llamé a silencio y armé un bolso dispuesto a irme para siempre. Alguna idea patética de vivir a la

intemperie junto con otros forajidos me hizo meter, junto a un poco de ropa, mi jarro enlozado de mochilero.

Nunca me fui. Me quedé de polizón un tiempo más, haciéndome el invisible. Dije que me iba a volver a anotar en la facultad, dije que iba a buscar trabajo. Y me anoté en un taller literario. Provoqué una gran incertidumbre en mis padres, que me veían deambular, siempre evasivo, pidiendo plata, escabulléndome por la puerta cada vez que empezaban las preguntas. ¿De qué vas a vivir? ¿Qué vas a hacer de tu vida? Quería escribir, estaba seguro de eso, pero no existía en mi familia ningún antecedente de alguien que hubiera hecho algo así. Toda inclinación artística había sido relegada a los márgenes del hobby dominguero. Mi abuelo paterno, diplomático, pintaba bastante bien. Mi abuelo materno había sido un excelente pianista y compuso algunos tangos, pero nunca se animó a dedicarse de lleno a la música y fundió la empresa de su padre. Yo tenía que inventar mi camino solo. Lo primero que hice fue un truco vil. En esa época estaban dando una película que se llamaba *La sociedad de los poetas muertos*, en la que un chico de mi edad se suicidaba porque el padre no le dejaba estudiar teatro. Les dije a mis padres que para mí era muy importante que vieran esa película. Fue una psicopateada efectiva. Los recuerdo parados en la puerta de mi cuarto, en el lugar exacto donde meses atrás mi padre había descubierto para siempre mi mentira. Acababan de volver del cine. Estaban los dos pálidos y sonrientes, mamá con la mano en la correa de su cartera, diciendo que era importante que yo siguiera mi vocación; papá diciendo que uno tiene que estudiar lo que realmente le gusta. Perfecto. Al poco tiempo, además de ir al taller literario, empecé a estudiar Letras.

*

El accidente me empujó dentro de mí mismo, de mi propia muerte. Me permitió palpar el borde de la vida. Algo me pasó en ese instante, flotando en el aire, antes del golpe. ¿Atravesé algún portal extraño, alguna zona rara del cerebro? No lo sé, pero después, en medio de mi propia lección de anatomía, descubrí la fuerza del lenguaje. Encontré en las palabras algo parecido a una

identidad. O al menos un lugar donde ejercer mi confusión, donde hacer preguntas, donde trenzar todos mis cabos sueltos.

El sobrino de Bioy

Es una noche de diciembre de 1997. Estoy viendo un programa de cable medio erótico donde la presentadora sortea un viaje al Caribe para dos personas. Una pelirroja hermosa. Por un momento, flota en mi cabeza la idea de que el viaje podría ser con la pelirroja, pero no es así. ¿Qué pasaría si sorteara un viaje con ella, cuántos anotados habría? O mejor: si sorteara una noche con ella. Pero para que eso fuera posible, la presentadora tendría que tener un perfil más de porno star. En USA algunas actrices porno tienen su programa de cable. ¿Y si fuera una estrella porno argentina? ¿Y si el ganador del sorteo fuera un adolescente virgen, que vive lejos, en la provincia, y que no tiene un peso? Apago el televisor y antes de dormirme anoto en mi cuaderno de ideas: adolescente gana en sorteo una noche con estrella porno.

En las vacaciones me prestan un departamento en un country. Me deprimen las canchas de fútbol vacías, la pileta olímpica desierta, el guardavidas bajo la sombrilla cuidando a nadie. Me encierro a escribir mi historia. A mi novia le regalo una novela de mil páginas para tener tiempo y silencio. Ella se quiere casar, yo digo que no tenemos plata. Escribo sentado en el borde de la cama con la *laptop* en una silla. Mala postura. Avanzo. Creo que es un cuento largo, pero por la mitad sospecho que es una novela corta. Nunca escribí nada tan largo; tengo algunos cuentos inéditos y un libro de poemas, textos breves. Esto parece otra cosa, pero no me freno, dejo que la historia me lleve. Mi personaje, adolescente y virgen, sale de su pueblo inundado hacia la ruta para hacer dedo hasta Buenos Aires. Ya estamos en movimiento y hay que ver qué nos depara el camino. No hay vuelta atrás. Allá en el horizonte nos espera, en la cama, la gran porno star Sabrina Love.

Cuando termina el verano, hago circular el manuscrito anillado entre mis amigos del taller literario. Se lo llevan a Córdoba en Semana Santa y me lo devuelven con anotaciones y tachaduras. Lo guardo así en un cajón de mi escritorio. Me olvido hasta mitad de año, cuando mi amigo Julián me pasa las bases de un concurso. Primera edición del premio Clarín de Novela, 50.000

pesos, jurados: Bioy Casares, Roa Bastos, Cabrera Infante. No tengo chances, pero leo una cláusula donde dice que la editorial se reserva el derecho de publicar las obras que sin haber sido premiadas pudieran resultarle de su interés.

Pongo ahí toda mi esperanza. Me siento a corregir, releo y después imprimo las copias del manuscrito. Las llevo el último día y, cuando estoy haciendo la fila, miro el patio donde se apilan las ochocientas novelas que concursan ese año, multiplicadas por las tres copias requeridas en las bases: dos mil cuatrocientos documentos anillados en pilas y torres a medio desmoronar. Me vuelvo en colectivo, mirando el papelito que me entregaron con un número, un sello, el título de mi novela y mi seudónimo: Simón.

Pasan meses sin novedades. Sigo dando mis cursos de redacción, mis clases como adjunto en Literatura Inglesa. Nos mudamos con mi novia a un departamento cerca del hospital Rivadavia, en una zona que mi padre llama «el barrio de la penitenciaría», porque ahí estaba el penal de Las Heras, hasta que lo demolieron en los años sesenta. Elegimos cortinas, elegimos cubrecamas, agradecemos los muebles prestados. A mediados de octubre anuncian que saldrán los nombres de los diez finalistas en el diario del domingo. Bajo temprano, lo compro en el kiosco de la avenida, y ya subiendo en el ascensor busco rápido entre las páginas. Encuentro la lista: ahí está. Mi título y mi seudónimo entre otros nueve. Terror y alegría. Mi novia llora y no sabe por qué.

Después de varios días de nervios y especulaciones insomnes, me llaman los organizadores del premio para avisarme que estoy entre los cuatro finalistas, y que me van a pasar a buscar el viernes a la tarde para llevarme a la ceremonia en un hotel cinco estrellas. Mi madre me manda a comprar un traje. Le hago caso. Me miro al espejo mientras me pruebo un ambo azul oscuro con muchas hombreras; el sastre de la tienda me toma las medidas. El viernes llego al salón del hotel cuando todavía está vacío. Por un walkie-talkie oigo que dicen: «Ya lo tengo acá, ya llegó». ¿Estarán hablando de mí? Anoche no pude dormir ni un minuto. Todo es medio irreal. Mi imagen de traje y corbata. Los famosos que van llegando. La gran máquina de un multimedios en marcha. Escritores, actores, diputados, músicos. Mercedes Sosa y Roa Bastos y Bioy Casares. No conozco a nadie, no tengo a quién saludar, no me

dan indicaciones. ¿Quiénes serán los otros tres finalistas? Se va llenando el salón y quedo parado en medio de ese gran cóctel repleto de caras desconocidas. Empieza la ceremonia. Todo sale en directo en el noticiero de las ocho. Mis amigos y mi familia miran desde sus casas. Desde el estrado, los presentadores, Canela y el actor Leonardo Sbaraglia, nombran las menciones, hablan del premio, de la cultura, de los jurados, del jurado de preselección. Finalmente, describen a grandes rasgos el argumento de la novela ganadora: un adolescente entrerriano emprende un viaje hacia la capital... El título de la novela ganadora es *Una noche con Sabrina Love*. Dios mío. Después dicen mi nombre. Nadie me conoce. Y es el big bang.

Tengo veintiocho años pero cara de dieciocho y me estoy atomizando, multiplicado en pantallas de televisores de todo el país con mi traje azul y mi melena escolar y las pocas frases que digo nervioso; entre ellas les agradezco a mis amigos, que me ayudaron a corregir el libro. Después me dan una estatuilla y una caja discreta con el cheque (por suerte no hay cheque gigante). 50.000 mil pesos que son 50.000 dólares. Ahí se va mi excusa para no casarme. Roa Bastos me cede su silla, quedo entre él y Bioy que me dice: «Arranqué a leer tu novela y no la pude largar hasta terminarla». Es el mundo al revés. Cuando quiero agradecer, ya me levantan de un brazo y un par de políticos con una habilidad sorprendente me abrazan frente a un flash, y cuando quiero saludar a Mercedes Sosa me arrastran a una sala lateral, para entrevistarme. Por el camino algunas sonrisas son como un insulto, y la diputada/actriz Irma Roy me dice: «Sos una criatura, que Dios te bendiga».

Tapa del diario al día siguiente. Gran foto con Bioy en gesto cómplice cuando me dijo su frase generosa. «Un joven de veintiocho años, premio Clarín de Novela.» Arriba, en letras más grandes: «España insiste con el juicio contra Pinochet». Es el sábado 31 de octubre de 1998. Viene temprano a casa el editor a buscar el disquete donde está grabada la novela. Todavía no tengo mail. Ni cuenta bancaria. El lunes salgo a abrir una cuenta. Soy ese que va allá, que cruza mal la avenida, estoy pasando sin saberlo del circuito afectivo artesanal de mi libro de poemas a la órbita del universo editorial, sin escalas. Voy distraído y escucho un frenazo. Casi me pisa una moto. El tipo me insulta. Ando como perdido, contento y desconfiado. Me llueven felicitaciones pero se filtran calumnias por debajo de las puertas. Ganó porque lo debe

conocer a Bioy, el padre debe ser abogado de *Clarín*. Rodrigo Fresán me llama por teléfono para felicitarme. Bienvenido al estanque de los tiburones, me dice. Compro un contestador automático.

Mi historia y la de mi personaje se confunden un poco. La abuela de un amigo está espantada por el hecho de que un diario tan importante me premie regalándome una noche con una prostituta. Mi cara sale en la tapa del suplemento cultural dos sábados consecutivos. Hago entrevistas en radio. En una, muy temprano y a quemarropa, me preguntan por teléfono: Pedro Mairal, ¿creés en el destino? Qué pregunta para esta hora de la mañana, digo, y escucho un desarreglo técnico y una voz desde el control, que dice: Vamos de vuelta, explíquenle que el programa sale a la tarde. ¿Cómo trabajaste el tema erótico en la novela? Me vengo documentando desde los doce años. ¿Qué vas a hacer con la plata? No sé. Viajar. Vivir un tiempo sin pensar en la plata. Hago entrevistas en televisión. Todavía no sé contar bien el libro. Se trata de un adolescente que se gana una noche con una presentadora de televisión, le digo a la presentadora del programa. Creo que quiero evitar la palabra porno y entonces no se entiende. La presentadora se siente levemente ofendida. A mi izquierda, otro ganador de otro concurso se está poniendo azul. El programa sale en directo. Quiere toser. Para cambiar de tema le preguntan algo a él. Explota en una tos incontrolable. Le alcanzan un vaso de agua. Esto es la tele. En otro programa noto que el presentador, medio sordo, no leyó nada del libro. Mira de reojo la solapa hasta para decir mi nombre. Yo, pensando que esto era *Le bouillon de culture*, de Bernard Pivot, leí a los otros invitados para poder decir algo y no quedar como un novato. Cuando empieza a hablar el escritor canoso sobre su libro, yo acoto que me gustó mucho y que algunos pasajes me recordaron la obra de un pintor, pero mi interrupción lo ofusca. Empiezo a entender que cada uno va con su *speech* preparado, que cada uno tiene su turno para contar su libro, y que así es la cosa. Abro los ojos a un nuevo paradigma. La máquina de vender libros está funcionando y yo estoy dentro. Te invitaron al programa de televisión no por curiosidad, no por interés, no porque les haya gustado tu libro: te invitaron porque las encargadas de prensa de la editorial consiguieron meterte en la grilla. Bienvenido al mundo de los narradores postatómicos. Esto no es la poesía. Acá no hay tribu,

ni lecturas colectivas, ni cerveza. Cada uno encerrado en su novela, aguantando la radiación.

Mi libro se vende hasta en los kioscos de revistas. A Roberto Arlt lo desprestigiaban diciéndole que era un escritor de kiosco. A mí me parece un gran logro. Un día, cerca de Navidad, subo la escalera de un *shopping* y está Papá Noel con un niño en sus rodillas. De pronto me ve y me señala. Dudo, pero el dedo me sigue. Me agarra un terror infantil. ¿Qué hice mal? Si Papá Noel te señala es porque hiciste algo muy mal. Ahora todos los Papás Noel del mundo me van a querer matar. Después sonrío y levanta el pulgar. Me reconoció Papá Noel. El libro se lee mucho. En un mismo viaje en ascensor, en mi trabajo, una secretaria me dice que va por la mitad, un cadete dice que lo acaba de terminar. En el colectivo veo a una chica leyendo la novela, y no le digo nada. En general las críticas y reseñas que salen son buenas, aunque a veces se nota que estoy bajo el fuego cruzado de grupos mediáticos poderosos. Me hacen una nota para un suplemento, no me aclaran bien cuál. El fotógrafo me sugiere hacer una foto descamisado, a lo Jim Morrison. Le digo que no. Propone otras alternativas, algunas acrobáticas. Tiene que ser algo divertido, me dice. Al final, negocio un salto desde una silla, y así creo disminuir el ridículo. Días después, en un McDonald's, a mi amigo Martín se le atraganta el Big Mac cuando ve mi foto: yo, saltando, suspendido en el aire, en la contratapa del suplemento *Mujer*.

Me caso, pero postergo la luna de miel porque me llama el director de cine Carlos Sorín, antes de filmar *Historias mínimas* o *Bombón, el perro*. Quiere que escriba un largo. Leyó mi libro pero me propone escribir otra cosa, una historia sobre un profesor que encuentra una película de Gardel que se creía perdida. Trabajo con Fabián Bielinsky, el futuro director de *Nueve reinas*. Discutimos escenas, tramas, diálogos, estructuras. Nos reunimos por la tarde, en una productora del barrio de Núñez, y siempre salimos al balcón porque Bielinsky quiere fumar. Vemos pasar los trenes y hablamos de cine. Los dos estamos esperando novedades de Patagonik, la productora que compró los derechos de su guión *Nueve reinas* y también los derechos de *Una noche con Sabrina Love* para adaptarla al cine. No sabemos qué va a salir de todo eso. Estamos un poco en *stand by*. El largo que escribimos con Sorín nunca se filma. Pero tengo plata, y me voy de luna de miel un mes a Grecia.

Casi me ahogo en la isla de Naxos tratando de demostrar que soy un gran windsurferista. Me van a buscar en lancha y me rescatan de las garras azules de Poseidón.

Cuando vuelvo, ya se está discutiendo qué actriz encarnará el papel de Sabrina Love en la adaptación de la novela. Victoria Abril, Monica Bellucci, Cecilia Roth. Yo propongo a una vedette monumental pero no me escuchan. La va a dirigir Alejandro Agresti, que ya había filmado *La cruz* y *Buenos Aires viceversa*. No tengo participación en el guión. Voy aprendiendo, a golpecitos en el amor propio, que ahora *Una noche con Sabrina Love* es la película del director y que yo, como autor del libro, ni pincho ni corto. Para eso te pagan, para que no estorbes. Me invitan al set. Cecilia Roth está vestida de Sabrina Love, con un atuendo de porno star, tacos de acrílico y un gran consolador en la mano. De pronto le dicen que estoy ahí y se me acerca gritándome ¡Mairal! Otra vez terror profundo, esta vez porque se me viene encima mi personaje agitando una verga gigante de goma y gritando mi nombre. Están filmando la parte de «El show de Sabrina». Pasan las chicas en tetas, los tipos aceitados en sunga, llega Charly García —en su época de mayor fisura— para la escena del jacuzzi con la porno star. Mirá todo lo que provocaste, me dice Agresti. Me explican que consiguieron una balsa con animales para la escena de la inundación, y que la van a filmar desde un helicóptero. Yo íntimamente pienso que estos tipos están locos, que no hacía falta llevar a cabo todas estas cosas que yo me imaginé impunemente, en soledad. Si hubiera escrito una escena de un tipo que salta por la ventana, estos empujan a alguien, pienso. De a poco, entiendo que así es la gente de cine: la palabra para ellos no es la cosa en sí, sino una instancia previa.

El 8 de junio del año 2000 voy al estreno. Hay gran alboroto de prensa. Las estrellas se saludan, los flashes los apuntan. Me sumo al ruedo pero nadie me reconoce. Me puse el mismo traje del premio, aunque sin corbata. Soy el hombre invisible, bañadísimo y peinado. Me siento a ver la película. Qué paliza al amor propio. Qué sensación más rara. Mezcla de usurpación y halago. Durante algunos instantes gloriosos, las imágenes mejoran mi historia pero de pronto me hundo en la impotencia, como si le hubieran hecho cirugía estética a un hijo mío. Subo y bajo en esas emociones, como en una montaña rusa. Boris Vian se murió en un cine de Champs Élysées viendo la adaptación

de su novela *Escupiré sobre vuestra tumba*. Lo sacaron con los pies para adelante. Yo salgo vivo pero tardeo años en asimilar el cimbronazo.

Ahora, Cecilia Roth está en la tapa de la segunda edición del libro. Va al programa de Susana Giménez y le regala un ejemplar. Por la película, el título de mi novela entra en el disco rígido de la gente. ¿Vos a qué te dedicás?, me pregunta el taxista. Soy escritor. ¿Qué escribís? Yo escribí *Una noche con Sabrina Love*. ¿La escribiste vos?, me dice, dándose vuelta. En un programa de preguntas y respuestas, un participante debe responder la siguiente pregunta: ¿Quién es el autor de la novela *Una noche con Sabrina Love*: Carlos Onetti, Pedro Mairal o Rubén Darío? El concursante vacila: Eh... ¿Rubén Darío? No, qué lástima, pierde 5.000 pesos. A una yegua pura sangre que corre en el hipódromo la bautizan *Sabrina Love*. Y también le dicen así a una chica que se llama Sabrina, en el *reality El bar*, del canal América. Mi libro se publica en España y se empieza a traducir: al polaco, al alemán... *Eine Nacht mit Sabrina Love*. Tomo notas para una historia sobre un escritor que enloquece con la adaptación al cine de su libro y termina matando al director. Nunca la escribo. Me refugio de todo ese ruido escribiendo poemas y un libro de cuentos que avanza despacio. Al año siguiente nace mi hijo.

Una noche, vamos con Fabián Casas y Washington Cucurto en auto. Yo manejo. Buscamos el lugar donde funciona una radio a la que tiene que ir Fabián para hablar de su libro de poemas. Está muy oscuro y no encontramos la calle, pero venimos hablando de muchas cosas a la vez. Damos vueltas y vueltas, por momentos nos olvidamos de lo que estábamos buscando. Les cuento un poco afligido algunos episodios de mala onda desde que gané el premio, esa especie de desconfianza que te rodea a partir del momento en que ganás un concurso literario. Por ejemplo: mi hermana fue a comprar mi novela a una librería y le preguntó al librero qué tal escribe este Mairal y el tipo le dijo: «Es el que ganó el premio Clarín porque es sobrino de Bioy Casares». Cucurto y Fabián se empiezan a reír. Estamos frenados en el semáforo, los miro. La boca abierta de los dos en plena carcajada. Lloran de risa. Tengo una epifanía extraña, sanadora. Me contagian la carcajada y arrancamos. Quizá entiendo que todo es una gran ridiculez y que esa es mi tribu. La tribu lírica de esta «Gran llanura de los chistes», como dice Lamborghini. Cuando salimos de la radio vamos a un bar. Parece como si hubiéramos estado viajando muchas

horas. Pedimos una cerveza y Fabián me dedica su libro: «Con un abrazo grande para el sobrino de Bioy».

El extranjero

Se me ocurren varias cosas que me dan vergüenza, por ejemplo: despedirme de alguien con un gran abrazo a la salida de una fiesta y después ir caminando los dos para el mismo lado. Que un mago me elija como voluntario. Los diálogos de ascensor. Salir del cuarto oscuro y poner el voto en la urna. Ganar. Contestar preguntas sobre el oficio de escritor en los períodos en los que no estoy escribiendo. El fútbol. O, mejor, el desinterés por el fútbol. Ese desinterés te vuelve un poco menos argentino, un poco menos hombre. Yo padecí eso toda la vida. Me hubiese gustado ser parte de la gran hermandad futbolística, poder integrarme a la memoria colectiva de cada domingo y hablar después durante la semana, como los porteros, de vereda a vereda, como los oficinistas, de escritorio a escritorio, burlándose por derrotas y rivalidades, insultándose de esa manera tan colorida y ocurrente. Pero el fútbol siempre me expulsó.

Nunca logré ser de ningún equipo. En casa me habían regalado una camiseta de Boca. Yo me la puse un par de veces y la sentí como un disfraz. Un día me vino a visitar Rodrigo, un compañero de primer grado, y cuando vio la camiseta se rio de mí, me despreció porque él era de River. Finalmente me convenció para que me uniera a los millonarios y yo acepté. Hice un gran esfuerzo, pero fue en vano, no me interesaban las formaciones, ni los resultados, ni los cantitos, y así quedé sin camiseta, condenado a revelar mi desnudez apátrida cada vez que me preguntan de qué equipo soy.

Como jugador, mi historia no es mucho más digna. En el colegio, en el recreo de las diez y diez, salíamos corriendo de la clase y los dos líderes hacían «pan y queso» en las baldosas del patio. El que le pisaba la punta del pie al otro empezaba a elegir. Iban seleccionando a los mejores, y cada elegido se unía contento a uno de los dos equipos que se iban formando. Los pataduras íbamos quedando entre los últimos. Vos veías que tu amigo buscaba un jugador entre los aspirantes y te evitaba la mirada una y otra vez, como si fueras transparente. Él sabía que vos estabas ahí, pero no te elegía porque la

victoria era más importante que las sutilezas de la amistad. Yo quedaba último o anteúltimo, sin decir nada (porque suplicar era peor), hasta que me elegían porque no quedaba más remedio.

Nos poníamos a jugar en el patio de cemento, donde había dos o tres partidos simultáneos. Lo que me empezaba a pasar a mí en ese momento es difícil de explicar. Era como que te sentaran en una orquesta filarmónica a tocar un instrumento con el que ensayaste apenas un par de veces. Tenés miedo de arruinar todo, miedo a equivocarte, a ser una vergüenza para la historia de la música, a pifiar grosero en pleno concierto y que se interrumpa la función por tu culpa. Mi equipo hacía jugadas magistrales hasta que la pelota llegaba a mis pies, que estaban totalmente fuera de tono, y entonces yo pifiaba, pateaba mal o me la sacaban los contrarios y arruinaba toda la jugada, todo el esfuerzo de mis amigos. Y lo peor es que ellos, por ahí, no decían nada, o a lo sumo, mientras volvíamos a la media cancha después del gol de los contrarios, decían: «Pónganse las pilas, muchachos», y yo sabía que eso estaba dirigido enteramente a mí.

Cuando me preguntan de qué equipo soy, contesto: «De ninguno; no soy muy futbolero». Prefiero ese baldazo de agua fría, esa confesión antipática, a intentar simular una pasión por alguna camiseta porque, si lo hago, enseguida sale a la luz mi ignorancia y es mucho peor quedar como impostor que como extranjero.

Hace poco un taxista me preguntó de qué equipo era y yo contesté lo mismo de siempre, pero supongo que lo hice con tono de fastidio porque me preguntó si me molestaba el tema. Yo le dije: «¿A vos te gusta el ballet?». «No», me contestó. «A mí tampoco, no me gusta nada —le dije—. Ahora imaginate que el país entero fuera fanático del ballet y a vos no te gustara el ballet. La gente va los domingos a ver ballet a los teatros; unos son fanáticos de Maximiliano Guerra, otros de Julio Bocca, y en cada teatro compiten dos bailarines y bailarinas. Imaginate que paran el tráfico por la cantidad de gente que va a ver ballet, que los noticieros le dedican quince minutos todos los días al ballet, imaginate que hay siete canales de TV que pasan sólo ballet.» El taxista me miraba por el espejo. Yo seguí: «Imaginate que los pasajeros que se suben al taxi te hablan de la coreografía y los saltos geniales que hizo un bailarín el domingo y vos no lo viste y no te gusta el ballet. En la calle todos

hablan de ballet, las tapitas de gaseosa tienen adentro imágenes de bailarines. Cuando un chico nace ya el padre lo hace fan de un bailarín. Los chicos en la plaza ponen música y bailan. Hay barrabramas de ballet, se matan a cadenas y balazos a la salida del Colón cuando es la gran final. Una o dos veces por mes alguien te pregunta “¿Vos de qué bailarín sos?”, y vos no sos de ningún bailarín. Lo decís y te miran raro. La gente en los bares mira ballet por televisión...». A esta altura el tipo empezó a resoplar, así que no le di más ejemplos y le pregunté: «¿Me entendés?». «Sí —me contestó—, te entiendo.» «¿Cómo te sentirías vos si la cosa fuera así?», le pregunté. «Y... no... claro», contestó. Después se quedó callado y al rato dijo: «Pero no vas a comparar el fútbol con el ballet». Y yo me hundí un poco en el asiento y miré por la ventanilla con vergüenza porque pensé que él quizá tenía razón.

Apago el motor

Apago el motor del auto. Mi hijo se quedó dormido en el asiento de atrás. Lo fui a buscar al colegio y ahora lo traje a la casa de su madre. Miro los otros autos en el garaje. Escucho los metales del mío reacomodándose con chasquidos, a medida que se enfría; la materia volviendo a su estado normal. Escucho la respiración de mi hijo. Lo dejo dormir un rato. Bajo un poco la ventana para que entre aire. Ya no duermo en esta casa con él. Así que me quedo un rato con mi hijo en el auto sin despertarlo, sólo para estar con él mientras duerme. En un par de horas me voy de viaje y no lo voy a ver por dos semanas. No entra ni sale nadie del garaje. Si alguien entrara y me viera acá sentado al volante, como un remisero de guardia, podría decirle que estoy cuidando el sueño de mi hijo. Podría hacer un poema con eso, pero ya no escribo poesía. Sólo tecleo estos párrafos sueltos y los dejo colgados en el espacio.

Babas del diablo

Me llevan a la Trapa, un monasterio donde me han dicho que los monjes se autofinancian, cultivan su comida, elaboran su propio vino y sobre todo hacen voto de silencio. Me recomendaron que comprara ese vino, y dulce y un licor muy bueno. Vamos en combi desde Azul, una ciudad al sur de la provincia de Buenos Aires. Por el camino veo un cartel que dice: «Zona militar, prohibido estacionar o detenerse». Es el Arsenal Naval Azopardo, donde estuvo presa Isabel Perón tras el golpe del 76. Vamos por la planicie entre maizales crocantes, listos para la cosecha de abril. Los camiones repletos de toneladas de semillas nos peinan a contramano.

Bajo un rato la cabeza para anotar estas cosas y cuando vuelvo a mirar estamos en otra geografía. Vamos entre piedras y un principio de montaña.

¿Cuándo pasamos de la pampa plana a esto? Hubo un salto en la continuidad. Entramos en el monasterio trapense por un largo camino de eucaliptus que sube hasta la cima de una sierra. En el estacionamiento hay un cartel: «El monasterio es un lugar de oración. Ayúdenos a mantener un ambiente de paz y silencio». Nos recibe el hermano Maximiliano. Un chico sonriente con anteojos y hábito marrón con cinturón de cuero. El plan es dejarnos al poeta Roberto Glorioso y a mí en el monasterio hasta la noche. Los organizadores nos despiden con un abrazo como si fuéramos a ordenarnos. Vamos a la iglesia, al primer oficio.

Pasamos por dos grandes puertas que no hacen ni un solo ruidito. Las bisagras están ultra aceitadas y, según noto después, tienen unos cierrapuertas neumáticos alemanes muy buenos que evitan el portazo. Un cartel dice: «Por favor guarde silencio y escuche a Dios». La iglesia es imitación medieval pero de ladrillo y con grandes vigas de madera a la vista. Al fondo, un vitral de la Virgen. Los monjes en los coros laterales. Con nosotros, en los bancos de los fieles, hay cuatro monjas de hábito negro. No están sentadas juntas sino en formación aeronáutica.

Los monjes cantan sus salmos y callan. Finalmente, se hace silencio. Escucho a Dios: suena como un amplificador encendido. De hecho, hay un amplificador encendido. Una vibración eléctrica en el aire. Detrás el zureo de las palomas. Enseguida noto nuestra incapacidad para hacer silencio. Roberto y yo, los únicos visitantes, sonamos incluso cuando estamos casi inmóviles. Nuestras camperas inflamables de 100% nailon y poliéster suenan como Robocop cada vez que nos rascamos la nariz. Roberto saca un pañuelo de papel y el plástico del paquetito es el protagonista absoluto del instante. La ropa de algodón de los monjes no suena, aunque las suelas de goma de sus zapatillas un poco sí.

Almorzamos solos en un comedor de la portería al que llaman locutorio. Ahí dentro se puede hablar en voz baja. Sopa de zapallo, vino, ensalada y arroz. Los puros alimentos cultivados in situ. El vino episcopal. La vajilla es de plástico rojo. Le pregunto al hermano cómo hacen el vino. No hacemos el vino. Pero ¿cultivan verduras, zapallos? Tampoco. Es todo comprado. Nos cuenta que cultivan soja y maíz porque es mucho más favorable económicamente. Hago un esfuerzo y el vino de damajuana me sigue pareciendo bueno.

Salgo a caminar solo. Quiero rodear el monasterio pero no se puede. Leo catorce veces la frase «No pasar» en cartelitos de todos los tamaños. De la entrada de la iglesia y la portería salen hacia los costados dos alambrados tensos con alambre de púa arriba. Simulan ser alambrados para contener animales pero son para contener turistas. Después noto que más adelante el alambrado tiene un segundo alambre eléctrico un poco por detrás y carteles de peligro con dibujos de rayos. Hay estrategias de silencio y estrategias de clausura. Alambrados, puertas con candado y llave, ligustros muy tupidos por donde no pasan ni los perros, y carteles verdes prolijos en letra de imprenta: «Clausura, prohibida la entrada de vehículos y peatones. Monasterio trapense, lugar de silencio y oración. Pinar, ayúdenos a preservar el clima de oración. No es lugar para picnic, ni tomar sol, ni jugar a la pelota. Gracias. Pinar, este lugar forma parte del ambiente religioso del monasterio. Prohibido el acceso a vehículos, excepto con ancianos impedidos».

Basta que me digan que no puedo pasar para que me den unas ganas locas de saltar el alambrado. Yo podría recorrer todo en silencio total, podría no

molestar. Mi cuerpo deambula buscando un hueco. Imposible. La oveja siempre queda dentro de los límites. Quiero ver la espalda de esto. El culo. Me empieza a agarrar bronca. La visita al monasterio trapense es la visita a la iglesia y al estacionamiento. Una prolijidad militar me empieza a poner nervioso. La grava. La poda. Las áreas restringidas.

A las dos voy a otro oficio cantado. Un monje bosteza mucho. Me fijo cómo funciona ahora el intento de reducir al prójimo a su mínima expresión. No hay muecas, ni risas, ni llantos, ni comentarios. Son los extremistas del silencio. Salvo por los salmos. Si un monje es desentonado, ¿lo excomulgan, lo echan de la congregación? Ahora cantan: «Señor, recubre mi cabeza en el momento del combate. No satisfagas los deseos del malvado. Que se acumulen sobre ellos carbones encendidos, que caigan en lo profundo y no puedan levantarse. Que los difamadores no estén seguros en la tierra y la desgracia persiga a muerte al violento». Copio estas líneas textuales del breviario. La salmodia es uniforme. No hay segundas voces. Hay tecladista de órgano sintetizado.

Terminan. Quedan las cuatro monjas en los bancos y un monje en el coro, sentado, orando. Ahora sí hay silencio. Por los vitrales se cuele una luz amarilla, oblicua. Y de golpe entran ellos. Los oigo primero. Susurran a los gritos. Sacan fotos con ese clic de obturador grabado de los celulares. Berta, Berta, grita uno en voz baja, Berta, sacale al techo, que no te vean. Quiero ver qué es ese ruido. Son tres parejas de motoqueros sesentones con ropa de Ángeles del Infierno. Pantalones y camperas de cuero que crujen con cada paso, chillan en el roce, como una academia de globología en hora pico. Una de las monjitas sale del trance y se da vuelta espantada. Esto es cierto. Sucedió el 11 de abril del año 2014 a las 14.15 en el monasterio trapense Nuestra Señora de los Ángeles. Roberto Glorioso es testigo. Afuera los Ángeles del Infierno me piden que les saque fotos posando cada uno con su Harley Davidson y con el monasterio detrás.

Algo en mí ya se empieza a retorcer. Salgo por el camino. Hay sol y pasan lentas por el aire las telarañas. Las llaman babas del diablo. Los ángeles del infierno, las babas del diablo. Es eso. La verdad que no soy nada sin mi diablo, cantan los Babasónicos. A mí, al Señor de abajo, el que se hace el Whitman diciendo que contiene multitudes, a mí, que soy Legión, me vienen

a someter a ocho horas de monasterio. En las arenas bailan los remolinos de mi demonio de Tasmania. Los alambres contienen a la bestia. La bestia turista. El turismo es pecado, dice Herzog y tiene razón. Quiero sentarme en una piedra. No se puede. Quiero caminar por la sierra. No se puede. Quiero verle el culo a la piedra. Pasa una mariposa color durazno. Y otra. Y otra. Pasa una oruga por las piedritas del camino. Quiero verle el culo a Dios. Pasa una mariposa blanca. ¿No ves que Dios está en todas partes, hijo mío? ¿No escuchas acaso el viento entre los árboles? Sí, pero quiero ver detrás de Dios. Quiero mirar el sol sin quedar ciego.

Llego a la ruta. Pienso en irme caminando hacia Azul. Que me encuentre la combi cuando nos venga a buscar. Hacerme el misterioso, el anacoreta que viaja a pie. Pero por ahí no me ven y alarmo a todos y me congelo en la ruta de noche. Me quiero ir de acá. ¿Por qué la bronca? ¿Qué te pasa? Hace casi diez años que mi madre está en silencio. Su cerebro está en silencio. No sé dónde está. Le tengo rabia al silencio por lo mucho que perdí, dice Atahualpa, que no se quede callado quien quiera vivir feliz.

Vuelvo. Ya cae la noche. Estoy cansado. Quiero un dios que tenga culo. Los perros de la Trapa no ladran, me hace notar Roberto. Vemos el cielo rojo. Tomamos un té y entramos para el último oficio.

Este es a oscuras y es el más largo. Los monjes se congregan frente al vitral de la Virgen. Le cantan. Yo tenía hace tiempo una estampita de la Virgen Desatanudos con una errata. Decía: «Madre, desata los mudos», con eme. La virgen de la errata. La Virgen Desata Mudos. Yo no quiero enmudecer como mi madre. Quiero decir y cantar. Podría creer en la Virgen, no en dios que me parece muy abstracto. El vitral de la Virgen es alto y rosado y amarillo. La Virgen sostiene a su hijo con un brazo y en la otra mano sostiene una luz o una flor. Los cánticos se elevan hacia ella. ¿Alguien sabe adónde está mi mamá?

La niebla

Mi madre se enmudece, pierde palabras, dice se fueron a..., ellos con la prima de..., trajeron una... No encuentra las palabras, una cabeza sin lenguaje. Su inexactitud de siempre, pero cada vez más grave. Y el mundo pierde nitidez, todo se vuelve difuso, las cosas ya no tienen borde, es como perder la vista.

Si las cosas pierden su nombre, entonces el límite de las cosas se desdibuja: el plato no tiene nombre, no tiene borde, es una sola cosa con el individual que tampoco tiene nombre. Por eso ella agarra todo para levantarlo, agarra lo levatable, agarra el individual y lo levanta junto con el plato, para llevar todo a la cocina. Quería hacer un licuado con las frutas que tenía en el plato. Las cosas pierden su nombre y se pegan a las cosas vecinas. Se funden, se confunden.

Perder el habla no es sólo mudez, es perder símbolos, conceptos, la capacidad de entender el mundo. Perder el lenguaje es perder la realidad. Irse hacia dentro a una soledad sin los otros, sin uno mismo, alejarse del propio pensamiento hacia zonas de niebla, quedarse sin ese interlocutor de los diálogos mentales, el único amigo que nos soporta, el uno mismo ausente.

Y así en la niebla el miedo avanza, no hay conceptos claros que lo frenen, no hay «esto no es verdad, todo está bien», no hay palabras de escudo, no hay paredes semánticas, cerrojos, todo es nada y esa nada es fácil de penetrar por los fantasmas. Son cuarenta, dice mamá, son cuarenta. ¿Los qué?, ¿quiénes son cuarenta? Son cuarenta, repite, están todos ahí. Los cuarenta ladrones quizá, o quizá no, pero son cuarenta y meten miedo en el alma de mi madre, en su tranquilidad, en su vida de mujer querible, todo el miedo entrando, espantando la luz que ella tenía, llevándose su risa.

El miedo atraviesa la niebla, la nada. La niebla es toda caminos, entradas en lo frágil que uno es, lo vulnerable sin piel. La niebla es no tener piel, ni manos para frenar el miedo. No hay poema en la niebla, sólo hay ese grito monstruoso de querer gritar en sueños, un grito sin palabra pero que quiere ser

palabra, un grito horrible, mundo sin voz, mundo sin lengua, mundo mudo, madre muda.

Ella parada y se van llevando muebles, los muebles del lenguaje se los llevan al hombro las hormigas de su enfermedad, cargan palabras y se las van llevando, la despojan, la mudan, y ella se queda parada en la casa vacía de su vida, de su respiración.

Es horrible, pudo decirme un día, es como quedarte solo en medio de la gente jugando en un rincón con una pelotita. Pudo decirme eso.

Adiós, señora Ana

Una vez mi madre estaba cruzando la plaza Vicente López, en Barrio Norte, con unas amigas que iban horrorizadas por los mendigos que acampaban entre los árboles. De repente, desde la sombra de un toldo de plástico se oyó la voz de uno de esos tipos que la saludaba: «Adiós, señora Ana». La conocían de los refugios donde ella trabajaba como asistente social. A veces me traía el currículum de alguno escrito a mano, para que yo lo pasara en limpio. Había de todo, desde gente analfabeta sin ningún oficio hasta profesionales que en algún momento habían quedado a la intemperie. Muchos eran alcohólicos. En los refugios se quedaban un tiempo, se recuperaban, comían, se bañaban, les daban ropa, quizá conseguían trabajo, se iban a una pensión, mejoraban, y a los dos meses reaparecían en harapos.

Mamá compaginaba los contrastes. Terminaba de ayudar a personas caídas en la mugre gris de la calle y pocas horas después estaba acompañando a mi padre al cóctel de una embajada. Editaba a su manera esos saltos. No sé bien cómo lo hacía. A veces yo quedaba entre cuadro y cuadro: iba a un colegio inglés, de blazer y corbata, pero de pronto, cuando necesitaba botines de rugby, a mamá le parecían muy caros y me compraba los botines Sacachispas, con tapones de goma, que eran la burla de todo el equipo. Con la plata que cuestan esos botines come una familia durante un mes, decía, y seguro que era cierto. Ahora veo que ella estaría tratando de unir lo imposible, el comedor del refugio y los tics de clase alta, buscando un lugar improbable, en medio de esas incoherencias y contradicciones. Siempre estaba parada en esa zona incómoda, ocupándose de todos.

A mediados de diciembre nos íbamos a Pinamar cuando todavía era un balneario chico, con calles de arena. El cine no abría hasta enero y en los días feos no había nada que hacer. Mamá inventaba programas: vamos al centro a comprar espirales para mosquitos, vamos a las dunas, vamos al barco hundido, vamos a juntar caracoles, vamos al bosque a juntar piñas para la chimenea, y nos cargaba en el auto con mis hermanas y algún amigo sumado.

Corríamos por la playa, con el viento del mar en las orejas. Mamá riéndose, con un cuidado un poco descuidado nos dejaba hacer, probar, saltar, empaparnos hasta quedar azules de frío. Nos tirábamos de un acantilado de arena, gritábamos adiós mundo cruel, y volvíamos a trepar el médano jadeando.

Estoy hablando de esa chica rubia. Esa mujer joven corriendo por la playa, o mirándonos desde la confitería del parador, tomándose un café o una cerveza con su amiga Maruca. Las olas enormes de la sudestada levantándose y reventando en la rompiente y nosotros, rubios y desgredados como niños vikingos, haciendo pozos, guerra de arena, volcanes. Cada tanto nos relojeaban del otro lado del vidrio, a ver si estábamos todos.

Se empezó a enfermar después de cumplir sesenta. Así que tuvo muchos años de salud y buena vida. Pero es una cuestión de perspectiva. Me queda su enfermedad en primer plano, tapándome el resto de su tiempo luminoso. Y eso es injusto. Por eso ahora salto a ese pasado, por encima de sus últimos años. Sólo la escritura me deja hacer eso. Saltar al verano de mamá. Acá estoy. Papá venía en enero, sólo unos días, y los fines de semana. El resto del tiempo era el Edipo liberado. Tengo un recuerdo naranja de unas mañanas, cuando me despertaba en su cuarto —supongo que yo había llorado a la noche y mamá me había llevado a su cama— y tengo un recuerdo de ella vistiéndose a la mañana pensando que yo estaba dormido, ella de espaldas, poniéndose una remera. Mamá tendría treinta y cinco años y yo cuatro. Me acuerdo de la luz naranja y amarilla del sol en las cortinas.

Los vecinos de al lado tenían unos árboles con manzanitas ácidas y nos turnábamos para ir a robarlas. Nos daba terror y fascinación. Había que saltar una pared baja, de piedra, agarrar todas las que uno podía y volver al otro lado con las manzanas escondidas en el suéter. A mí me mandaban más veces porque era el más chico. Y una vez me pescó el vecino. Oí los gritos. Logré trepar de vuelta la pared soltando las manzanas. Corrimos, nos escondimos en un ropero de la casa y nos quedamos escuchando que alguien hablaba con mamá. Mis hermanas me decían que iba a venir la policía, se la iban a llevar a mamá y la iban a meter presa por mi culpa. Yo lloraba. Mamá en la cárcel. No iba a poder salir por años.

¿Y nosotros? ¿Cómo íbamos a hacer, si papá estaba en Buenos Aires y mamá no podía cuidarnos? Mamá nos sacó del ropero, nos puso en penitencia, pero al rato me subió a mí al auto. Yo la miraba manejar con el pelo al viento, por los caminos llenos de pozos.

Éramos libres. Nos estábamos escapando juntos, sin mis hermanas. ¿Mamá venía fumando? A veces fumaba. Quizá venía fumando, metiendo los cambios, manejando rápido y sin apuro. Pasaban los pinos hacia atrás. ¿No nos va a alcanzar la policía, ma? No, se rio ella. ¿Y adónde vamos? Vamos a comprar duraznos y manzanas, porque eso de meterse a robar en la casa del vecino está muy mal.

Durante muchos años trabajó en un equipo de adopción, con otros asistentes sociales y psicólogos. Hacía de nexo, juntaba las partes, se ocupaba de las madres que iban a dar el hijo en adopción y de los bebés, y de los padres adoptivos y de las madres sustitutas y temporales. Las madres que dan al hijo en adopción tienen un tiempo para decidir, durante el cual pueden reflexionar sobre lo que están por hacer porque, una vez entregado el hijo a los padres adoptivos, el hecho es irreversible. Son unos meses, no sé bien cuántos. Una vez la vi mal a mamá.

Había llevado de vuelta en el auto a una chica joven que acababa de despedirse de su bebé para siempre. Cuando llegaron vieron que algunos vecinos, enterados de la decisión, le habían acumulado toda la basura de la cuadra en la puerta de la casa. Mamá la ayudó a entrar y se puso a llevar las bolsas de basura hasta la esquina.

Tenía mucha fuerza, fuerza emocional, empuje, amor para contener a todos: la familia, los amigos, los conocidos, los desconocidos, los extraños que no le parecían extraños... Después de cumplir sesenta años, ese núcleo solar no aguantó más y empezó a romperse. Empezó con dificultad para mover un brazo, un diagnóstico de Parkinson y algo más, no del todo diagnosticado. Se olvidaba palabras, se perdía. Una vez le hice una tarjeta plastificada con el teléfono de todos para que la tuviera en la cartera. Al tiempo me dijo que se había ofendido cuando se la di, pero que ahora me agradecía porque la había tenido que usar. Se fue extraviando, perdiéndose incluso para sí misma. Tenía alucinaciones. Y todo esto ocurría en paralelo con el crecimiento de mi hijo Francisco. Parecía como si el lenguaje se trasvasara de mamá a su nieto. Hubo

un momento muy exacto en el que se cruzaron. Fue en el auto (otra vez el auto, la historia de mi vida sucede en un auto, ya escribí sobre eso alguna vez). Esta vez manejaba yo. Mamá se puso nerviosa —no me acuerdo por qué— y empezó a hablar de cosas incomprensibles, de peligros y seres malignos que entraban en su casa, y mi hijo en el asiento de atrás me hablaba de dragones furiosos. Se cruzaron en un punto exacto. Ella perdía ya la cordura y mi hijo estaba todavía en su locura de los cinco años. Ambos atrapados en un mundo imaginario y descontrolado. Los dragones de Fran se metían en las palabras de mamá, en su alarma y su miedo. Era todo una gran confusión de ladrones y monstruos, una épica surgida a toda velocidad en medio de la autopista. Y yo agarrando el volante, tratando de pensar claro, aferrado a mi supuesta lucidez.

Fue muy extraño el modo en que, a medida que perdía el lenguaje, los lenguajes ajenos empezaban a dominarla. Por ejemplo, en el baño de mis padres había dos bachas, una junto a la otra. Una vez mamá se lavó las manos, se las secó y, al hacer un paso al costado para irse, quedó como atrapada por el lenguaje arquitectónico de la repetición de la segunda bacha y entonces se volvió a lavar las manos. Si intentaba decirte algo con el televisor prendido, las palabras de los locutores se le metían en la frase. La etapa más dolorosa fue cuando ella todavía se daba cuenta, la transición entre ser una persona que se ocupaba de todos y ser esa otra persona que no podía ocuparse de sí misma. Se fue quedando en silencio detrás de sus ojos verdes. En el último tiempo yo le cantaba canciones infantiles que nos había enseñado su madre francesa. Pero dejé de hacerlo cuando noté que la alteraban. Creo que el último diálogo más o menos lúcido que tuvimos fue este:

—Mamá, ¿vos sos peronista?

—No.

Ese no fue rotundo. Su padre había sido amigo de Perón, tenía un prendedor para usar en la solapa que decía «Audiencia permanente». Podía entrar en la Casa de Gobierno cuando quisiera. Y eso fue silenciado por el resto de la familia, que nunca aprobó esa cercanía con el peronismo.

Ahora, mientras escribo esto, mamá está viva. Su cuerpo, ya inmóvil, respira en su casa. Hace más de seis años que no hace contacto visual, ni dice una palabra, ni se comunica de ninguna forma. Está pero no está. Por eso hablo de ella en pasado. El duelo que uno hace en una situación como esta es raro,

lento, gradual y parece infinito. Mamá se fue yendo de a poco, se fue alejando. Voy muy de vez en cuando a visitarla. El mundo pierde un poco de sentido cuando tu madre deja de mirarte. Por eso estoy volviendo a escribir después de mucho silencio. Para viajar de vuelta a su lado en el auto, y verla mirarme y reírse, una rubia hermosa en su verano largo, al volante, manejando con las ventanillas bajas, con el pelo suelto al viento.

La poesía del hombre invisible

En los años noventa yo estudiaba Letras en la universidad, pero me escapaba los jueves a la noche, con toda la felicidad del mundo, a un taller literario. Escribir y estudiar Letras, me decía, es como estar loco y estudiar psicología. Son dos cosas distintas. Así que mientras la carrera me formaba como un lector capaz de analizar casos de otros, yo ejercía mi locura personal en el taller de Grillo della Paolera. Grillo se llamaba Félix pero nadie le decía así. Era Grillo desde su infancia porque se quedaba noches enteras despierto, leyendo. Cuando lo conocí tendría setenta años. Nos escuchaba atento, fumaba su pipa y, cuando cada uno terminaba de leer su texto, detrás de una cortina de humo decía un par de cosas, pocas, pero certeras. No era invasivo y dejaba que cada uno creciera en su propia dirección. Te dejaba equivocarte, te daba espacio para eso. Sus mandatos básicos a la hora de escribir eran mostrar sin explicar (el conocido «*show, don't tell*» norteamericano) y leer poesía. Nos hacía leer mucha poesía, nos hablaba del haiku, de Vallejo, de Neruda, de Quevedo, de Góngora. De vez en cuando deslizaba alguna anécdota de Borges, de quien había sido amigo.

Un verano caí de sorpresa a su casa en la playa, en uno de esos balnearios desolados de la costa atlántica. Quedaba en una galería de comercios que había fracasado y ahora los locales estaban transformados en viviendas. Tenía un cuarto arriba, con cocina, y se dormía abajo en un sótano con una ventanita que daba al mar. Yo estaba veraneando cerca con mi familia y un día, medio revirado por el viento de esas playas enormes, se me alargó la caminata y llegué a lo de Grillo sin avisar. En los médanos me topé con una compañera del taller, una chica rubia apenas unos años más grande que yo. «¿Qué hacés acá?», nos preguntamos riéndonos al mismo tiempo. Yo era un ingenuo. Grillo era un demonio. Un hedonista zen, si es que eso no es un oxímoron. Era austero: tenía su departamento de dos ambientes con discos y libros en Buenos Aires, y su local en la playa. Nada más. Lo importante era que a su alrededor fluyeran la inteligencia, la poesía, la música, las historias,

el vino y el buen amor (una vez con un amigo ingeniero calculó cuánto vino había sido bebido en ese taller desde los años setenta y alcanzaba para inundar los dos ambientes con un metro de alto).

Entonces ahí estaba mi amiga, compañera de taller, sorprendida in fraganti en el médano frente a la casa de Grillo. Me agarró de la mano, me sentó en la arena y me explicó lo evidente: estaban viviendo juntos. Fuimos hasta el local. Ella bajó al dormitorio, Grillo estaba leyendo en la cama. Escuché que decía: «Está Pedro arriba. Sabe todo». Fue una indiscreción caer así de sorpresa, y sigue siendo una indiscreción contarle ahora acá, pero Grillo no se enojó y creo que tampoco se enojaría ahora si estuviera escuchándome. En cierta manera, fue liberadora la revelación y ayudó a que se consolidara ese grupo de los jueves. De vuelta en el taller, los participantes nos empezamos a quedar hasta tarde hablando, fumando y escuchando discos de Paco de Lucía, Ella Fitzgerald, João Gilberto. Grillo a veces contaba cómo lo había conocido a Faulkner en Nueva York o a Heidegger en Alemania. Si lo poníamos en duda, sacaba cajas con fotos viejas y nos mostraba las pruebas. Ahí estaba parado, junto a ellos, en blanco y negro, en esas fotos de borde troquelado. Faulkner, al parecer, le había hecho muchas preguntas sobre alambrados y corrales del campo argentino, ¿cuántos hilos tienen?, ¿cómo se encierran los animales? Grillo no tenía ni idea. Faulkner le dijo: «Yo no soy un escritor, soy un granjero al que le gusta escribir» (*I'm not a writer, I'm a farmer who likes writing*). Heidegger, en cambio, estuvo al parecer todo el tiempo muy interesado en la traductora que acompañaba a Grillo.

Algunas noches, Grillo sacaba de sus roperos misteriosos unos poemas tipeados a máquina, que según nos contaba eran de un amigo que había muerto. Un tal César Mermet. Tenía ahí guardada en unas viejas cajas de sombreros toda la obra inédita de su amigo. Eran papeles y papeles y papeles. Poemas geniales con una voz expansiva, centrífuga, completamene atípica. También había ensayos, y cartas a Grillo, cartas desaforadas, de veinte páginas, donde escalaba en espiral las discusiones que habían tenido la noche anterior.

No sé qué hacer con todo eso, decía Grillo, es demasiado, es un trabajo para una universidad. Estaba totalmente sobrepasado por el legado de su amigo. Mermet había escrito durante toda su vida y nunca había querido publicar. Cada vez que Grillo lograba convencerlo de que juntara sus poemas

para editarlos en un libro, Mermet los empezaba a revisar: modificaba los textos, los ampliaba en ramificaciones y variaciones, algunos se subdividían en dos poemas distintos, reelaboraba temas, volvía a pasar en limpio, volvía a corregir, agregaba poemas nuevos... Era un trabajo infinito. Una especie de crecimiento botánico que de alguna manera él no quería detener con una edición. Publicar era congelar su obra, no dejar que siguiera creciendo.

De a poco, en esos jueves cada vez más trasnochados, nos pusimos a revolver entre los papeles. Lo que encontramos fue impresionante. No conocíamos todavía la cara de Mermet, de hecho algunos pensábamos que podía ser el mismo Grillo. Pero lo que vimos fue más que una cara, el verdadero rostro de una identidad plasmada en el papel. Porque muchos poemas estaban prolijos, pasados a máquina, pero otros eran jeroglíficos orgánicos, tachaduras, flechas, añadidos y llamadas que parecían venas, manchas, huellas de una lucha casi física por mejorar cada verso, cada estrofa. Ahí estaba el empeño obsesivo de un hombre por superarse sin descanso.

Los mapas laberínticos de su batalla personal, íntima. La circulación de su sangre poética. Una voluntad gigante. ¿Qué perseguía Mermet? ¿Dónde quería llegar con ese esfuerzo tan secreto?

Su único lector había sido Grillo. Alguna vez le dijo a Grillo: «Creo que si vos te murieras yo dejaría de escribir». Pero fue Mermet el que le ganó de mano. A los cincuenta y seis años lo internaron por una pancreatitis. En sus últimos días en el hospital le dijo a su mujer: «Dejale todos mis papeles a Grillo». Mermet murió en pleno Mundial 78. Semanas después, la viuda le llevó a Grillo en varias bolsas la obra completa e inédita. Lo que la viuda no sabía es que ahí estaba el verdadero cuerpo de César Mermet, el cuerpo inmortal, la palabra hacia la cual él se había transubstanciado.

Ahora voy a tratar de probar que no estoy exagerando.

*

Mermet nació en 1923 en un pueblo agrícola de la provincia de Santa Fe, que se llama Malabrigo. Su padre era ingeniero ferroviario. Eso obligó a la familia a mudarse por distintas ciudades del litoral, lugares fluviales, junto a grandes ríos, el agua madre que aparece en toda su obra. Después se mudó a

Mendoza donde conoció a su mujer, con la que tuvo dos hijos. En el año 51 ganó un concurso de poesía con su poemario *La lluvia*, pero en lugar de usar el monto del premio para publicar el libro, prefirió gastárselo en un viaje a Chile. Fue la única vez en toda su vida que Mermet salió de la Argentina. En Mendoza, en los años cincuenta, lo conoció a Grillo, que estaba trabajando como asesor en el Ministerio de Cultura. Mermet, que con su voz potente y su buena dicción había trabajado como locutor en la radio y como presentador de ferias, organizó en Mendoza la Fiesta de la Vendimia y lo hizo a su manera, es decir, más grande que la vida misma.

Según el cuento de Grillo, el encuentro se produjo así: Mermet contrató un circo y montó una especie de *son et lumière* gigante en un anfiteatro en la ladera de la montaña. Él mismo era el presentador, pero se oía sólo su vozarrón hablando sobre el vino y la tierra, mientras entraban a la pista caballos al galope, pasaban carretas cargadas con uvas, cantaba un coro, tocaba una orquesta, entraban bailarines y se iluminaba la precordillera con unos reflectores. Era como un poema geográfico. Cuando terminó, Grillo lo quiso conocer. Se quedaron hablando y tomando vino hasta tarde. Después, Grillo lo acompañó hasta la puerta de su casa pero, como querían seguir hablando, Mermet lo acompañó hasta la puerta de la casa a Grillo, y así ida y vuelta, varias veces, hasta que amaneció.

Eran muy distintos. Grillo el guapo, gran seductor, casanova; Mermet, sin suerte con las mujeres, gordo, enamorado. Grillo el viajero, hedonista, disfrutando su momento, metido de lleno en la vida; Mermet estático, postergándose, ausente, religioso no en un sentido católico, sino en ese ir tras la gracia de la negación. Grillo era todo presente, Mermet todo futuro. Grillo creía en la vida; Mermet, en la palabra. Y discutían, discutían hasta el alba y se respetaban plenamente. Al morir Mermet, Grillo perdió a su interlocutor principal, alguien que podía hacerle frente para pelear a su altura. «No saben lo que lo extraño a veces al gordo Mermet», dijo una vez. Y Grillo nunca decía cosas así.

No estoy seguro de cuándo fue, en qué año a alguno de los miembros del taller se le ocurrió pasar en limpio un poema de Mermet para tenerlo y mandárselo a los demás por mail. Tampoco me acuerdo si fui yo el primero o si fue otro. Pero sí me acuerdo que poco después estábamos todos pasando los

poemas en archivos de Word. Éramos seis o siete amigos contagiados por un mismo entusiasmo. Lo que terminó siendo una tarea de cinco años, comenzó así, sin que nos diéramos cuenta. A más de uno nos costó un divorcio. Yo recuerdo haber estado tipeando poemas de Mermet mientras cronometraba las contracciones del nacimiento de mi primer hijo. Tuvimos que organizar el trabajo. Guardar en un mismo folio las distintas versiones de un poema. Algunos tenían hasta once versiones. Lo que resolvimos fue darles un orden cronológico, aprovechando que Mermet fechaba todo obsesivamente. Poco a poco crecieron las carpetas con originales y se fue armando el rompecabezas de papeles dispersos. Cuando teníamos unas trescientas páginas de poesía las imprimíamos y las anillábamos. Así, hicimos el tomo I, el tomo II, el tomo III... Llegamos al tomo V y hubo un tomo VI en el que reunimos la prosa. En total, unas mil quinientas páginas de poesía, ensayos y cartas.

Yo me hice experto en descifrar los manuscritos más enmarañados. Nunca en mi vida sentí ese nivel de concentración apasionante con ningún otro trabajo, ni siquiera con mis novelas más largas. Éramos como una secta secreta que descifraba pergaminos milenarios mientras hacía trabajo de oficina. En empresas, en estudios jurídicos, en fundaciones psicoanalíticas, aparecía una ventana furtiva de Windows que se cerraba cuando pasaba el jefe. Abajo del memorándum, abajo de la carpeta con planillas de Excel, asomaban los poemas de Mermet con palabras vivas que salían a la luz. Nunca era gratuito en sus anotaciones, nunca ponía algo porque sí, siempre tenía sentido su búsqueda expresiva y valía la pena armar la trama limpia y contemplar el resultado final.

*

Mermet no participó del mundillo literario de su época. Su única incursión fue mandar aquel primer libro al concurso del año 51, pero enseguida se retiró del ruedo. Tuvo breve fama como locutor radial en Buenos Aires, donde llegó en 1956, pero no quiso formar parte del ambiente cultural. Borges dijo de él: «En una de sus cartas, Emily Dickinson dejó escrito que publicar no es parte esencial del destino de un poeta. Nunca sabremos si César Mermet conoció ese hoy escandaloso dictamen, pero su vida lo confirma. Prefería soñar,

escribir y corregir eternos borradores. He conversado algunas veces con él; no me dijo que era poeta. Sé que era un curioso lector; su memoria estaba poblada de versos. Quizá pensara que publicar es resignarse a un texto definitivo. No diré que fue un gran poeta porque, en este caso, el epíteto disminuye al sustantivo. Diré algo más; diré que fue plenamente un poeta».

«No me dijo que era poeta»: ahí está Mermet entero. Trabajó desde su llegada a Buenos Aires en periodismo y publicidad. Escribió los primeros comerciales que por entonces se emitían en vivo. Inventaba cosas innovadoras y extrañas. Hizo la campaña de pomelos y jugos Pindapoy, que fueron muy populares tiempo después. Mermet hizo poner la cámara tras el vidrio convexo de una pantalla de televisión. Un hombre exprimía un pomelo haciendo que el jugo resbalara por la pantalla diciendo: «Pomelos Pindapoy, tienen mucho jugo». Parecía que el líquido chorreaba por las pantallas curvas de los hogares argentinos, la gente llamaba para preguntar si eso no podía dañar el aparato. «Pinda pinda pinda poy, tómelo ya, tómelo hoy.»

Entre los papeles encontramos una carpeta que preparó para una campaña de *soutiens*. Mermet, siempre desmesurado, había hecho un informe de ochenta páginas, tomando la iconografía de las tetas desde los murales egipcios, pasando por toda la historia de la humanidad hasta llegar a lo que él definía como la mujer sexy que surgía en los sesenta. Había además un análisis exhaustivo de los corpiños de la época, al parecer muy incómodos y rígidos, y cerca de cien eslogans, por ejemplo:

- Playtex, se expande a su menor latido.
- Playtex, respira con usted.
- Apoya y respalda el busto, en elástico reposo vibrante.
- Confiere al busto tensión vivaz.
- Playtex, pone la belleza en su sitio.

«Lo que vos llamás amor lo inventamos los tipos como yo para vender medias», dice Don Draper en la serie *Mad Men*. Ahí estaba Mermet en los sesenta, un *mad men* sudamericano, inventando la belleza femenina.

Una vez Grillo se fue a pasar unos días a la playa y le dejó las llaves de su departamento de Buenos Aires a Mermet, para que le regara las plantas de marihuana que tenía en el balcón. «Con referencia a “la agricultura” —le dice Mermet en una carta—: Cumplido al pie de la letra. Pero he aquí: el éxito de la operación terminó conspirando contra la salud de los ejemplares. Los vientos fueron esta temporada muchos y violentos. Y las plantas están excesivamente altas (talla de hombre), para unas raíces tan módicas. Están jugosas las hojas, gruesos los tallos, cabeceantes las flores, fuerte el verde...» Y sigue así durante varias páginas. El asunto es que a Mermet le dio curiosidad la marihuana y una vez Grillo le dio de fumar. Después de un rato y de haber fumado bastante, Mermet insistía en que no le había hecho ningún efecto. Grillo le señaló unas naranjas que había sobre la mesa. «Mirá esa naranja, ¿no la vez así?», le dijo abriendo las manos. Y Mermet, que ya venía fumado de cuna, le contestó con su vozarrón: «¡Es que es así!».

Mermet veía lo que se puede llamar el aura asociativa de las cosas. Como si las cosas tuvieran *links*, o pelitos que las conectaran con muchas otras cosas y las volvieran enormes, como una energía vibrante que rodeara todo. La naranja entonces es así, es gigante porque en ella está su presencia natural, su madurez, su viaje desde el árbol, sus asociaciones afectivas, el modo de comerla en la infancia, su forma geométrica, su cualidad perecedera, sus ecos en la cultura popular bajo la forma de canciones y refranes, su gusto, su color, su origen asiático, su jugo de palabras, con semillas, pulpa, gajos, naranjos, naranjales... Mermet vivía en esa dimensión. Por eso sus poemas se vuelven centrífugos. Empieza a darle vuelta a las cosas, hasta hacerlas girar y estallar en el poema.

Va un fragmento de su poema «Aforismos del micro», escrito en uno de esos momentos en que se gastaba toda la plata que ganaba con la publicidad y tenía que volver a viajar en colectivo:

(...)

—No pienses en tu nombre andando en micro.

Distráete del primer pronombre.
Entrégate dócilmente a un nosotros interpenetrado.
No alimentes excesiva conciencia, cólera, agravio,
orgullosa pudor, corpúscular soberbia. Fluye.

—Aprende que no hay nada personal en el
tormento equitativo.

No te instales ni te instituyas ni te fundes,
indiferente o rígido. Ignórate y fluye.

—Hay que entrar blando y desprevenido al micro,
confiado, crédulo, ignorando el día anterior,
memoria y ansiedad y miedo;
anónimo y en blanco, entra ofrecido.

—Con tu prójimo inmediato
conjuga tus volúmenes, sus huesos, los tamaños.
Pero puja. Puja, pero no contiendas.

—Pujando enseña al otro, no tu poder,
sino la necesaria aceptación de todos.

—El destino es lo que importa. El cada cual llegar,
sin gloria pero sin pena, con sencillez cabal y cumplida.

—Milagro es que logremos este mínimo acuerdo, este
modesto pacto
de sufrir juntos, sin desgarrarnos,
redondearnos como rodillos comprensivos,
en entendimiento casi compasivo, en un

microamor primario,
en bastos primeros grados del convivente amor,
digamos.

—Siempre cabe uno más, recuérdalo, cuando te
tiente ser mojón,

clausurante frontera, tope plantado.

El espacio es magnitud modulable por la

respiración, la buena fe,

y la flexible renuncia al soy y estoy;

cuando el hombre se ignora, es interpenetrable,

sábelo.

Donde no cabe uno, caben tres,

y donde todos se aceptan en momentánea

unanimidad fraterna,

en efímero amor provisorio, el doble, el triple cabe;

y cabe la reconciliación, en su versión corpórea,

por ahora.

—Si admites al que te desplaza, por tímidos

milímetros,

como achicado él a su ruego, y su ruego

a su perfil ladino,

y su cuerpo logrero al pequeño tesón de su

hipócrita vida,

si lo aceptas,

lo aceptas con su voluminoso portafolios y sus

gruesos paños,

tapados, sombreros y bufandas, su estridente perfume

y el radiante rojo de su inmediata y rotunda cara

irreal, como una enorme cosa que bufa y parece

que sonrío.

Cada cual como es y con todo lo que es.

No hay concesión parcial, ni aceptación condicionada;

cuando das lugar, das el total lugar que cada cual

reclama,

y debes saber que renuncias a tu espacio, no de

una vez,

sino por tenaces veces, durante todo el viaje.

—No te apegues con exceso a grandes ojos pasajeros.

Ni su belleza es tuya, ni es por todo el trayecto
que su alegría es de todos y de nadie.

La promesa ambigua de su mirada no será
cumplida en este viaje;

ilumina alrededor, es cierto, pero efímeramente,
como sol milagroso entre dos lluvias.

Bajará antes o después de uno, y si bajara en la
esquina que uno,

dejará de ser parienta de destino, diluido aquello
de que fuimos parte

uno y sus ojos transitivos.

A toda hermosa le es corona el tránsito.

(...)

Nada me enseñó tanto a escribir como la poesía de Mermet. Me enseñó a no resignarme con la expresión aproximada, parecida a lo que quiero decir; siempre se puede ser más preciso, siempre se puede rodear un poco más el tema para llegar a su esencia, al centro, interrogarlo, aprender a mirar, usando la subjetividad emocional pero también la época en la que se vive.

La lengua, dice Mermet, no sólo expresa lo sido, lo consumado e instituido, lo convalidado y promulgado y visible y audible de un siglo. Expresa lo que deviene, lo que pugna el ser por decir en la persona y en las formas y estilo de una cultura, antes de que cultura y persona consigan objetivarlo. Esa es la lengua a la que se entregó Mermet, aquello en lo que decidió convertirse a medida que fue transparentándose, ausentándose del mundo. Porque al principio fue una imposibilidad de llegar a una versión definitiva de sus textos lo que lo dejaba afuera, pero después ya fue clara la decisión de concentrarse en su escritura y volcarse en la palabra por entero sin pretender nada a cambio: ni reconocimiento, ni lectores, ni aplausos, ni premios, ni publicaciones. Si estaba la lectura de Grillo como puente mínimo

de comunicación, le bastaba. Y no escribía para Grillo, los textos no estaban dirigidos a él, salvo las cartas. Grillo funcionaba como el lector ideal y era, de alguna manera, todos los lectores.

Mermet sentía que no estaba del todo en el mundo. Sabía que estaría algún día presente en su palabra, pero se sentía ausente de su propia vida. «Mira el cielo y verás cómo no estamos», dice en un poema. Los títulos mismos ya dan cuenta de esa idea recurrente: «Maneras de ausencia», «Las fiestas de faltar», «Nosotros los irreales». Le fascinaba faltar, pensar el mundo sin él, disminuir el yo hasta lo diáfano. «Cambié por la palabra, mi vida. Pagué. Hice el trueque», le dice a Grillo en una carta.

En 2005 empezamos a dar a conocer su obra y publicamos una antología. Ahora estamos preparando los distintos tomos de la obra completa. Yo sé que esta va a ser una tarea para toda la vida. Pero siento que sacar a la luz la poesía de Mermet me justifica mucho más que escribir mis propias cosas. Soy un apóstol de Mermet. Difundo su palabra.

*

Grillo murió en 2011. Estaba perfectamente lúcido pero el cuerpo ya no le daba más. Tenía ochenta y siete años. Él mismo decidió que no siguieran alimentándolo a través de una sonda ni le transfundieran más suero. Hacía un año que estaba en cama, en su casa. Un día fueron a verlo los de cuidados paliativos del hospital, le hicieron preguntas de rutina:

—¿Usted se quiere morir?

—No, pero no quiero seguir viviendo así —dijo con un hilo de voz.

—¿Usted es religioso?

—No, soy supersticioso.

Lo fui a visitar unos días antes de su muerte. Te dejaba estar cinco minutos y había que pasar a verlo de a uno. Ya no podía hablar pero contestaba con gestos. Me acuerdo que le hablé de tres cosas: de cómo iban mis talleres (él me había ayudado mucho dejándome que le copiara el formato de su taller y hasta las consignas); de cómo iba la casa que estábamos arreglando con mi mujer en Entre Ríos, y de cómo seguía el trabajo de Mermet. Grillo nunca nos pidió que lo hiciéramos. Dejó que nos entregáramos

a eso con felicidad. Yo creo que lo alivió que nos repartiéramos el peso de su amigo. Los papeles de Mermet están ahora en mi casa. Los amigos del taller nos seguimos viendo.

*

Uno de los últimos poemas de Mermet termina así:

Mira el cielo y verás cómo no estamos,
de qué modo llegamos a ser sólo el espacio,
donde todo es culminante cumplimiento.
Alza los ojos y ve qué luminosamente falta
la opacidad doliente, gris y vana
de nuestra lucha,
qué ausencia nos exime en lo muy alto,
de dar sombra en el mundo, y nos olvida,
y cómo fiesta y dolor coinciden, exaltados
en esta intensa perfección de luz,
que tantas veces contemplamos juntos,
de tanta amada claridad, caídos.

El anatomista

Soy muy vago y hasta que no tengo la soga al cuello por la fecha de entrega no me siento a trabajar. A medida que empecé a escribir para diarios y revistas, fui legando mi voluntad literaria a esa adrenalina de tener que terminar un texto antes del cierre. Los medios no te esperan. Diagraman, editan y, si no entregaste a tiempo, rellenan tu espacio con el texto de otro y no te pagan. No hay prórroga. Las rotativas tienen su hora de arranque y parten sin vos, como un tren. En ese vértigo, a casi todos los periodistas con los que hablé les sucede algo extraño: el terror de la última hora los hace trabajar, tipear, ordenar por fin esas ideas que estaban rumiando hace días. La nota sale; de pronto, existe. Las frases y los párrafos encuentran su lugar.

El problema llega cuando después el autor quiere retomar sus tiempos personales de trabajo, su novela y, como no hay nadie que le reclame esos capítulos, entonces le parece que tiene la vida por delante para escribir con tranquilidad. Puede tomar todas las notas que quiera, nadie le va a mandar un mail urgente. Y así pasan los años y sigue sin dar una forma definitiva a esas historias. No sé por qué hablo en tercera persona, si esto en realidad me pasa mí. Para empujarse a escribir, Yukio Mishima le pedía a sus editores que le pusieran fechas de entrega para sus novelas. Si no cumplía, se hacía reducir el adelanto. Se imponía castigos. Pero no es un buen ejemplo: terminó haciéndose el harakiri.

No sé si estaré recuperando la fe en mi ficción. Quizá no. Lo último de ficción que escribí lo hice bajo la forma de poesía, en sonetos. No me salía en prosa, no sabía qué recortar, qué dejar afuera, y terminé escribiendo la historia en sonetos, como estrofas por donde iba fluyendo la trama. Había escrito durante años sonetos y esa música estaba en mi cabeza. Entonces la forma me facilitó las cosas, dialogó conmigo, me fue llevando de la mano cuando se me hacía de noche. Y la economía verbal del verso, la condensación de sentido que tiene la poesía, me ayudó a recortar. Lo que no entraba ahí no iba. Así de simple.

Esa suele ser la decisión más difícil en la narrativa: ¿qué *no* va? ¿Qué queda fuera? El riesgo de la novela es que parece un gran contenedor donde entra todo, el autor escribe y lo tira ahí dentro y se acumula algo que termina siendo una gran pila de hojas. O quizá el autor se vuelve consciente de esa falta de límite y le parece que se le desfonda, se le desmadra la historia, se le va para todos lados y no puede seguir. No hay borde, ni cauce, cualquier situación, o escena, o personaje, puede dilatarse al infinito y ya no ve su libro. Hasta el *Ulises* de Joyce, que es un libro monstruoso y desbordado, tiene un borde: todo sucede en un día, en Dublin. Ese es su muro de contención.

Entonces, hice correr el agua de mi novela por esos sesenta sonetos y así la pude escribir. También es cierto que se publicó por entregas en la revista *Orsai*, a lo largo de un año. Es decir que tenía la presión del cierre. Ahora que lo pienso, el resultado, llamado *El gran surubí*, fue la manera más rebuscada que encontré para no escribir. Digo, para no escribir ficción, prosa narrativa. Esa fe casi no está más en mí. Y no sé si volverá algún día.

Las restricciones del periodismo, los textos a pedido, los temas específicos y la extensión limitada, resultaron ser una liberación. Descubrí que las dificultades, los desafíos, me destraban y agilizan. Muchos mails de editores de medios empiezan diciendo: «¿Te animás a escribir algo sobre...?». Cómo no me voy a animar. ¿Te animás a escribir sobre lo que te da vergüenza? Sí, ¿cuántos caracteres? ¿Te animás a ir a un convento de clausura para escribir una crónica? Dale, ¿cuánto pagan? Así, de a poco, fui llevando la escritura en direcciones nuevas. El periodismo te saca de tu zona cómoda y te lleva hacia temas sobre los que no sabés ni qué pensás. Te obliga a aprender, a exponerte. La libertad total, el famoso «tema libre», la escritura automática ilimitada, pueden ser el infierno, una cárcel de máxima seguridad. Dame un punto de apoyo y moveré el mundo. Por más mínima que sea la excusa de trabajo, me sirve para sacarme de mi aislamiento mental. ¿Te animás a escribir un miniensayo sobre las tetas? Ok. ¿Te animás a escribir un texto sobre el culo femenino? Por supuesto. Así me hice nombre de autor que escribe sobre sexo. Las revistas latinoamericanas me pedían notas sobre el tema. Y pagaban en dólares. Era una especie de mercenario erótico, un sexólogo literario. Quizá lo sigo siendo. Pero paré un poco. Además se me agotó la anatomía femenina. No me quedó zona por teorizar.

En esa época, después de once años de dar cursos de redacción para abogados, quería intentar ganarme la vida de otra manera. Primero escribí algunos guiones de cine de los cuales sólo se filmó el de *La Ventana*, que escribí en colaboración con el director, Carlos Sorín. Otra productora (para variar) me pidió una historia erótica. Yo no estaba en un momento muy erótico de mi vida y me salió una historia muy oscura sobre la viuda de un escritor. Me fueron pagando a medida que avanzaba, hasta que se dieron cuenta de que no había mucho sexo en el guión. De hecho, en el único momento erótico, el personaje se moría de un ataque al corazón. Se acabaron los pagos, no me contestaban el teléfono. Alguna vez voy a rescatar a esa mujer medio almodovariana que le termina la novela inconclusa al marido muerto.

Un día, finalmente, me animé a largar el trabajo de profesor de redacción. Me entregué a lo que me fueran deparando las propuestas de artículos, notas y columnas. ¿Te animás a subirte a un camión de carga para ver cómo es esa vida en la ruta? Me animo, creo que me voy a morir pero me animo. Pedro, ¿te escribirías diez mil caracteres sobre por qué nos gustan las mujeres maduras? Sí, ¿cuándo cierra? No tenía ni idea a quién apelaba ese «nosotros», nunca me había puesto a pensar tan específicamente en las mujeres adheridas a ese adjetivo de frutería y sin embargo escribía y me salían cosas inesperadas. De a poco entendí que esos textos no son menos importantes que un cuento o una novela. Demandan la misma energía verbal, las mismas chispas por párrafo. Los textos salían y la plata entraba. Llegaba por rachas, a destiempo, y había que correr transferencias, pero llegaba.

Era raro estar publicado en revistas dispersas por el continente. El público era distinto, externo al circuito cultural. Y además los medios gráficos empezaron a crecer en sus ediciones *online*. Mi texto «El culo de una arquitecta» se sigue multiplicando hoy día en distintos sitios de la web, a veces con mi nombre y a veces con el de mi padre, porque alguien puso «El hijo del prestigioso abogado, Héctor Mairal, escribió este texto sobre...». Entonces otro alguien, que lo levantó en un portal *online*, entendió mal la aposición y directamente lo firmó con el nombre de él y una vez lo llamaron de la radio a las siete de la mañana: «Héctor Mairal, queríamos hacerle una breve entrevista sobre su texto “El culo de una arquitecta”». Les cortó el teléfono de mala manera... Una carrera de académico en la Universidad de

Buenos Aires, años de prestigio jurídico acumulado en su nombre, para que venga el hijo y embarre todo.

Ahí estaban mis cuentos en revistas de todo tipo, algunas literarias, otras sólo glamorosas, en papel ilustración, mis notas entre fotos de autos negros y brillantes, relojes caros, mujeres lacias y flacas, de tetas operadas, cuerpos de gimnasio, hombres lánguidos con abdominales contraídos. En un viaje a Bogotá, al subirme al avión, me puse a leer la revista de Copa Airlines y encontré un cuento mío. Estaba ilustrado y publicado a dos columnas, en castellano y en inglés. Me había olvidado por completo que había cedido los derechos de ese cuento a la revista de Copa. Todavía no habíamos despegado. Miré alrededor las cabezas de los pasajeros. Toda esa gente quizá iba a leer mi cuento. Quizá la aerolínea había cruzado datos y el piloto sabía y me invitaban a la cabina. Despegamos. No paraba de mirar mi cuento, la traducción, los dibujos, y miraba por la ventanilla. Estaba en las nubes literalmente. Y en otra página veía esas imágenes institucionales que muestran las líneas divergentes de los distintos vuelos de esa compañía aérea y pensaba en toda esa gente leyendo mi cuento en distintos lugares del planeta, mis palabras atomizándose por toda la atmósfera, llegando hasta los países más lejanos... En eso noté que mi vecino de asiento agarró la revista. Muy de reojo vi que llegaba a la página de mi cuento. Ahí empieza y se engancha, pensé, quizá se emociona y yo le digo que soy el autor, o quizá no le digo nada y me guardo mi secreto. Pero el tipo antes de terminar el primer párrafo cerró la revista con el gesto más prosaico del mundo y la encajó aburrido en el bolsillo del asiento frente a sus rodillas. Eso fue todo. Me bajó de un hondazo del Boeing 707 donde yo venía volando. Fue una lección de vida.

Desde el camión

La noche anterior al viaje doy vueltas en la cama. Me voy a morir, pienso. Por hacerme el transcultural. Voy a quedar en la ruta señalado con una de esas cruces que ponen los familiares al costado de la curva mortal. Todavía estoy a tiempo de cancelar. Además no sé quién va a ser el camionero. ¿Qué pasa si resulta ser el camionero prototípico que «chupa como un camionero» y maneja borracho? ¿Cuántos kilómetros voy a soportarlo si maneja mal? Les pregunté a mis amigos si les parecía que iba a poder ponerme el cinturón de seguridad en el camión y se rieron en mi cara. Me estoy arrepintiendo de haber aceptado la propuesta de la revista: subirme con un tipo que no conozco a un camión con acoplado por las rutas argentinas para escribir un artículo; ellos me consiguieron el contacto a través de uno de los redactores que es amigo de alguien que está en el tema del transporte. Empecé a imaginarme dos días con un camionero medio suicida riéndose a carcajadas, puteando con la música a fondo, subiendo travestis en todas las paradas. Mis amigos me aconsejaron: «Hay unos calzones de lata nuevos...».

A la mañana siguiente llego temprano a la planta procesadora de General Rodríguez, en Provincia de Buenos Aires. El camión ya está cargado y me encuentro con un tipo de unos cuarenta años que me da la mano. Javier, me dice, y yo me presento, le digo que vengo de parte de la revista. Ya le avisaron. Le noto un acento entrerriano, se despide simpático del fotógrafo que viajó con él ayer haciendo fotos para la nota y que ahora, antes de irse, nos saca una foto juntos. El camión ya está cargado con grandes bolsones de harina de pluma de pollo. Mientras hacen el papeleo del Senasa, el organismo que controla la sanidad agropecuaria, doy una vuelta por la planta entre el ruido insoportable y un olor feo a pelo quemado; las máquinas procesan vísceras y plumas de pollo hasta convertirlas en una especie de polvo marrón que se usa para alimento balanceado de animales. En la balanza del Senasa calculan el peso de la carga, descontándole el peso que tenía el camión cuando llegó vacío, y chequean que no supere la carga máxima permitida. Escucho por

primera vez hablar de controles a camiones, a camioneros, exámenes psicofísicos, cursos de capacitación, permisos para manejar cargas peligrosas...

Cuando nos dan el libre tránsito, me subo al camión (o me trepo, más bien) y salimos rumbo a La Pampa, con el sol alto, por el Acceso Oeste. Javier se pone el cinturón de seguridad. ¿Hay que ponerse esto?, digo, como si me pareciera extraño. Y sí, me dice, siempre es más seguro. Lo primero que se siente desde ahí arriba es la altura distinta, la perspectiva nueva del camino, una sensación de dominio del espacio, porque se ve más lejos en el horizonte. También se siente el tironeo del acoplado, amortiguado por un elástico de acero. Es un camión Volkswagen de 220 caballos de fuerza que arrastra 17 toneladas sin que se note el esfuerzo del motor. Cargado, tiene un empuje como de tren, no parece fácil de frenar, pero frena. De todas formas se siente una gran desproporción con los autos y todavía más con las motos y los ciclistas, que desde ahí arriba parecen una hoja de papel. Si yo fuera un ciclista de calzas de lycra lo pensaría dos veces antes de salir a la ruta y hacerme afeitar al ras por estas moles.

Javier maneja bien, pero igual tardo un rato en relajarme. Es un camión frontal, sin trompa, nosotros y el parabrisas somos el mascarón de proa de una energía cinética poderosa que se cruza muy cerca con energías similares que vienen en la dirección opuesta. Me pongo a cebar mate tratando de sincronizarme con el tironeo del acoplado para no quemarme. Una vez leí que a los centros del quemado argentinos llegan sobre todo quemaduras en la ingle (y aldaños) por la gente que ceba manejando. Javier me cuenta que es entrerriano y que hace catorce años que maneja camiones. Antes fui ambulancista, me dice. Y hablamos un rato largo de ese trabajo, de la ambulancia, de la mafia erótica de los hospitales, de levantar fiambres en los accidentes. Le pregunto si era peligroso y me dice que no. Me señala el camión que estamos pasando y me dice: «Eso es más peligroso». Miro pero no noto nada raro. «¿Ves la calcomanía esa roja con la llamita? Es de cargas peligrosas —me explica—. Llevan agroquímicos.» «¿Puede explotar?», pregunto. «No, lo afanan, los agroquímicos son carísimos, calculá que se usa un frasco por hectárea y ahí lleva varias toneladas. Algunos van con custodia. Porque los chorros te paran y se llevan el camión, lo descargan por ahí y lo

dejan tirado. Es la policía siempre. Saben lo que lleva adentro por la calcomanía esa que es obligatoria.» Ahora estamos en la ruta 7. Los carteles indican que a cuatro kilómetros hay un pueblo llamado Heavy.

Me pongo a pensar en la circulación de mercadería, de cosas tan específicas a lo largo del país. Nosotros llevamos un ingrediente proteico que formará parte del alimento balanceado para peces de los criaderos de Bariloche. La historia empieza en el frigorífico, donde unos rodillos con púas de goma despluman a los pollos que pasan muertos, colgados de las patas. Las plumas se acumulan en tanques, se secan con un proceso que se llama liofilización, se muelen en una harina que es transportada largas distancias hasta un molino que la mezcla con otros ingredientes —como harina de lombriz, harina de sangre, levadura de cerveza— y forma *pellets* que se embolsan para vender y llevar a los criaderos del sur donde comen y engordan las truchas arcoíris que después son abiertas, evisceradas, desespinaadas y congeladas en filetes que se exportan a distintos mercados del mundo. De golpe me veo metido dentro de una gran infografía dinámica, con camiones moviéndose entre plantas procesadoras, mapas de rutas, porcentajes, datos nutricionales, demandas de proteína animal, biología aplicada, criaderos, puertos, barcos, restaurantes, clientes, estómagos humanos.

El sol está pegando fuerte aunque recién está por llegar la primavera. En Junín tomamos la ruta 188. Se ve mucha maquinaria agrícola parada. No hay movimiento en la tierra, se ven sólo rastros. «Tiene que llover antes de que siembren —me dice Javier—. La tierra está seca.» Ya se empieza a hacer perfectamente plano el horizonte, como esa línea abstracta que le basta a Fontanarrosa para crear todo el escenario de *Inodoro Pereyra*. La Pampa empieza antes de La Pampa. Es jueves. Se ven grupos de chicos jugando alrededor de las escuelas en medio del campo. Kilómetros de alambrados y de pronto una liebre corriendo sola. La ruta está medio vacía, no viene nadie de frente y se puede sobrepasar tranquilamente a los más lentos, algo que no es fácil de hacer con un camión de veintidós metros de largo. «Hay días que quedás en esas chorreras de autos y camiones y capaz que estás horas ahí atrapado en el trencito yendo a cincuenta», me dice. Pasamos por Lincoln y por otro pueblo de nombre raro: Pazos Kanki. Le pregunto a Javier si a veces

sueña que maneja. «No, pero la primera noche, cuando vuelvo de un viaje largo, no puedo dormir, quedo como apretando pedales», me dice.

No paramos a almorzar, entramos en la tarde a ochenta kilómetros por hora con mate y galletitas. Por suerte, Javier habla, cuenta cosas sin que yo tenga que estar sacándole temas con el tirabuzón de las preguntas. Se nota que le gusta su trabajo, él mismo me lo dice. «A mí me gusta andar, estar moviéndome, me ponés atrás de un escritorio y no aguanto una semana. Lo más duro de este trabajo son las esperas en los puertos, eso es lo peor. A veces te dejan tres días ahí, haciendo fila hasta que te toca turno. Tenés que calar el cereal, pesar, descargar. Te dan un número y capaz que te llaman por altoparlante a las cuatro de la mañana y si te quedaste dormido perdiste, se te meten delante. Por ahí te tirás a descansar un rato y cada diez minutos te tocan la puerta las putas, te llaman “¡Papiiiiiitooo, qué haces ahí adentro solito?”. No te dejan dormir. Hay unas combis que pasan y te llevan a un restorán, por treinta pesos tenés tenedor libre.» El tema putas se agota ahí, se vuela por la ventana, y empezamos a hablar de comida. Parece que no habrá travestis en rotondas ruterias. «Al final, no tomás, no andás de putas, manejas tranquilo... Me trajeron con el monje camionero», le digo. Se ríe y me dice: «Yo soy así, vos escribí lo que quieras». Me pongo a cambiar la yerba y en el trámite encuentro unos CD. «Elegí alguno», me dice y pongo *Los majestuosos del chamamé*.

Es raro lo que hace la música cuando uno está en la ruta. Se vuelve banda sonora de la película sin editar en la que uno va metido. El camino y la música se combinan de maneras extrañas. Entre los sapucays y el acordeón, van pasando hacia atrás los silos, los tambos allá lejos, y en la banquina los altares rojos del Gauchito Gil que en esta última década le ganó mucho protagonismo a la Difunta Correa entre los santos populares. «¿Vos le dejás ofrendas al Gauchito o a la Difunta?» «No, yo eso nada, pero respeto, hay gente que para, deja cosas, pide. Yo no.» En unas horas vamos a llegar a General Pico. Hablamos de Victoria, la ciudad entrerriana donde vive con su mujer y una hija chiquita. Me cuenta que tiene otra hija que estudia en Rosario. Yo le cuento de mi hijo y así pasa el paisaje hacia atrás y nos vamos contando la vida, lo que queremos contar, y de vez en cuando nos callamos porque en la ruta uno se deja ir lejos con los ojos y entonces la cabeza se libra de uno

mismo, apaga la máquina de pensar en contra, se olvida un poco, se amansa. Javier salió el martes de Victoria, tuvo un viaje a Córdoba y de ahí a General Rodríguez, de donde salimos hoy a la mañana. Ya tiene ganas de volver a su casa, pero todavía hay que descargar el camión en La Pampa.

«Acá, en la Petrobrás de Banderoló, dice un amigo que *hay una petisa muy bonita*. Siempre me dice así: hay una petisa muy bonita.» Javier imita a su amigo y pasamos el límite interprovincial. La Petrobrás aparece de a poco, se agranda de golpe en su perspectiva diseñada y queda atrás, no paramos, venimos embalados, y la peti-

da para otro día. El disco de *Los majestuosos* vuelve a empezar y el sol ya casi está tocando el horizonte. Se hace de noche rápido y tomamos curvas larguísimas donde se ven venir de frente las luces de los autos. En Larroude tomamos la ruta 1. Falta poco. Me dice que en Pico hay un hotel, él va a dormir al lado del molino, acá adentro del camión; tiene cama y hasta una tele de 12 voltios. En las afueras de la ciudad cargamos gasoil, el playero nos habla de accidentes de esta semana, de los borrachos, de los pendejos en moto que cruzan la ruta sin mirar. Al entrar a la planta del molino hay que pesar de vuelta el camión. El sereno ya lo conoce, se saludan. No hay nadie. La postal del galpón enorme y el camión parado al lado en el playón vacío. Mucha soledad acá, pienso. Javier camina a la Shell a comprarse un sándwich de milanesa, yo me voy al hotel. Pico es una ciudad agrícola, trazada con regla sobre la llanura. El hotel está bien y en el restorán de al lado, un grupo de hombres panzones con camisas a cuadros habla un rato largo de escopetas. Mañana empieza otro paro del campo. No se va a poder circular con camiones cargados. De todas formas, no tendríamos que tener problema porque el camión ya va a estar vacío.

A las ocho de la mañana vuelvo al molino y me encuentro el camión a medio descargar y un autoelevador, de esos que llaman *sampi* o *clark*, sacando los grandes bolsones y llevándolos hacia la planta donde se mezclan las harinas en el molino. Javier me explica que hay que descargarlo alternando un lado y el otro porque si se descarga todo de un solo lado se desbalancea y se puede volcar. Me dice que durmió bien, que estaba fresco y lindo para dormir, pero ahora el día se está poniendo pesado y caluroso. Levanta y cierra las

puertas laterales del acoplado, arma la estructura de fierros que sostiene la lona y lo vuelve a tapar, atando cada una de las sogas con un mismo nudo. Es metódico y prolijo. «A mí me gusta el camión bien presentado —me dice—. Esa cosa del camionero croto que va con la lona flameando no me gusta. El camionero en general es muy croto — dice, y me cuenta que antes los dejaban bañarse en las estaciones de servicio pero ahora cerraron todas las duchas—. El otro día un playero me dice: Las duchas están cerradas porque ustedes rompen y ensucian todo, y es verdad, tiene razón, pero te da bronca.» Después de volver a pesar el camión salimos hacia el norte. Javier quiere llegar antes que anochezca a Entre Ríos. Se nota la diferencia al estar vacío el camión, parece más fácil de frenar y el acoplado ya no pega tirones. La ruta está todavía más vacía que ayer y un viento caliente se empieza a levantar cada vez más fuerte, un viento que le pega casi de frente al camión y lo ralentiza. «Mirá, lo traigo a fondo y vamos a sesenta —me dice—, si hay viento gasta mucho más gasoil.» Se arman remolinos en la tierra arada, se está cociendo el caldo de la tormenta, hay un falso verano. Es un aire de otro lado, aire del norte que abomba y trae calor y zamarrea las arboledas de eucaliptus. En los alambrados flamean tiras de plástico que quedaron enganchadas. Parece niebla la tierra que vuela. El calor se pone tan bravo que en la Petrobrás de Banderoló compramos una botella de agua, pero la petisa muy bonita no está. Hay una morocha grandota bastante simpática. Con las ventanas abiertas y el viento arremolinando el diálogo seguimos viaje, vamos cruzando la planicie seca y pensando en unos sándwiches que según Javier son muy buenos en un pueblo llamado Sancti Spiritu. Pero todavía hay que agarrar la ruta 33 en Villegas y el viento nos está demorando.

«Viene uno como dormido cuando vuelve del desierto», dice Martín Fierro en *La vuelta*, y así vengo en el asiento, aplastado, medio sordo por el viento en los oídos, saliendo del desierto de a poco; unos parches verdes empiezan a aparecer y semidormido pienso que otra vez no paramos a almorzar, y lo bien que está eso porque en general no me gusta comer frente a frente, prefiero evitar esa especie de confrontación un poco intimidante de la mesa, mejor comer unos sándwiches mirando la ruta, conversar así en movimiento, mirando para adelante, quizá porque esa es la manera en que me gusta escribir, mostrando, sin ponerme delante; aunque hay autores que

confrontan al lector, y lo hacen bien, yo prefiero ir desplegando las escenas delante de los ojos, a la par del lector, sin obstruir el paisaje, prefiero hacerme a un lado, quedar hombro con hombro, escribir como quien va manejando un camión y lleva al lector de acompañante.

Cuando ya estamos entrando por el sur a Santa Fe, me saca del sopor una camioneta 4 × 4 que se nos pone a la par. «¿Y este?», dice Javier. El tipo saca la cabeza por la ventana, nos señala la carga y hace montoncito con la mano. «¿Qué llevan?», pregunta. «¡Qué le importa!», dice Javier, y ni lo mira. El tipo después se aburre y nos pasa. Como el camión está tapado con las lonas no se nota que está vacío. En Chabás vemos unos silos gigantes abollados, como latas de cerveza vacías, por un tornado que pasó en 2003. Sigue el calor pero ya el aire es otro, menos terroso, más húmedo. En Casilda un grupo de personas nos detiene, nos cruzan adelante unas banderas argentinas. Se ponen en medio del camino una señora mayor con los nietos, un hombre de unos cincuenta años. Nos frenan, preguntan qué llevamos en la carga. Javier les dice que va vacío, que descargó en General Pico y nos dejan seguir. Esto es todo lo que se ve del paro del campo que ya parece gastado, un simulacro de algo que sucedió hace tiempo, aunque sólo haya pasado un año desde los grandes cortes de ruta que paralizaron al país.

Ya cerca de Rosario me dice que está cansado, pero se lo ve contento de estar menos lejos de su casa. Me pregunta qué impresión me llevo de todo esto y le digo la verdad, que tenía miedo de que fuera un camionero insoportable, que me alegra que me haya tocado viajar con él. También le cuento que me gustó ver un eslabón de toda una cadena de producción industrial. Bordeamos la ciudad y cruzamos el río Paraná por el puente interprovincial hacia el lado de Victoria. El agua lleva el diálogo hacia el lado de la pesca y los consejos para asar el pescado sin que se pegue, poniéndolo cuando la parrilla está todavía fría, y cómo era el viaje en lancha hasta Rosario cuando todavía no estaba el puente, y qué lugares son buenos para pescar. Ya estamos en Entre Ríos y se nota. Javier me cuenta de la huerta que hicieron con su mujer, de los tomates, de la diferencia entre el agua de la canilla y el agua de lluvia. Quiere llegar, bañarse y tomar mate a la sombra de un lapacho blanco que trajo del norte y plantó hace varios años en su patio.

Victoria se ve de lejos. Ahora el terreno es más amable, ya no es el páramo seco sino un lugar verde con lomadas. Javier me señala todo, allá está el casino, allá el gran hotel, allá hay unos barrios nuevos que están construyendo. Entramos en la ciudad. Me propone desenganchar el acoplado para poder maniobrar en el centro y llevarme a la terminal, donde me voy a tomar el colectivo hacia Buenos Aires. Le digo que no hace falta, pero insiste. En un playón dejamos el acoplado y entramos por las calles de casas bajas. De vez en cuando saluda a algún conocido; está en sus pagos y se le nota en la actitud física, en el entusiasmo orgulloso de estar de vuelta ahí. En la esquina de la plaza me muestra la casa donde nació. «Mi vieja era maestra», me dice, y llegamos a la terminal. Le agradezco por todo y me bajo. Él tiene que ir hasta el tinglado de su patrón donde se guardan los camiones. Ojalá pueda algún día comprarse el Scania que quiere tener. Ese es su sueño: tener su propio camión. Ahora levanta el brazo, me saluda y lo veo doblar y perderse en la esquina. Se llama Javier Bareiro.

Ensayo sobre las tetas

Cuando llega el calor, y por toda la ciudad afloran las tetas con su vanguardia prometedora de un tiempo blando, vale quizá entregarse a esa curiosidad primaria que generan las tetas en la vida de los hombres. Primero están las tetas paradigmáticas, formativas. Las tetas alarmantes del cine o la TV. Depende la edad de cada uno. Para una generación fueron las tetas de la Loren en *Boccaccio 70*, o de Anita Ekberg en *La dolce vita*. Para otros habrán sido las tetas de la Cucinotta en *Il postino*, o las tetas ya más estilizadas y armónicas de Monica Bellucci en *Malèna*. El cine italiano siempre fue proveedor de grandes tetas mediterráneas.

Las tetas norteamericanas, en cambio, siempre quedaron en un tercer plano, detrás de las explosiones y los autos chocadores. Estados Unidos no fue ni es un buen proveedor de tetas, a excepción de las tetas de Lynda Carter en *La mujer maravilla*, que eran bastante notables, tetas atléticas, altivas, heroicas, increíblemente controladas por ese corsé con estrellitas. *Wonder Woman* provocó en muchos las primeras inquietudes masculinas, el primer desasosiego, esa terrible sensación de falta, de carencia que nos dejaba temblando ante la tele y el Nesquik, sin entender bien por qué. Pero en general, las tetas yanquis suelen ser más silicónicas, como las de Pamela Anderson en *Baywatch*. O, si son naturales —como en el caso de la morena totémica Tyra Banks— ni tienen gracia ni son sexies. Tyra es tan poco sexy que en su programa invitó a un famoso cirujano plástico para probar, en vivo, que sus tetas eran naturales. El cirujano se las palpó y le hizo una mamografía en directo. A Tyra, emocionada, se le entrecortó la voz explicando que hacía eso porque estaba harta de que dijeran que sus tetas no eran suyas.

A nivel nacional, todavía la Coca Sarli no ha sido desbancada de su puesto de diva exclusiva del fetichismo mamario, con una filmografía entera dedicada a sus tetas panorámicas, sus tetas como auspiciadas por la oficina nacional de turismo, porque asomaban en todos los lagos, las montañas, las cataratas del país, dándole una categoría geográfica a esas tetas exhibidas a la

par de la exuberancia del paisaje. Sus largas flotaciones en la hidrografía argentina no tienen, y quizá no vuelvan a tener, un parangón.

Después de las tetas virtuales y mediáticas, aparecen en la vida de uno las tetas reales, quizá todavía no palpables, pero sí visibles. Aquellas tetas que uno vio por primera vez desnudas, en persona, no se olvidan nunca más. Cuando estaba en segundo año del secundario, me llevé a marzo Lengua y Literatura y tuve que tomar clases particulares de análisis sintáctico con una profesora que venía a casa. Se llamaba Teresa. Yo tenía quince años y ella no pasaba de los veinticinco. Era diciembre y hacía calor. Teresa venía a casa con unas musculosas sueltas, sin corpiño. Un día, sentados juntos, inclinados frente a las oraciones para analizar, le vi a través del escote las tetas, las puntas de las tetas, los pezones rosados. Sentí una alteración violenta, como si se me frenara toda la sangre de golpe y me empezara a fluir en la dirección opuesta. Ella se dio cuenta y se acomodó la musculosa sin preocuparse demasiado, dejando que volviera a pasar lo mismo varias veces. Tomé más clases, estudié mucho y di un muy buen examen. Nunca me olvidé de las estructuras sintácticas de Teresa. El relámpago clandestino de sus tetas veinteañeras le dio un erotismo a la materia que ningún profesor del colegio lograría infundirle jamás.

La mirada de los hombres dobla. Cuando pasa una mujer con lindas tetas la mirada de los hombres se curva, busca, se inmiscuye a través de los pliegues, a través del escote o los botones mal cerrados, y adivina, sopesa, sentencia. Las mujeres modelan sus tetas como quieren. La ropa puede levantar las tetas, ocultarlas, ajustarlas, transparentarlas, sugerirlas, agrandarlas. Es bueno conocer todos esos trucos, no tanto para no dejarse engañar, sino más bien para participar y entregarse al juego. Las tetas de los años cincuenta, por ejemplo, eran cónicas, eran parte de un torso sólido y apuntaban amenazantes; después, en los sesenta, las tetas desaparecieron un poco de escena en el hippismo de las pacifistas anticorpiño; en los ochenta empezó la fiebre de las siliconas, y ahora las tetas son como globos apretados y empujados hacia arriba por el famoso *wonder bra*. Hay que tener en cuenta que el *wonder bra* da forma, pero también rigidez. Y es una lástima, porque no hay nada como ese temblor hipnótico que va a un ritmo diferente de los pasos

de la mujer, como un contrarritmo, una síncopa propia de las tetas naturales en acción.

Las tetas tienen vida propia, eso es sabido; no son como el culo, por ejemplo, que se mueve dirigido por su dueño. Las tetas parecen difíciles de controlar. En ocasión de cabalgatas, escaleras y trotes para alcanzar el colectivo, pueden incluso ser graciosas, torpes y poco serias. Algunas mujeres sin embargo tienen la habilidad de dirigir las. Nuestra deslumbrante Carla Conti, por ejemplo, cuando animaba *Call TV* a medianoche, sabía hacer un mínimo taconeo entusiasta, un rebote de afirmación, de plena simpatía, de aquí estoy, que le provocaba un temblor hacia arriba que terminaba en una especie de vibración de trampolín a la altura de sus tetas plenipotenciarias de chica de barrio. Un movimiento que le ganó televidentes y que detenía el *zapping*. Dentro de los cambios evolutivos, que van del *Homo sapiens* al *Homo mediaticus*, la función más importante de las tetas hoy en día ya no es la reproducción sino la capacidad para aumentar el *rating*.

Pero volviendo a las tetas reales de este lado de la pantalla, ¿cómo se accede a ellas, cómo se alcanzan y develan? Las mujeres tetonas tienen una habilidad, desarrollada durante años, para frenar las manos de los hombrespulpito. El hombrespulpito es el que no da abasto, el que ya tiene las dos manos agarrando cada cachete del culo y va por más, porque quiere además palpar simultáneamente la abundancia de las tetas y es como si le nacieran dos brazos suplementarios para alcanzar ese fin. Pero las mujeres tetonas tienen mucha destreza, saben interponer el codo y bloquear todo intento de avance. Hay que aprender que si una mujer detiene una mano no hay que insistir, sino intentar más adelante por otro lado, despacio, sin apurarse. Nunca jamás debe intentarse tocarle las tetas a una mujer antes de darle un beso, porque sería un fracaso (hay excepciones, hay abordajes muy acalorados por detrás que vienen con doble estrujamiento de tetas y beso en el cuello, pero no son muy frecuentes entre desconocidos). En general las tetas se exploran durante el beso, en lo más apasionado del beso. Una vez instalados en ese vértigo, se puede subir una mano por la espalda que explore debajo del elástico del broche del corpiño, pero sin desabrochar nada todavía, en una caricia que llegue a la nuca, que disimule un poco pero que a la vez diga ya estoy acá debajo de esta lycra tirante y no me voy a detener. Si la mujer accede

tácitamente (porque nunca hay que preguntar ni pedir permiso) entonces ahí sí, se puede intentar desabrochar, dismantelar la delicada ingeniería del corpiño, desactivar esa tensión tan linda, lo elástico, lo tirante de las tetas sujetadas entre diseños de florcitas y moños. Y entonces llega la verdad, sin íntimos trucos textiles, la doble realidad pura y palpable. Aparecen, asoman en estéreo, se despliegan las tetas en todas sus variantes como ejemplos de la biodiversidad. Tetas duras, nuevas, tetas derramadas, pesadas, tetas blandas, inabarcables, tetas sin caída, sin pliegue como cúpulas altas de pezones rosados, tetas apenas sobresalientes pero halladas finalmente por las manos, tetas enormes y llenas, tetas asimétricas, tetas breves pero puntiagudas de pezones duros, tetas lisas de aureolas enormes apenas dibujadas, tetas chiquitas y felices, tetas tímidas, esquivas o desafiantes, orgullosas, guerreras. Todas lindas, dispuestas para el beso, la lengua, el mínimo mordisco, y provocando una sed desesperada cuanto más grandes, una actitud ridícula del hombre que de repente actúa como un cachorro ciego y hambriento y desbocado.

Y sin embargo esa sed no termina de saciarse. Hay algo misterioso en la atracción por las tetas. Porque, ¿qué se busca en las tetas? Las atracciones de la cintura para abajo tienen un objetivo siempre más claro y complementario, que termina consumándose sin demasiado equívoco. Pero en las tetas, ¿qué buscan los adultos? Que todo sea un simulacro de lactancia no cierra del todo. Demasiado edípico y cantado eso de buscar repetir ese vínculo nutricional con la madre. ¿Y, además, las mujeres qué ofrecen cuando ofrecen sus tetas? Dicen que la existencia de las tetas tiene un propósito de atractivo sexual (además de su fin alimentario). Dicen que al estar erguidas las hembras humanas tuvieron que desarrollar una especie de reduplicación del culo en la parte de adelante de su cuerpo para atraer a los machos. Ese es el fin que cumplirían esas dos esferas a la altura de las costillas superiores: ser un señuelo similar a un culo llamativo. La explicación parece bastante ridícula y quizá por eso mismo — porque el cuerpo humano es bastante ridículo— sea cierta.

Las tetas son insoslayables. Imanes de los ojos. Invitan a la zambullida para pasarse un verano entre sus dos hemisferios. Son más fuertes que uno. Hay una fuerza hormonal y animal que supera todo intento represivo y civilizatorio por no mirar, por no quedar como un primate bizco de deseo.

Mirar todo el tiempo a los ojos a una mujer con un buen escote es un difícil ejercicio de autocontrol, es casi imposible que los ojos no se nos resbalen a esas curvas, que no caiga la mirada a la gravitación de la redondez de la tierra. Porque hay tetas que son insostenibles, y provocan incredulidad. Uno mira una vez y vuelve a mirar pensando «¿Vi bien?». Y sí, uno vio bien, y esa visión genera una inquietud, una insatisfacción total de la vida, uno quiere entrar en ese mundo blando y suave, uno se siente lejos de esas tetas, desamparado como un soldado en la trinchera.

El anoréxico gusto de la época propone un ideal de mujer flaca pero con tetas, algo raro que se da sólo en casos prodigiosos. Por eso la superabundancia de tetas falsas en los medios, tetas que quedan estrábicas, desorientadas, y a veces un poco ortopédicas. Se exigen mujeres escuálidas que terminan poniéndose siliconas porque sin prótesis presentarían unas tetas apenas protuberantes, tetas de bailarina de ballet; una belleza sutil y sugerida que la tele parece no poder aceptar.

Una regla extraña pero frecuente hace que las tetonas sean chatas de culo, y las culonas sean chatas de arriba. Como si en la repartija hubiera que optar por una u otra. La mujer latinoamericana suele ser más dotada de grupas que de globos. La mujer promedio brasileña, por ejemplo, con su mezcla afrotopí, suele tener unas poderosas pompas brunas y ser bastante chata de tetas. En cambio las mujeres europeas, nórdicas, suelen presentar —como escuché decir una vez en un canal de cable— un volumen mamario importante. Las alemanas teutonas, las suecas, las valquirias escandinavas, son mujeres con toda la vida por delante. Avanzan heroicas con grandes tetas redondas, doradas, divergentes. En Francia se hace más un culto a las tetas que al culo, y sin embargo las francesas —con excepciones normandas que cortan el aliento como la impresionante Laetitia Casta— suelen ser magras, escasas y finas.

Quizá las tetas no sean indispensables, pero dan alegría. Por suerte, las argentinas, gracias al encuentro de las sangres nativas y la inmigración mediterránea, suelen tener medidas armónicas, lo que quiere decir que están bien de todos lados. Y si nos llegara a tocar enamorarnos de una mujer sin tetas, habrá que apechugar, quererla, y echar de vez en cuando unas pispeadas a otras tetas, disimulando. Hay que tener cuidado. Un amigo tuvo un lapsus que precipitó su separación. Su novia, que era muy chata y celosa, se cansó de

pescarlo mirando escotes por la calle y le vaticinó: «Vos un día me vas a dejar por una tetona». Y él, queriendo arreglarla, le contestó: «Sin vos estaría perdido, amor, sos mi tabla de salvación».

El culo de una arquitecta

No suelo concordar con el prójimo varón sobre cuál es el mejor culo. Noto un gusto general por el culito escuálido de las modelos flacas. A mí me gustan grandes, hospitalarios, macizos. Me gusta el culo balcón, que sobresale y se autosustenta como un milagro de ingeniería. El culo bien latino, rapero, reggaetón, de doble pompa viva y prodigiosa.

Me salen versos cuando hablo de culos. Quizá porque en los culos hay algo más antiguo y atávico que en las tetas, que en realidad son una intelectualización. Las tetas son renacentistas, pero el culo es primitivo, neandertaliano. Con su poder de atracción inequívoca, su convergencia invitadora, es un *hit* prehistórico. Despierta nuestro costado más bestial: el del acoplamiento a cuatro patas. Las tetas son un invento más reciente, son prosaicas. El culo, en cambio, es lírico, musical, cadencioso, indiscernible del meneo de caderas, del ritmo, la batida de la *bossa* que retrata a la *garota* que se aleja en Ipanema.

Porque el culo siempre se aleja, siempre se va yendo, invitando a que lo sigan. Se mueve en dirección contraria de las tetas que siempre vienen y por eso suelen ser alarmantes, amenazadoras, casi bélicas (me acuerdo de las tetas de Afrodita, la novia de Mazinger Z, que se disparaban como dos misiles). Las tetas confrontan, el culo huye, es elegía de sí mismo, se va yendo como la vida misma y deja tristes a los hombres pensando qué cosa más linda, más llena de gracia aquella morena que viene y que pasa con dulce balance camino del mar.

Las mujeres argentinas tienen orto, las colombianas jopo, las brasileñas *bunda*, las mexicanas bote, las peruanas tarro, las cubanas nevera o fambeco, las chilenas tienen poto. O mejor dicho, las chilenas no tienen poto, según mis amigos transandinos que se quejan de esa falta y quedan asombrados cuando viajan por Latinoamérica. Yo mismo casi me encadeno a la muralla del Baluarte de San Francisco en el último Hay Festival de Cartagena de Indias para no tener que volver y poder seguir admirando el desfile incesante de

cartageneras o barranquilleras cuyos culos altaneros merecían no este breve artículo sino un tratado enciclopédico o un poemario como el *Canto General*.

De las cosas que hacen las mujeres por su culo, la que más ternura me da es cuando lo acercan a la estufa para calentarlo. No lo pueden evitar. Pasan frente a una chimenea o un radiador y acercan el culo, lo empollan un rato. El culo es la parte más fría de una mujer. Siempre sorprende al tacto esa temperatura, el frescor del cachete en el primer encuentro con la mano.

Durante el abrazo, se puede llegar a los cachetes de dos maneras. Una es desde arriba, si la mujer tiene puesto un pantalón, pero es dificultoso y lo ajustado de la tela impide la maniobra y la palmada vital. La otra forma es desde abajo y eso es lo mejor, cuando se alcanza el culo levantando de a poco el vestido, por los muslos, y de pronto se llega a esas órbitas gemelas, esa abundancia a manos llenas. En ese instante se siente que las manos no fueron hechas para ninguna otra cosa más que palpar esa felicidad, para sentir con todos los músculos del cuerpo la blanda gravitación, el peso exacto de la redondez terrestre.

Se suele pensar que, en el sexo, la posición de perrito somete a la mujer. Pero hay que decir que abordar por detrás a una mujer de ancas poderosas puede ser todo lo contrario: es como acoplarse a una locomotora, como engancharse en la fuerza de la vida, hay que seguirla, no es fácil, uno queda subordinado a su energía, hay que trabajar, darle mucha bomba, carbón para la máquina. Es uno el que queda sometido a su gran expectativa, absorto, subyugado, vaciándose para siempre en la doble esfera viva de esa mantis religiosa.

Una vez vi a un hombre de unos cuarenta y cinco años dando vueltas al parque, corriendo tras su *personal trainer*. Lo curioso es que era una *personal trainer*, y las calzas azules de esta profesora de gimnasia evidenciaban que tenía un doctorado en glúteos. Como el galgo tras la liebre, el hombre corría tras ella sin pensar en nada más que ese seguimiento personal. No me sorprendería que a la media hora hubiera un grupo de corredores trotando detrás, en caravana. La música de los culos es la del flautista de Hamelin. Los hombres, con su legión de ratones, van tras ella, hipnotizados.

Las mujeres saben aprovechar sus recursos. Yo trabajé en una empresa en el mismo piso que una arquitecta narigona (esas narigonas sexies) y con un

«tremendo fambeco». Ella sabía que era su mejor ángulo y lo hacía valer, con unos pantalones ajustados que dejaban todo temblando. Era una de esas oficinas cuadradas, llenas de líneas rectas: el almanaque cuadriculado, la tabla rectangular del escritorio, la ventana, los estantes, las carpetas de archivos. Un lugar irrespirable de no ser por el culo de la arquitecta que a veces pasaba camino a tesorería o a la fotocopidora. Su culo era lo único redondo en todo ese edificio de oficinas. Lo único vivo, yo creo. Nunca intenté nada (se decía que tenía un novio), pero en una época yo pensaba escribir una novela con los acoplamientos heroicos que imaginé con ella. Una novela que iba a titular, con un guiño a Greenaway, *El culo de una arquitecta*.

No escribí ni dos líneas de esa novela, pero sí algunos poemas que ella nunca leyó. Me acuerdo de que la veía antes de verla, la intuía en un ritmo particular que tenía el sonido de sus pasos, un peso, un roce de la cara interna de sus muslos de falsa mulata. Cuando aparecía en el rabillo de mi ojo, ya sabía plenamente que se trataba de ella. Y pasaba y todo se detenía un instante, el memo, el mail, la voz en el teléfono, todo se curvaba de pronto, no había más rectas, todo se ovalaba, se abombaba, y el corazón del oficinista medio quedaba bailando. No exagero.

Además era plena crisis de 2002. Todo se derrumbaba, caían los ministros, los presidentes, caía la economía, la moneda, la bolsa, caía el gran telón pintado del primer mundo, caía la moral, el ingreso per cápita, todo caía, salvo el culo de la arquitecta que parecía subir y subir, cada vez más vivaracho, más mordible, más esférico, más encabritado en su oscilación por los corredores, pasando en un meneo vanidoso que parecía ir diciendo no, mirame pero no, seguime pero no, dedicame poemas pero no. Ojalá ella llegue a leer esto algún día y se entere del bien que me hizo durante esos dos años con sólo ser parte de mi día laborable pasando con tanta gracia frente al mono de mi hormona. Y ojalá se entere también de que, cuando me echaron, lo único que lamenté fue dejar de verla desfilando por los pasillos respingando el durazno gigante de su culo soñado.

Conducta en los cócteles

La actividad de los cócteles es similar a la actividad molecular o celular: tienen una voluntad orgánica de la cual uno puede participar ya sea intentando controlar la situación (en vano) o entregándose a la imparable fluidez biótica del ambiente.

Hay personalidades fuertes o elementos aglutinantes, a los cuales les basta con quedarse fijos en un lugar y tener un recambio constante de elementos o individuos que se acercan. Forman grupos de tres o cuatro; uno se va, viene otro, así sucesivamente. Pero se conserva el elemento aglutinante, que mira con soberbia al frente, con la mirada perdida, y no anda buscando a quien acaba de llegar. No. Mira al horizonte con una leve sonrisa constante y cuando le hablan inclina un poco la cabeza acercando el oído, pero tiende a no mirar a sus interlocutores.

Por otro lado están los impares, los que buscan solos. Por ejemplo, se encuentran A y B y se ponen a hablar. Uno de los dos ve a un tercero, C, que se acerca y lo saluda. Entonces mientras hablan A y C, B se siente excluido y se escurre en otra dirección. Esto puede suceder repetidamente, como una pareja de baile que va teniendo un constante relevamiento de ambos miembros.

Los individuos y los grupos tienen valencias inestables (valencia: número de enlaces con que puede combinarse un átomo o radical). Un grupo de tres puede tener una valencia negativa y atraer a un cuarto elemento. Pero de pronto se produce la división celular cuando el de cuatro se divide en dos conversaciones y se corta al medio. Después de un rato, la división puede blanquearse si uno de los dos pares se aleja, sin necesidad de disimularlo.

El grupo de dos, o par, se puede dividir, pero para eso necesita una energía mayor que la necesaria para dividir a un grupo de más de dos. Una violencia. Hay que tener una excusa muy buena y el rupturista tiene que tener en menos al abandonado y en más al próximo interlocutor. Se lo abandona con un «me voy a buscar algo de tomar» o un más honesto «disculpame, voy a

saludar a alguien» o, para que quede claro que la charla ya no le resulta interesante, «bueno, me alegro de verte».

En los márgenes, en la periferia, suelen estar los satélites, un sobrante de impares, que buscan o simplemente se autoexcluyen un poco. Cuando se juntan dos de estos, al margen, suelen formar un semicírculo abierto hacia el polo de atracción. Nunca dan la espalda al centro.

El polo de atracción suele estar cerca del núcleo, donde están los organizadores del evento, el anfitrión y las dos o tres mujeres más lindas y más arregladas del cóctel.

Los individuos magnéticos, o que tienen una valencia muy alta, no pueden desplazarse sin ser interceptados constantemente en breves charlas y deben esforzarse mucho por avanzar.

Cada individuo pierde y gana valencias y magnetismos a lo largo del cóctel. Cada individuo actúa sin demasiado control casi todos estos papeles en una sola velada. Si nos quedamos lo suficiente, a lo largo de un solo cóctel podemos estar tanto en la cima como en lo más bajo.

Para sumarse a un grupo hay que ir con la suficiente energía como para cortar, irrumpir con un «perdón, te vengo a saludar porque...», o «te vi de lejos y no estaba seguro de si eras vos», o un simpático «permiso, permiso». Entonces, una vez adentro, hay que tratar de no fracturar del todo lo que se estaba dando entre A y B, por ejemplo, no incautar al interlocutor A que nos interesaba, sino tratar de sumarse. En el mejor de los casos, A, el interrumpido, es hábil y dice «le estaba diciendo a B que...». Si no, otra posibilidad es saludar a B, el excluido, y presentarse, nombre, ocupación, «ah... claro, vos estuviste en X S.A.», etc. El peligro de esto es que si se establece demasiado vínculo o charla con B, entonces A, que era nuestro objetivo, se nos puede escapar, agradeciendo a Dios que llegamos a tiempo para sacarle de encima al plomo de B, y entonces quedamos nosotros pegados al plomo de B y entendemos por qué A salió huyendo.

También puede suceder que, una vez que quedamos solos con el plomo de B, el plomo de B decida usar la energía necesaria para romper la charla de dos con un «disculpame» y por un momento caigamos una categoría más abajo que B, que ya estaba bastante en el fondo. Somos el rebotado del rebotado, y entonces hay que moverse un poco por la órbita para despejarse, olvidarse,

cargarse de valencias con roces fugaces, ir al baño o tomar otra copa y reintegrarse después desde otra posición.

Lo positivo de tener una copa en la mano es que, a la hora de integrarse a un grupo, da un aire de «la estoy pasando muy bien y vengo a compartirlo con vos». En cambio, entrar con las manos vacías da un aire de sobriedad y a la vez un aire de sobreinterés y oportunismo. El que viene con las manos vacías o escondidas algo viene a pedir.

Hay una habilidad que consiste en caminar de costado en los cócteles, caminar con gracia, hacer de golpe una posición de jeroglífico con las manos alzadas, para pasar entre medio de los grupos, y atravesar lo más tupido de la reunión. Hay gente que lo sabe hacer muy bien, incluso con una copa.

Quien pretenda moverse por el cóctel hacia un interlocutor sin ser interrumpido, debe hacerlo con decisión, con firmeza, sin buscar miradas con los ojos, sin mirar a las caras con actitud de «si encuentro algo mejor, lo agarro», sino de frente al porvenir, como un valiente.

Siempre está el audaz que prueba su magnetismo pasivo, sin hacer nada por atraer pares, quedándose solo, al margen, con una copa, y recibiendo a veces a un interlocutor y luego a otro, hasta generar una reunión de cuatro o más, todo con su propio poder. Por supuesto, eso tiene sus riesgos, hay que estar en un buen día para hacerlo, y no hay que dejarse tentar por la exaltación espiritual que provoca un par de copas en ayunas.

La cantidad de ruido de los cócteles altera la calidad de los grupos. En un cóctel muy ruidoso, por ejemplo, difícilmente se arme un grupo de más de cuatro. Los grupos tienden a perder compresión o hermetismo en los cócteles ruidosos porque los individuos tienen que acercarse mucho para entenderse y termina rompiéndose, por ejemplo, la conversación de cuatro en pares que parecen secretarse cosas a los gritos.

Las mujeres lindas suelen estar en el medio, paradas junto al eje central, por más que no sean conocidas del anfitrión, porque siempre algún hombre que pretende ostentar sus influencias les dice «¿lo conocés a J (anfitrión)?». «No», dice ella. «Ah... vení que te lo presento.» Entonces la toma de la mano y la lleva al medio, lugar donde ella permanecerá lo que dure el cóctel.

Al retirarse de un cóctel conviene no saludar. Puede uno despedirse del último interlocutor y después retirarse en paz. Ir hasta el compacto corazón del

cóctel para saludar al anfitrión no sólo sería trabajoso, sino también incómodo para el anfitrión mismo, que puede hasta recibir con alarma (probablemente fingida) la noticia de nuestra partida. Esto sin contar con las múltiples posibles intercepciones en el trayecto, esa sucesión de diálogos breves, graciosos y disculpantes, como un viacrucis de simpatía, hasta llegar al centro. La situación incluso se podría repetir al hacer el camino inverso tratando de salir. Por eso lo mejor es irse con un decidido silencio, aplacar el yo y desaparecer, restarse importancia, regalar las valencias sobrantes, transparentarse un poco para irse y aceptar, por fin, la soledad.

Detrás de Natalia

Natalia trabajó un tiempo para mí, como asistente. A veces la extraño. Era hermosa diciendo que no, que mil disculpas pero Pedro está con muchos compromisos estos meses y no va a poder asistir, que desde ya muchísimas gracias por la invitación. Era hermosa con su tono de simpática porfiada, reclamando pagos atrasados, transferencias demoradas, respuestas editoriales. Siempre cordial y efectiva, diciendo lo que había que decir, yendo al punto, sin evasivas ni preguntas tibias. Y sabía exactamente lo que yo quería, lo que necesitaba. Sabía cuándo hacerme de escudo protector frenando plomos, pedidos de prólogos, manuscritos voladores que a veces me rodean en enjambre. Custodiaba mis horas de escritura como el guardia en la bóveda de un banco. Me hacía apagar el teléfono, desenchufar internet. Y sabía cuándo volver a abrir el canal para que yo respondiera finalmente algún mail, cuándo era de verdad importante que llamara yo mismo por teléfono y diera la cara en alguna reunión.

La convoqué cuando se me estaba yendo de las manos mi trabajo con los talleres de redacción para abogados. Un día me di cuenta de que tenía que negociar un honorario y la senté a ella a redactar la respuesta intransigente. Surtió efecto. El curso duraba tanto, era para tantas personas y costaba tanto. Punto. Sin disculpas ni ofensas ni compadraditas. Noté que lo hacía mucho mejor que yo: no le discutían ni le regateaban, no le salían con extorsiones emocionales ni precios especiales para amigos. Era perfecta Natalia, y ordenada. Y así contestaba los mails (porque se manejaba sólo por mail), con una elegancia de azafata sueca.

Yo le abrí una casilla de correo y empezó a responder: «Hola, Esteban, soy Natalia, la asistente de Pedro Mairal. Quería recordarles que Pedro va a usar el cañón para el PowerPoint, porque tengo entendido que la última vez hubo problemas con la conexión». «Hola, Constanza, soy Natalia, la asistente de Pedro Mairal, con respecto a tu propuesta de aumentar a treinta el número de alumnos en el curso de redacción, me temo que no es posible, porque Pedro

los hace participar a todos trabajando con ejercicios y con más de quince personas se pierde la atención. En todo caso, no habría problema en hacer el curso para los otros quince abogados los martes o los miércoles a la misma hora.»

Era un placer patearle los temas incómodos. Si alguien me llamaba con algún pedido, les decía: mandámelo por mail así se lo paso a Natalia, que ella sabe bien las fechas. Así empezó. Después, cuando los compromisos de escritor se me empezaron a acumular, la volví a convocar. Ya había dejado de dar el curso de redacción para abogados, pero se me juntaban mensajes nuevos y extraños. Es difícil explicar la variedad de propuestas y reclamos que puede llegar a recibir un autor. Invitaciones a escuelas, estudiantes de comunicación que tienen que hacer una entrevista y alguien les dijo que vos sos un tipo bastante abierto, entrevistas presenciales en un bar, entrevistas por mail, entrevistas por teléfono, ¿cómo empezó a escribir?, ¿qué autores fueron influyentes en su formación de escritor?, ¿cómo ve la literatura argentina actual?, ¿cómo cree que las nuevas tecnologías modifican el modo en que se consume y producen los textos en la actualidad?, gente que quiere tomar un café porque te leyó y tuvo mucha empatía con un personaje que no sos vos, gente que no te conoce y quiere que le presentes su libro, gente que te conoce y quiere que le presentes su libro, invitaciones a leer en centros culturales, invitaciones a congresos, propuestas para ser jurado de concursos de cuentos, secretarias que piden tu dirección para enviarte la tonelada de anillados que deben ser leídos en quince días, el fotógrafo que llama urgente un año después de que fue hecha la entrevista para hacer las fotos porque se publica la semana que viene, el hijo de unos amigos que necesita ayuda con una monografía sobre *El Quijote*, pedidos de artículos con temas pautados «¿Por qué nos gustan las mujeres maduras?», tesoreras de medios colombianos curtidas por la indignación a distancia que postergan durante medio año un pago de cuatrocientos dólares, organizadoras de festivales que necesitan el pasaporte escaneado, editores que están esperando los datos biográficos para la antología, diseñadores que reclaman más píxeles para la foto de solapa...

Pero Natalia no existe, nunca existió. La inventé para que me ataje todos esos penales, y mande los pelotazos para el lado correcto, y así poder escribir. Natalia, la hermosa Natalia, atajaba muy bien y discernía. Sabía cuándo decir

que sí, que iba, que allí estaría, porque adivinaba mi intención de aparecer en ese cóctel a emborracharme con amigos, y sabía cuándo aceptar ir a esa escuela lejana porque había algo que me caía bien en esos niños haciéndome preguntas inesperadas, y cuándo tomar un trabajo porque la plata era necesaria para pagar el arreglo de la humedad de la pared de mi casa, y cuándo comprometerme con ese artículo sobre el tema que justo me había estado dando vueltas por la cabeza los últimos meses. Ella me conocía mejor que nadie. La asistente perfecta: superyoica, lacónica, invisible. No faltaba nunca, no me cobraba nada, no comía, no lloraba en el baño. Ahí estaba siempre con lanza y escudo para defenderme. Yo estaba un poco enamorado de ella. Mi mujer de ese entonces le tenía celos, incluso sabiendo que no existía. Le consulto a Natalia, le contestaba yo cuando me preguntaba si el viernes a la noche podía ir al cumpleaños de su tío.

Sólo ella sabía que Natalia era inventada. O quizá algún amigo. Los demás, no. Y era un placer leer los mails que le contestaban: «Hola, Natalia, entiendo la situación, espero que podamos contar con Pedro el año que viene, muchas gracias por la respuesta». «Estimada Natalia, no hay problema, podemos esperar el artículo de Pedro unos días más. Natalia, el pago de Mairal estará disponible a partir del viernes, perdón por las demoras.» Yo me dividía a la perfección: cuando era Natalia era ella, sentada con la espalda derecha, el pelo atado atrás con una hebilla, anteojos de secretaria, desapego profesional, eficacia, velocidad resolutive. No dudaba y despachaba los temas en diez minutos. Abría la casilla y contestaba, tipeando rápido, sin faltas de ortografía, poniendo acentos y mayúsculas, y luchando con una dulzura feroz contra la burocracia del mundo. Después, cerraba la casilla y volvía a ser yo, tomando mates lavados cada tres oraciones, todavía en pijama a las once de la mañana, derretido en la silla frente al cursor que titilaba al final del párrafo.

Me empezó a ir bien; Natalia me abría y cerraba puertas, aceitaba mi costado profesional y, como las invitaciones a congresos y festivales provocan más invitaciones a congresos y festivales, empecé a viajar mucho, a figurar en listas de autores jóvenes, a aterrizar en aeropuertos donde me esperaban con el cartelito de mi nombre para subirme a unas combis suicidas cargadas de gente con habilidad verbal. Natalia no viajaba conmigo. Yo me acordaba a veces de ella en la euforia posterior al tercer whisky, entre los brindis

internacionales, a punto de derrapar feo tras una poetisa yugoslava, y le decía está todo bien, ta todo bien, y ella me recordaba con su exacta telepatía la entrevista de la mañana siguiente a las ocho, y la mesa redonda diez y media, y la visita al monasterio que se iba a poner difícil con la resaca que se empezaba a vislumbrar. A veces le hacía caso, a veces no.

Una mañana horrible en Bogotá, sentado frente a una computadora del lobby del hotel, bañado y pálido y derrotado por el madrugón obligatorio del mundo cultural, recibí un mail de Natalia. El corazón me bombeó de golpe la sangre etílica. Mi asistente me decía: «Querido Pedro, vos sabés que nunca me meto en tus cosas, pero creo que estás descuidando tu escritura. Espero que no te enojas por lo que te digo. Beso, Natalia». Me quedé petrificado hasta que pensé que evidentemente yo había dejado sin cerrar esa casilla en alguna computadora y alguien se había metido a hacerme el chiste. Durante mucho tiempo estuve convencido de que había sido mi ex, pero ella siempre lo negó. No sé qué otra persona pudo haber sido. A veces pienso que fue Na-talia.

La despedí sin echarla. No la volví a llamar. Redirigí los mails de su casilla a la mía y no volvió a aparecer. Intenté asimilarla poco a poco, ser Natalia yo, aprender a decir que no con mi propia cara, a desviar en mi nombre las distracciones, pero nunca pude hacerlo tan bien como ella y al final la avalancha de asuntos literarios que no tienen nada que ver con la escritura me terminó tapando y me entregué de lleno a los daiquiris culturales mientras alguien habla de literatura allá al fondo. La verdad es que la necesito de vuelta, pero no sé si va a querer volver. La necesito para que me desenchufe el wifi de la vena y me ate a la silla de escritor con su lazo de Mujer Maravilla.

El gran guionista

Fui a pagar unos libros que encargué en una editorial. Era una ventanilla, en un piso 12. Detrás de la ventanilla, un tipo con facha de *stripper*, con pelo tipo marine y claritos, bronceado color terracotasolárium, camisa ajustada en los bíceps.

—Te traigo esta factura, quería pagar... —Ni me miró.

—Puse uno nuevo el otro día —dijo en voz demasiado alta.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Uno hermoso, pez velo se llama. ¿Sabés lo que duró? Tres horas.

Ahí entendí que no me hablaba a mí, sino a alguien que estaba fuera de mi ángulo de visión. Siguió:

—Se lo morfaron los otros. Lo estropearon todo. No sabés. Le comieron toda la cola. Lo metí y al rato veo que lo estaban persiguiendo y lo mordían. Tiene una cola como un velo de novia, por eso le dicen así, pez velo. Lo que más me dolió fue tirarlo a la basura.

Agarró la factura sin mirarme:

—Doscientos treinta y cuatro, me dijo.

Siempre siento que es imposible superar al gran guionista del mundo. No se te pueden ocurrir diálogos así. Cuando llegás a la escena en que el tipo va a pagar unos libros, rellenas con cualquier lugar común: un cobrador malhumorado, una mina muy pintarrajeada, una vieja. Lo raro es que hay novelas sucediendo todo el tiempo por todos lados. Esa gente ahí metida hablando de sus peceras, un tema al que vuelven y profundizan a lo largo de los años que trabajan juntos. Siempre me fascinó la forma en que las cosas pasan, se desarrollan. Una vez fui a un velorio y a las dos horas a una fiesta en la misma cuadra; la gente de cada uno de los dos lugares no se conocía.

No sé de qué se trata *La música del azar* de Auster, pero me gusta el título. Hay una perfección inalcanzable en el azar. Hace poco, en una cocina, en una de esas fiestas de departamento, estábamos con mi amigo Ramón, que nunca habla. Entraba gente, abrían la heladera, cerraban sin sacar nada.

Fumaban. Salían haciendo unos mutis por el foro perfectos. Acepto que estábamos medio colocados, pero era sorprendente lo bien armado que estaba todo. Cayeron unos gordos con Fernet y Coca, saquearon el hielo del *freezer* y lo mezclaron todo ahí, sólo para ellos, en dos botellas de agua mineral cortadas con un tramontina. Los tres de barba candado. Después me dijeron que uno era *dealer*. Más tarde, parados en el mismo lugar, había unos amigos de veintipico, una de las minitas colgada del novio que contaba chistes. Pero colgada como si el tipo fuera de helio. Era como una mochila. Si un día se pelean, el tipo se la va a tener que hacer extirpar. Había otro tipo con una remera de Bob Esponja que quería tomar mate a las tres de la mañana y abría las alacenas parado sobre la mesada de mármol.

Las cosas sucedían delante de nuestros ojos. Y se me está escapando todo. Perdí los detalles, el *timing* de comentarios y cruces de diálogos que formaban diálogos nuevos; toda la complejidad se me fue al carajo del olvido. La yuxtaposición musical que nos llegaba como en rachas, los ochenta remixados, la dueña de casa que se nos sentaba en la rodilla, el peso exacto de su culo, los ratos en que no entraba nadie. Ramón estaba totalmente chino por el cáñamo.

—¿Qué está pasando, Raimon? ¿Qué es todo esto?

—No sé, pero qué bien escribe Dios aunque no exista.

—Hay que escribir así, sin meterse, dejar que escriba solo el mundo.

—No —me dijo—, para mí no hay que escribir más, ¿para qué? No hay que leer tampoco. Hay que asombrarse, nomás.

Nos quedamos callados, sumergidos en un largo silencio *loser*. La dueña de casa se asomó por la puerta de la cocina buscando a alguien, colgándose del costado del marco de la puerta. Le vimos sólo el torso y desapareció.

—¿La viste? Se asomó como una portera —dijo Ramón.

—Sí... ¿Vos decís que quiere japi?

—Querer sí. Pero hay que ver si quiere la tuya.

—...

—Quizá vas a tener que quedarte hasta que amanezca ayudando, limpiando vómitos. Pero puede ser.

Tendría que haberlo grabado. Porque no fue así. Fue más o menos así.

Muriendo bajo la lluvia

Caí como un amateur. Me pegó muy mal la cerveza sumada al Fernet con Coca, sumado al porro de doble origen. Pésima combinación. Habrán sido tres vasos de cerveza y tres Fernetes fuertes con poca Coca, y primero un porro suave que parecía que no hacía nada, y después un refuerzo de dosis con otro porro — traído por un flaco silencioso con pinta de que fumaba de la buena— que me provocó un carnaval carioca todo para mí solo, un carnaval endodérmico, incomunicable, imposible de desactivar, infinito, que de golpe me empezó a mandar a la B, y a la C, y a buscar la soledad como los perros enfermos.

En todo el cumpleaños atestado, en ese depto de dos ambientes, lo único que encontré vacío fue el lavadero al aire libre en la parte de atrás de la cocina. Me agarré de la reja como hinchado fanático y miré las terrazas de Palermo, los tanques de agua, las espaldas de las casas, los espacios mal resueltos, los juntaderos de cosas. Un rayo misterioso me dejó de rodillas. Una estrangulación de tripas, la inminencia de la descarga, saber que vas a morir, vas a morir, porque el perro por la boca muere, y parirás con dolor pero por la boca, ahí hubo un primer pato muy parecido a los tacos con guacamole que había comido hacía un rato, pero pasados por la multiprocesadora del estómago, y más arcadas con efectos sonoros de un ogro de *El señor de los anillos*, gruñidos desde el fondo de la gruta insondable, porque las tripas se exprimían como trapo retorcido y seguían mandando todo lo embuchado, todo lo no dicho, todos los poemas y los cuentos y los capítulos no escritos en estos dos años, los sueños, las pesadillas olvidadas, las puteadas reunidas para mi familia, la enfermedad de mamá, todo destilado en una bilis amarga y transparente, y entonces empezó a llover. Lo juro. Fue el sábado a la noche.

Empezó a llover una lluvia purificadora sobre mi cabeza, una lluvia hermosa sobre el vomitante volcado. Aleluya, hermanos. La lluvia más vieja del mundo, la lluvia nueva sobre mi cabeza, sobre mi cuerpo con campera. Y yo pensando, como me pasa a veces en los peores ratos: ¿esto se puede

escribir?, algo empieza acá o termina acá, quizá no importa, acabás de morirme en lo más alto del cumpleaños de tu amiga poeta del sur, y nadie te vio y estás muerto y todavía respirando y todo lo vomitado se va por la rejilla, por el desagüe, todo ese verbo mal acumulado, las anginas del mudo, lo callado, todo se iba, se iba, y yo pensando si pudiera contar bien esto, este vuelco, esta muerte, este bautismo, este prólogo del fin, lo puedo escribir, lo estoy escribiendo acá tirado, dictándoselo al bendito taquígrafo insoportable que siempre me custodia, acá estoy empapado, todo se puede escribir, tengo mi carnaval secreto con truenos de tormenta y lo puedo decir, que sigan viniendo las catástrofes, pensaba, que vengan de a una que acá las espero para traducirlas de un solo movimiento invisible con la lengua, que vengan, por dios, que me voy a morir cantando porque estoy lleno de relámpagos... Qué pedo entusiasta y volcadísimo tenía, pero era una vehemencia poderosa que me empezó a dar risa, mucha risa, risa de patadas a la chapa del lavarropas, risa de llanto de recién nacido. Y de pronto hablaron cerca; se escuchó: «Clau, me parece que hay un tipo que le dio un ataque en tu lavadero». Y me agarró mi ser social, el inmundo. Me enderecé. Me senté derecho, contra la pared. Y se abrió la puerta. Mi amiga.

¿Estás bien? Sí. Te estás mojando todo. Estoy bien, chupé mucho nomás. ¿No querés entrar? No, después voy, necesito quedarme acá (me sentía como los recién atropellados, alguien a quien no se puede tocar). Bueno, me dijo, y ahí me dejó mi amiga porque me conoce y me quiere mucho, y me dejó después dormir en su living hasta que amaneció, y en Palermo empezaron a cantar los pajaritos, y eran casi borgeanas las calles de tan tempranas y calmas y vacías, casi pude disfrutarlas a pesar de que estaba atrapado adentro del monstruo lento de la resaca dominguera.

Mudanzas al Paraguay

Una noche, hace varios años, mi amigo Cucurto, el poeta más valiente, desfachatado y colorinche de toda Latinoamérica, me quiso hacer un tour guiado por Constitución. Pasé a buscarlo por Honduras y Bulnes, y después nos tomamos el 168. Era invierno y hacía un frío horrible. Estábamos los dos con gorro de lana, hablando de cualquier cosa mientras el colectivo cruzaba Once y después Congreso. Cada vez que subía una chica linda, el diálogo se interrumpía por unos segundos.

No sé dónde bajamos, pero me acuerdo que estaba oscuro. Era un viernes a la noche. Empezamos a dar vueltas. Cucurto me decía «crucemos» y cruzábamos a mitad de cuadra en diagonal por las calles vacías, buscando y esquivando no sé qué. Fuimos hasta la cortada donde me había anticipado que estaba el Bronco bailable que aparece en muchas de sus historias. Estaba cerrado. Fuimos a buscar un bar donde se juntaban las dominicanas. Estaba cerrado. Me acuerdo de las persianas de metal bajas, hasta el piso por todos lados.

Seguimos caminando. Cucurto estaba callado, yo no decía nada. Pensé que quería mostrarme un mundo que ya no existía más. Caminábamos por el fin de una época. Pensé en una foto de Marcos López que muestra una esquina desierta repleta de afiches y donde hay un poste con un cartelito que dice: «Mudanzas al Paraguay» y un teléfono. Yo pensé que se habían vuelto todos, las paraguayas, las dominicanas, y habían cerrado Constitución.

¿Dónde estaba el calor tropical de la bachata, la música, el ruido, la alegría? Hacía un frío posmenemista. Se había apagado la *matrix*. En una cuadra había un travesti boliviano peleando solo y vomitando. Había varios patrulleros dando vueltas. ¿Qué buscaba Cucurto cruzando las calles en diagonal, dos, tres veces? Crucemos acá, Pedrito, vení, crucemos acá. Cucurto me mostraba los lugares cerrados como si fueran ruinas: acá estaba la peluquería donde se juntaban todas las dominicanas, acá, en estas dos puertas que están ahí, ¿ves?, estaba el hotel donde me encamaba todo el día con las

negras. Yo miraba. Tirábamos vapor por la boca, se venía el frío de la noche oceánica que Cucurto iba a cruzar en avión un tiempo después para ir a Alemania. Fue el frío negro de Stuttgart que se nos anticipó esa noche.

Muchos meses después, recién cuando Cucurto volvió sano y salvo de Alemania, volvimos a Constitución una tarde, antes de la presentación de un libro. Esta vez llegamos cuando todavía era de día, y Cucurto empezó con el «cruceos acá y cruceos acá» de su agenda secreta. Estaba todo mucho más animado, incluso Cucurto.

Entramos en una feria de ropa en una playa de estacionamiento. Dimos vueltas. Cucurto preguntaba precios, miraba zapatillas para los chicos. Todos los colores de la ropa colgada, un tsunami de ropa moviéndose al viento. Vi una camiseta chiquita de Independiente para mi hijo de cinco años y Cucurto insistió en regalármela (mi hijo no se la sacó durante un mes, dormía con la camiseta, iba al colegio con la camiseta abajo del buzo).

Después de dar vueltas y mirar y cruzar y recruzar calles saludando a las chicas que esperaban clientes en las puertas de los telos, Cucurto y yo terminamos entrando al bar de la esquina de Cochabamba y Salta. Ya se había hecho de noche. Vas a ver lo que es esto, Pedrito, te vas a morir. Había unos billares. Nos sentamos. De golpe entró una negra que nos pasó por al lado en cámara lenta. Fue como una aparición, nos pegó unas pestañadas como aletazos de pájaro biguá, tenía un conjunto rojo ajustándole un culo de cachas siderales como dos planetas que se querían independizar uno del otro. Cortaba el aliento la negra. En un momento se nos sentó en la mesa. Dijo que se llamaba Coral. Yo quedé paralizado de las cejas para abajo, como una esfinge. Cucurto le hablaba de mí. Ella decía: «Es silencioso tu amigo». Cuando olfateó que no íbamos a sacar la billetera, se fue. Entraban más negras que lo saludaban a Cucurto, lo llamaban por uno de sus tantos nombres: Santiago.

Así me presentó a Idalina y a su hermana. Salían de sus poemas las dominicanas del demonio, caminando con tacos, todas muy reinas aunque vinieran de la calle a calentarse un poco en ese bar después de no conseguir nada de nada.

Salimos. Hicimos un par de cruces más. Entramos al bar frente a la plaza. Yo le hablaba a Cucurto y él no me contestaba. ¿Eh?, me decía. En un rato tenemos que ir para la presentación del libro, Cucu. Ni bola me daba, estaba

cruzando miradas con alguien, alguna paraguaya fuera de mi ángulo de visión. Me dijo «ahí vengo», salió, volvió a entrar, me dijo «Pedrito, tomate una cerveza, en media hora estoy acá, bancame, no te vayás sin mí».

Yo me quedé ahí sentado a una mesa enclenque. Al lado mío, una negra sentada en una butaca de la barra se hamacaba y su banqueta pegaba contra mi mesa, y se me hamacaba toda la cerveza en el porrón, todo se volvía inestable, se me hamacaba el alma. La negra, metida en unas calzas fosforescentes, hacía un mínimo zigzagueo desde la cabeza y le bajaba como un latigazo por la columna hasta ese culo de negra poderosa que golpeaba en mi mesa, en mi osamenta, en el piso del bar, y empujaba unos milímetros el mundo, lo ponía en marcha, hacía andar Constitución, pum, pum, lo iba impulsando a su ritmo, los toques eran mínimos y los hacía como sin darse cuenta, pero eran golpes en la puerta del infierno, una fuerza imparable que quería entrar en mi vida, y en un momento ella me miró riéndose. Era una negra medio avejentada, linda, altanera. Me soslayó, me siguió cadereando, me pegaba culazos en la mesa, me incitaba pegando con toda su materia sexual en la campana del amor, para ver si despertaba al rubio tímido que estaba ahí sentado como un turista entre las dominicanas de nombres bíblicos, los africanos que entraban a vender relojes de oro por las mesas con sus maletines, el mozo al que se le transparentaba la camiseta musculosa abajo del delantal blanco, el cartel que decía «Toda consumición se abona en el acto», las putas viejas pintarrajeadas en una mesa del rincón, las putas gordas forzando al máximo la costura del jean, la cumbia en la rocola, los tipos tomando vino...

Pasaron casi dos horas así. Cucurto no apareció. Salí y en un kiosco me compré un Gatorade para bajar la sed, la sed que me daba estar perdido, extraviado para siempre en el desierto. ¿Para dónde iba a ir? Mi guía personal se había entregado al misterio de su agenda y yo, con la camiseta de Independiente para mi hijo en una mano, no sabía para dónde rumbear.

Notas de aeropuerto

- El peso de la palabra Ezeiza. Los bosques vacíos. El tipo al que subían de los pelos a una terraza del aeropuerto, entre disparos, durante la vuelta de Perón en el 73.
- En la fila del *check in*, delante de mí, dos vejetes cancheros y enseguida un grupo de monjas. Uno de los tipos se va y el que se queda solo les empieza a hablar a las monjas: «¿Ustedes adónde van?». Las hace reír. Las piropea. Las monjas entre sorprendidas y simpáticas. Una se hace la seria. El tipo se parla hasta a las monjas. Frase posible: «¿Viste esos tipos que se parlan hasta a las monjas?».
- *Free shop*. Me acuerdo de una ex novia que entraba al *free shop* y era como si se le abriera un mundo de posibilidades: no cabía en sí misma, se hacía autoclonación espontánea, se diversificaba en varias direcciones, probaba perfumes, miraba precios, revolvía todo. Después no compraba nada. Yo ahora entro como cerrándome, pensando «voy a atravesar esto sin comprar nada», después compro un Famous Grouse de litro. El olor, la mezcla de perfumes, de muestras gratis. Expresión posible: «Esas minas con olor a *free shop*».
- Paso al lado de dos empleadas con walkie-talkie que parece que se están por agarrar de las mechas: «Ay, mirá, no me rompá la bola», dice una. La otra le contesta: «Se dice no me rompass lass bolass. No te tragues las eses que engordan, nena».
- En la fila del bar para comprar un agua mineral, una de esas latinoamericanas con plata: alta, flaca, pelo largo y brillante de peluquería, anteojos caros puestos como vincha. Poca biyú pero de esa dura, maciza. Remera rosa sin mangas. Hombros bronceados. Carterita

Vuitton. Jeans muy ajustados, con bordados de oro. Tacos. Parece modelo pero no es. Parece brasileña pero no es. Lindas caderas. La escucho preguntar algo, es venezolana. Si fuera brasileña tendría culo más redondo, más pomposo, quizá por esas gotas de sangre africana que tienen las brasileñas, esa especie de levadura genética.

- Puerta de embarque 6. No me gusta viajar en avión. Lo considero una *hybris*, un acto de soberbia contra los dioses. Le pido perdón a quién sabe qué fuerzas extrañas. La gente viaja con ropa deportiva inflamable. No puedo evitar los pensamientos oscuros.
- La ansiedad sudaca de querer subir al avión cuando no te toca tu fila todavía. El miedo argentino de que te caguen. Porque sabés que tarde o temprano te van a cagar.
- En el avión, las rodillas clavadas contra el asiento de adelante. Doce horas así. Una pantalla individual, obligatoria, en el respaldo de adelante, que alguien inventó porque le pareció amable informarte los datos de las pocas chances que tenés de sobrevivir: estás como a diez horas del continente más cercano, a miles de metros del suelo, y afuera hace cincuenta grados bajo cero.
- Algunas azafatas lindas y sonrientes. Tienen prolijidad de azafata. Frases posibles: «Tamara tenía una prolijidad como de azafata», «Me calentaba esa especie de prolijidad de azafata que tenía Tamara, siempre impecable, no se le soltaba ni un mechón del peinado, me acuerdo de que me daban ganas de verla perder los estribos, conocerla desmelenada, amazónica, bramando».
- Mi vecina de asiento con barbijo anti gripe. Se toma una pastilla que parece un somnífero, se pone tapones para los oídos y antifaz para evitar la luz. Queda completamente sellada. Es una imagen del futuro paranoico al que acabamos de llegar. Un Magritte posmoderno. Me da mucha claustrofobia su estrategia de bloqueo. El infierno no son los otros, como

proponía Sartre, sino uno mismo; el infierno es quedar encerrado en la propia conciencia, dentro de un cráneo que viaja a novecientos kilómetros por hora.

- Me tomo un Alplax de 0,50 y al rato me empiezo a dormir pensando: «Esto se va a caer, pero no me importa nada».

Latinoamérica queda en Europa

Después de tres aviones y treinta horas de viaje, boleado por el Alplax, habiendo perdido un vuelo en Roma donde me volcaron un café entero sobre el saco de lino con el que trato de parecer un escritor, llego a Toulouse a las once de la noche. Mi valija no está. Voy a reclamar. Una francesita de pelo cortado a lo francesita muy amable y fría me toma los datos. Intento hablarle en francés pero me desvía rápido al inglés y me da un kit de supervivencia de Air France.

Nadie me espera afuera. No hay recibimiento con cartel con mi nombre. Nadie. Aeropuerto vacío. Un tipo con walkie-talkie, una chica dormida en informaciones. Me dice que hay un tren en una hora, pero me deja lejos. No encuentra en la guía el nombre de mi hotel. Es un buen comienzo para un cuento: un tipo llega a un congreso, nadie lo va a buscar, no sabe el nombre del hotel, no le contestan en el teléfono que le dieron, se queda un día en el aeropuerto sin poder contactarse con los organizadores, nadie conoce el evento. Al final se vuelve, y al mes encuentra en internet fotos del evento, los demás invitados riéndose en grupo, etc.

Logro llamar desde un teléfono público. Me atienden y me dicen que me tome un taxi, que después me reintegran el costo. 66 euros. Piso cinco en el hotel. El kit de supervivencia tiene afeitadora, minidesodorante, sobrecito con jabón de lavar ropa (bien pensado, pero alarmante), peine, cepillo de dientes, todo plegable, tamaño avión, salvo una gran remera blanca XL. Me duermo viendo un porno *soft* galo, chicas magras que se entrechupan sin que se vea exactamente qué se chupan. De todas formas el porno *soft* francés es mejor que el yanqui. Por lo menos no cabalgan sentadas sobre el ombligo de un hombre, con corpiño negro puesto y sacudiendo las extensiones.

En el desayuno veo a un tipo de barba. Seguro es el autor colombiano con el que tengo que hablar a la tarde, vi su foto en el programa. Pero no lo saludo, mejor no forzar las cosas. Ya nos presentarán. Tomo mi café en silencio. Me como una naranja de la forma más europea posible, con complejo de

sudamericano, cuchillo y tenedor, pero termino hincándole el diente amazónico a los botecitos jugosos, tratando de que no me vean.

Mi patria es mi *laptop*. Que me pierdan todo, pero no la *laptop*. La llevo conmigo. Tuve que comprarme una remera, medias, calzones. El concepto de *boxers* es distinto en Francia. Son *boxers stretch* que te hacen un bulto como de bragueta de calza medieval. Se me va a cortar la circulación. Tengo la zona preocupada, como esperando que pase el amontonamiento.

El autor colombiano no era el tipo del desayuno. Es otro medio parecido. La chica que nos lleva en su autito a la charla en la universidad se pierde en la autopista. No sabe dónde estamos. Se pone muy nerviosa mientras damos vueltas.

Voy en el asiento de atrás. Ir atrás es medio *loser*, pero el colombiano tiene su barba blanca sesentona y le cedí el lugar en ese juego de las sillas que sucede muy rápido y donde se juegan tantas cosas hormonales, primitivas, culturales, sociales. Le cedí el lugar por educación y por un respeto atávico al mayor, pero lo dudé porque el que va adelante es el que habla con la chica y el que va atrás queda como el hijo menor en sillita de bebé, se dan vuelta cada tanto para preguntarte si vas bien y limpiarte la baba.

El colombiano tiene muchas más chances de conquista que yo, es un caballero muy vertical, que habla bien francés, su saco no está manchado de café, habla en voz baja, no se le nota que esté haciendo un esfuerzo por seducir ni por comunicarse, muy *cool*. Igual la chica está nerviosa, duda mucho en las distintas salidas y nos pasan rozando con una bocina larga los camiones gigantes. Me pide que le busque el celular en su bolso. Tiene unos tacos aguja en el bolso, hay un doble programa ahí planeado. Pienso en pasarle un zapato y hacerle un chiste sobre el zapatófono del *Superagente 86* pero no sé cómo decirlo en francés y además veo por el espejo que está lagrimeando. Le doy su teléfono y llama desesperada.

Llegamos media hora tarde y es como si hubiéramos insultado a la madre de cada uno de los estudiantes que estaba esperando en la platea del auditorio. Hay que disculparse largamente por la demora. La chica nos entrega a la autoridad competente y sale dispuesta a inmolarsse, a arrojarse de la torre universitaria. Enseguida nos damos cuenta de que nadie nos leyó. Sin embargo la charla, que es en castellano, fluye bien, pero yo hago demasiados esfuerzos

por mechar expresiones en francés, jugarla de local. Sé que es un error pero no puedo dejar de hacerlo. Del escritor latino se espera que sea latino. Un macho que no concede nada. Y yo me denigro con una simpatía que no encuentra eco. Los minichistes no hacen reír, se caen; los barrerá a la noche la gente de limpieza.

A las nueve hay una cenashow (la palabra es aterradora). Música latinoamericana: unas coplas españolas de *Las cosas del querer*, acompañadas de clarinete y guitarrón de mariachi. Un tipo con maracas y blusa de volados. Lo juro. Latinoamérica sólo existe en Europa. Sólo allá entramos en esa abstracción. Porque de hecho uno nunca está en Latinoamérica cuando está en algún país de América: uno está en la Argentina, en Uruguay, en Chile, en Colombia. Pero desde lejos todo se ve chiquito y mezclado. Me acuerdo de esa obra del coreógrafo francés Maurice Béjart *Che, Quijote y bandoneón*. Todo va a la licuadora del HBO Olé. Seguimos siendo ese gaucho andaluz que encarnaba Rodolfo Valentino, pero ahora, en lugar del sombrero de pompones, tenemos la boina de guerrillero revolucionario.

Como mi plato rápido y me declaro muy cansado por el jet lag. En la plaza, gente joven tomando cerveza. En una callecita, de esas tan angostas que tocás las paredes estirando los brazos, dos chicas sentadas en un lugar de comida árabe, aburridísimas. Las acompaño en el sentimiento. Vuelvo al hotel y lavo el calzoncillo, las medias y la remera en el lavamanos. Así termino la noche, pensando qué habrá hecho nuestra conductora con sus tacos aguja, a quién estará pisándole con saña el corazón.

La Grève

Paro de Air France. «*Tous les vols sont annulés, monsieur.*» Gente durmiendo en el aeropuerto. Vuelvo a las doce de la noche en un tren vacío a París. Tentación de quedarme hasta nuevo aviso. Pero quedarme quedarme. Asumir una nueva identidad. Juntarme con una de estas africanas elegantes, altas, dormir con ella; yo boca arriba, ella descansando sobre mí. Seguir escuchando todos los ruidos nuevos de la ciudad. Atender un kiosco o mejor trabajar de noche en un restorán como el que vi en Père-Lachaise que se llamaba La Mère Lachaise. Aprender bien francés. No volver. Darme por muerto. Mirar mis cosas como si fueran de otro. Tirar la ropa argentina, hasta los calzones de Jumbo. No tener planes. Que la negra quiera coger conmigo seguido y me susurre al oído «*encore, Pedrro, encore*» hasta que me descubra con una de las mozas del restorán, una de esas francesas magras con nariz medio finita y lindos labios, que a su vez después me haga un desplante con platos rotos porque sospecha que me encuentro a la tarde con otra de las mozas, y que sea cierto. O mejor, que no me descubra ninguna y estar con las tres a la vez. Y no irme de vacaciones a ningún lado. Trabajar poco. Tener perro. Y no tener ganas de escribir, ni culpa porque no escribo.

La catalana

Qué bronca me da esperar el colectivo en Alem a las siete de la tarde y que venga tan lleno que no te podés subir. No puede ser, yo hace tres días me estaba drogando con una rubia de 1,80 en un café de Barcelona. ¿Qué hago acá? Una rubia que se llamaba Montserrat, que me quería llevar al baño para mostrarme su cicatriz. En serio. Y ahora estoy en Buenos Aires y me rompe tanto las pelotas este tapón de gente que se empantana en Retiro que cruzo de vuelta la avenida, me compro una leche chocolatada Cindor y me meto de nuevo en la oficina a escribir esta especie de tango a las puteadas.

¿Tango con Cindor? «¿Llorando mi sermón de Cindor?» No te podés encabronar tomando chocolatada. Pero bueno. Lo de la rubia fue así. Me invitaron a Barcelona a emborracharme, básicamente. A conocer a unos editores y a una fiesta importante que organizaba mi agente. Pero básicamente a tomar alcohol entre *big names* de las letras castellanas. Acepté. Aunque iba a estar más tiempo arriba de un avión que en tierra, acepté. Después del despegue me tomé mi boludol y no logré dormir, hasta la espera en Roma donde tenía que hacer una escala a Barcelona y casi pierdo el vuelo desmayado sobre los asientos de la puerta de embarque.

Llegué al hotel en tren. Siempre me enorgullece arreglármelas solo en ciudades que no conozco bien. En mi vagón, un violinista yugoslavo tocaba el tango *A media luz* remixado con unos valeses y *Por una cabeza*. Horrible, con la música funcional del Renfe sonando al fondo. En el hotel me saqué la mugre que juntás viajando, una especie de grasa propia de apoyar la cabeza, sin conciliar el sueño, en una pesadilla vertical, y una suciedad ajena, global, dispersa en aeropuertos, pasamanos, mostradores, una mugre nerviosa del inmundo prójimo turista.

A las nueve era la fiesta en un café de la calle Torrijos. Me puse mi chaqueta de lino a lo Great Gatsby y rumbeé por el Ensanche hacia otras calles más angostas, cagado de frío porque ya en diciembre en el hemisferio norte sopla el viento navideño. La voy a hacer corta porque los detalles no importan

tanto. Llegué un poco tarde, cuando se dispersaban de la foto grupal que habían hecho para conmemorar los diez años que cumplía la agencia. La habían sacado en la escalera: autores y agentes parados en los escalones. Era importante llegar temprano. En fin. No estoy en esa foto. Así súper sobrio encaré a algunos conocidos. Demasiado nervioso. Sin disfrutar. Entonces pedí un whisky y entré en el torrente de la fiesta que empezaba con charlas y ahora vengo y a ver cuándo nos juntamos a comer. Hablé con Vila-Matas. Yo que hoy ni pude subirme a un colectivo 93, hablé con Enrique Vila-Matas y hasta lo hice reír un poco. Qué tipo encantador que soy. Qué ganas de morirme.

Comí parado. Hablé. Me quedé callado. Encontré a otros amigos que no podían creer que yo estuviera ahí. Eché parrafitos con editores y subí a un entrepiso como un anexo de la fiesta, quizá para rajarse de una charla que ya no daba para más. Ahí estaba la rubia. Se la veía de lejos porque además de su metro ochenta tenía puesto un sombrero de detective. No le hablé. Pedí más whisky, hablé con un amigo que me lleva unos cuantos años y en un momento dije: «¿Y esa rubia tan alta?». «Se llama Montserrat», me dijo. Fui rebotando, armando con otra gente grupitos como moléculas extrañas que me acercaban a la rubia sin darme demasiado cuenta, hasta que terminé en un triángulo donde la rubia hablaba, y quedé hablando con ella y el tercero quizá sintió que sobraba (no sé, porque acá se empezó a poner borrosa la cuestión) y terminamos solos Montse y yo. Lo que sí recuerdo bien es que yo la miraba para arriba. Una rubia de ojos claros.

Trabajaba en la tele y al día siguiente tenía examen de conducción, por eso no podía irse muy tarde. Ella empezó con lo de los accidentes y que era «una tía muy fuerte». Me contó que hacía dos años había chocado con la moto y se había hecho una fractura expuesta en el tobillo, se había roto toda la pierna. Tengo una cicatriz hasta aquí, me dijo señalando su cadera. La miré mucho a los ojos. Era hermosa. Yo le conté de mi accidente. Ella había vuelto a nacer en noviembre del 2005. Yo, en julio del 88. El ser humano tiene mucha más fuerza de lo que cree, decía. Le pregunté más del accidente. Me contó que después del golpe, en el piso, se veía la pierna destrozada pero agradecía no haberse golpeado la cabeza. Le dije que yo tenía una cicatriz en el costado. «Tú me enseñas tu cicatriz y yo te enseño la mía», dijo. Bueno. Me llevó de la mano escaleras abajo. ¿Me estarán viendo?, pensé, ¿Habrán testigos de esto?

«Tengo un poco de coca, si quieres la compartimos», dijo. Le dije que sí (a las rubias de uno ochenta se les dice que sí), pero le advertí que si tomaba cocaína no iba poder hacerle nada. «De todas formas no me vas a follar, podemos ir a mi casa pero no follamos.» Hacía veinte minutos que la había conocido.

Entramos a uno de los váters con puerta. Se sentó arrodillada en el piso, con las piernas larguísimas para un costado y empezó a aplastar una piedrita sobre la tapa del inodoro. La miraba hacer, entregado al rito, aunque no me gusta la merca porque me pone soberbio, charlatán y me baja la pija. No es una droga para mí. Además, siempre creo que voy a aspirar mal y voy a estornudar arruinando todo, a lo Woody Allen. Pero ya estaba metido ahí dentro y Montse había armado cuatro líneas. «Y ahora con qué jalamos esto», dijo. Yo enrollé un billete verde de cien euros. A mí no me gusta jalar con billetes pero, si es de cien euros, mola. Algo así dijo. Y una vos, una yo, una vos, una yo. Ahora dame un beso Montse.

Y empujaron la puerta que había trabado mal. Así que hubo que sacar al casi intruso y volver a cerrar. Pero no cerraba bien. Y ella me decía que era rubia porque tenía antepasados visigodos (no me acuerdo si dijo visigodos o celtas). La cosa es que ya estábamos parados y le di un beso contra los azulejos. Ese beso insensible de la coca. Y ella con las piernas abiertas (quizá por eso quedaba a mi altura porque no me acuerdo de haber tenido que estar en puntas de pie). Estaba en jeans, Montse. Mostrame tu cicatriz. Y me dijo: «Si quieres te enseño las tetas». Me mostró sus hermosas tetas de hechicera visigoda. Le rodeé la cintura con el brazo. La apreté. Me hablaba, decía que quería una copa, y salimos entre miradas. Pero ya había otros también bastante arruinados y no desentonamos tanto.

Qué quieres tomar. *Gin and tonic*. Fui a buscar un gin-tonic y otro whisky para mí, ya con el gallo amarguísimo bajando de la nariz a la garganta. Un colega latinoamericano me interceptó, hablamos, yo apoyé el trago de ella, y lo extravié o alguien se lo tomó. Sé que deambulé hablando con gente pero no sé con quién (me asusta esa amnesia, no saber qué hice, qué dije; no sé quién soy cuando estoy así). Volví a pedir el gin-tonic y el barman me miró mal, aunque era barra libre. Di vueltas pero Montse no estaba. Dejé su trago. Me puse a bailar. Después la busqué arriba. Tampoco estaba por ahí. Me dijeron

que se había ido. Bailé con una morocha que en realidad estaba bailando con su ex novio (así me dijeron ambos) y buena onda, ya es hora de olvidar a los ex, y sos la morocha más hermosa que vi en toda mi vida, y con unas copas de menos o unas de más la cosa terminaba mal, pero en el justo punto del alcohol amistoso cualquier comentario era recibido con carcajadas quizá porque la música estaba fuerte y no se escuchaba bien. Salí a la calle a buscar a Montse. Creo que grité por la calle Torrijos «¡Montse!». Sólo había motos estacionadas. Nunca iba a poder ver su cicatriz.

Fue quedando poca gente. Rumbeamos a otro bar. En el taxi me di cuenta de que casi no tenía plata, me faltaban mis cien euros. Hablé de Montse con los demás, con mi agente, con un amigo. Nadie la conocía. No estaba invitada a la fiesta. La ladrona más guapa del mundo. El argentino más boludo del planeta.

La historia de cómo sobreviví con veinte euros y cómo casi muero paseando en scooter al día siguiente con mi amigo Joan Barril no entra en este cuento. Además, son las nueve de la noche y acá sólo queda una secretaria vieja que cierra su cartera, sus cajones, su computadora y me dice hasta mañana. Me voy a tomar el colectivo que a esta hora pasa casi vacío, puedo sentarme con la ventana abierta, y a los chorros del 93 ya los conozco. Es lindo Buenos Aires de noche y en verano. Tengo que acordarme siempre de que escribir me hace bien.

Bajofondo bogotano

Después de almorzar en el barrio de La Candelaria, animado por las tres cervezas Club Colombia, a mi amigo Carlos se le ocurrió mostrarme los bajos fondos de Bogotá. Bajamos, literalmente, desde las laderas de las montañas por las calles coloniales, atravesamos la plaza Bolívar, donde está instalada la carpa de «el profe» que pedía al Gobierno que negociara la liberación de su hijo secuestrado hacía años por las Farc, y ahí, a dos cuadras del Palacio de Justicia, a media cuadra del Palacio de Nariño, llegamos a la zona que antes se llamaba El Cartucho, y ahora llaman Parque Tercer Milenio.

No sé bien cómo describir esto. Es como si juntaras a dos mil fumadores de paco irrecuperables, al borde de la muerte, y los aglomeraras en un espacio de dos o tres cuadras. Me habían dicho que en El Cartucho sumergían cadáveres en tachos de ácido para hacerlos desaparecer, y que había velorios al aire libre de los que iban muriendo ahí mismo. Lo seguí a Carlos bastante inquieto. «Tú, fresco, Pedro —me dijo—, no nos va a pasar nada.»

Pasamos frente a unos militares con ametralladora, con cara de «hasta aquí te protejo», y en una esquina entramos al tumulto. Traté de no hacer contacto visual, incluso traté de no mirar, pero no se podía. Aunque cerraras los ojos el lugar te entraba por la nariz, por el olor a mierda, a roña, a basura ácida. Y el ruido era como una superposición de súplicas roncadas, de ofertas de venta de todas las pastas posibles, y ladridos y gemidos. Era un revuelto de perros y hombres y mujeres. Un revuelto gris porque la ropa y las caras y las manos y la basura y los charcos tenían todos un mismo color asfalto.

Íbamos abriéndonos paso entre los cirujas que nos querían vender o pedir o hablar, por una especie de pasillo que quedaba entre la gente tirada, fumando o dormida, unos arriba de los otros. Las melenas piojosas, primitivas. Un tipo apartó la lona de una carpa improvisada con maderas y frazadas y adentro había dos cogiendo (digo «dos» porque no sé bien qué vi). En medio de la gente tirada o sentada sobre basura, había un tipo parado, bien vestido,

totalmente consumido, el portafolio entre las piernas y fumando una pipa, la cara congelada en una mueca de carcajada muda.

Cerré el paso sin levantar demasiado la vista, siguiendo de cerca la camisa roja que tenía puesta Carlos. Así llegamos a la esquina. Había más espacio. Un edificio que parecía bombardeado. Un tipo cagando. Otro golpeando un tacho. Empezamos a salir de la zona y respiré aliviado. Cuando estábamos por cruzar la calle, dos tipos de pelo corto, ahí cerca, nos empezaron a mirar. Carlos me dijo: «Espera que pasen estos». Los dejamos pasar. Cruzaron y se nos quedaron mirando. Como veían que no cruzábamos, se fueron. Carlos dijo «vamos», y después: «Espero que no den la vuelta y se nos aparezcan allá más adelante». Yo ya estaba muy arrepentido del paco tour. No pasó nada pero no sé si era realmente necesario meter el cuerpo ahí.

Seguimos caminando por cuadras de talleres mecánicos; «desguazaderos», dijo Carlos. Después una zona de travestis que asomaban de las puertas de hotelitos y almacenes. Unos con sombra de barba daban un poco de miedo, otros tenían mejor «lejos», pero a la luz del sol los esfuerzos de la transformación perdían la eficacia. «Yo me iría yendo al hotel», le dije a Carlos, pero no me dejó, me dijo que faltaba lo mejor.

Después del barrio travesti, empezaba una zona donde había un puticlub al lado del otro y hoteles donde estaban paradas las mujeres negras y morochas más inquietantes del planeta. «A ver si está Yolanda —dijo Carlos—, quiero que la conozcas.» Algunas lo saludaban, simpáticas. Él me presentaba: «Este es Pedro, mi amigo argentino». Las chicas me sonreían. Seguíamos caminando. «Yolanda está todavía más buena. No sé dónde está», decía Carlos. Entramos a un puticlub medio cerrado, Carlos preguntó algo. No estaba. Había una pasarela vacía, la música fuerte. Entramos a varios lugares, cada vez más concurridos. En la puerta, los tipos de la entrada nos palpaban de armas. Al final nos quedamos en uno. Sonaba una especie de porno salsa, llena de frases con fluidos y devórame y lléname de no sé qué. Muchas mujeres. Remiseros y taxistas sentados solos en mesas atornilladas al suelo. Tipos embotados, sentados de a dos o tres, veinteañeros. «Esos son sicarios», dijo Carlos siguiendo con el «miedo tour». Podían ser, no sé.

Fui a mear. No encontraba el baño. Después descubrí que era una especie de macetero vacío, contra una pared de atrás, pero sin división con el resto del

lugar. Se meaba ahí, contra unos azulejos por donde caía una catarata de agua, al lado de una escalera por donde bajaban mujeres. Carlos pidió un anisado o algo así. Después tomamos una ginebra que venía en vasos de vidrio grueso. Me relajé contra el sillón. Bailaban chicas, en el caño. Hay como un modelo global de movimientos para bailarina de cabaret, un estilo cinematográfico o más bien televisivo que ya se instaló en el mundo entero. Habría que ver dónde empezó. Debe ser gringo, seguro.

Carlos le hizo señas a unas chicas que se acercaron. Les preguntó por Yolanda. No escuché qué dijeron. Una me miraba, me bailaba apenas, se reía supongo de mi cara de extraviado, de extrañado, de extra. Era una negra imposible, con una de esas minifaldas *stretch*, que son como una banda horizontal y corpiño de bikini. Carlos les dijo que se sentaran. Como eran tres, dos se sentaron conmigo. Sus dos culos pesadísimos cayeron a la vez sobre el sillón y el aire acumulado del asiento me hizo dar un saltito. Me rodearon, me hablaban al oído a la vez. Querían una copa. Pedimos más ginebra. «Ahora viene Yolanda», gritaba Carlos por encima de la música.

En qué iba a derivar esto. Estoy con mi pasaporte encima, pensé, me tengo que ir hoy a la noche a Cartagena. Carlos le hablaba a la chica que estaba con él. Le hablaba al oído, la miraba a los ojos. Ella asentía, después le decía a él algo al oído. Se volvían a mirar. Sonreían. Me van a matar, pensé. El mozo que traía las copas me decía cosas que yo no entendía. Había que pagar. Fuimos a medias con Carlos, y él pidió más y tomamos más. Las dos chicas me hablaban al oído, «Te vienes conmigo a las piezas» o «¿Tienes novia en Argentina?», una y una, de un lado y del otro, como le hacen con dos capotes los ayudantes del matador al toro que no termina de morir. En un momento, Carlos me miró y me gritó: «Para llegar al paraíso hay que atravesar el infierno, Pedro». Lo miré riéndose a carcajadas, con su barba y su camisa roja. Es el diablo, pensé, estoy con el diablo mismo. Y recién eran las cuatro de la tarde.

El viaje dentro del viaje

Desde que llegué a USA no paro de oír gente hablando en castellano. Primero, las azafatas de American Airlines, bastante bien. Después, el gigantesco clon de Michael Jordan de la aduana, que no tenía nada de hispano, dispersaba a la gente por las distintas filas, arengaba en inglés, dirigía el tránsito humano con los brazos y al final, harto, gritó «¡Rápidou!» con muchas erres y para que lo entendiéramos. A la noche, en Chicago, la dueña del bar le daba indicaciones a un mozo: «Jousé, limpia por fabour bajo aqueia mesa, *somebody spilled ketchup*». En otro bar sonaba Celia Cruz cantando los versos de Martí «... para el amigo sincero que me da su mano franca...». Y una cajera: «*Where are you from?*». «Argentina.» «Ah, yo soy colombiana.» Y la mucama del hotel, con un ojo blanco y ciego, y... (la lista sigue).

Casi podría haber venido hablando castellano todo el camino y seguir hablando castellano acá y hacerme entender. En Miami ya parece la primera lengua. En Chicago, no tanto, pero se oye bastante. Se hace evidente el poder expansivo del castellano. Algunos norteamericanos podrán resistirse, como ese juez que acusó de abusadora a la niñera por hablarle en castellano a su hija y «condenarla así a ser mucama de por vida». Pero la mano que mece la cuna gobierna el mundo. Dentro de dos generaciones, Estados Unidos va a ser bilingüe. Algo avanza lentamente. A pesar del frío polar que parece querer empujar las vocales castizas de vuelta al sur. Algo avanza, se mete en la vida, en los rincones, en el sueño de las angloconciencias. Hace unas semanas un jaguar se comió a su cuidadora en un zoológico de Denver. El jaguar se llamaba *Jorge*.

*

El Congress Hotel de Chicago tiene más de cien años, dicen que anda al fantasma de Al Capone por los pasillos. Alguna vez se hospedó acá con nombre falso cuando todavía su cara no era conocida. Incluso dicen que fue

dueño del hotel un tiempo y lo usó como centro de operaciones. Cada vez que bajo, el ascensor se detiene en el octavo y no sube nadie. Cometí el error de mirar fotos de la página del hotel antes de venir. Viajé con la idea vaga de la vista del parque verde, y detrás el lago Michigan azul con veleritos. Pero llegué después del apocalipsis glacial y apenas se adivinan los árboles como esqueletos y detrás una continuidad blanca donde nada indica que eso haya sido alguna vez una masa de agua. Me cuesta explicar los paisajes helados. Las películas de terror donde todo se congela de golpe son las que más miedo me dan.

Salgo muy abrigado. The Windy City. A las pocas cuerdas me meto en un cvs sólo para descongelarme, simulo que miro las góndolas pero en realidad disfruto de la calefacción. Antes de salir compro una barrita de manteca de cacao para los labios partidos. Mañana viajo a Madison, a la Universidad de Wisconsin, para dar la charla que se supone estoy redondeando, pero tengo siete páginas de notas desafortunadas, inconexas. Voy al Art Institute para mirar cuadros y pensar bien lo que quiero decir. Por el camino, en el Millennium Park, me topo con una escultura elíptica gigante, con forma de maní, de diez metros de alto y de un material espejado. Se puede pasar caminando por debajo del arco que se forma en el medio. Veo reflejado, en el fondo, un pitufo azul, de guantes y gorro, sosteniendo una bolsita de cvs.

*

Durante el viaje en ómnibus de Chicago a Madison voy sacando fotos de lo que veo en la ruta y la autopista: camiones, banquetas con nieve sucia, playas de estacionamiento, árboles negros, lagos helados, carteles. Saco las fotos mientras anoto ideas para la conferencia. Me gusta viajar solo, sobre todo porque me puedo poner insoportable e insistente con la cámara sin molestar a nadie. Cuando viajo con alguien, me inhibo, porque me parece que llega un momento en que los compañeros de viaje empiezan a sentir ganas de hacerme tragar la máquina de fotos. Y quizá tengan razón. Pero esta vez estoy solo.

El coloquio de mañana se llama «Escritores iberoamericanos y globalización». Voy con la *laptop* en las rodillas tratando de articular el enjambre de temas que me rondan la cabeza. Hasta ahora estuve muy enredado

con las ideas; quería hablar de demasiadas cosas en la conferencia y la ansiedad me estaba matando. Pero por alguna razón el viaje en ómnibus me tranquiliza de a poco. El avión tiene algo de máquina teletransportadora. Te encapsulan y aparecés en el otro hemisferio, y el cuerpo (la persona que uno es) anda como perdido durante un par de días. Hay una elipsis, un salto en el montaje, que confunde. En cambio el ómnibus —quizá por el contacto de las ruedas con toda la superficie del camino o por esa velocidad más fácil de entender o porque se ve el recorrido y se asimila— tiene algo más narrativo, algo gradual, más amable.

El ómnibus es menos neurótico que el avión. El problema del neurótico, del ansioso, es que se le anula el tiempo y se olvida de la sucesión. Ve todo de golpe. Da vueltas en la cama atormentado por la cantidad de trámites del día que se viene, sin darse cuenta de que el día va a estar poblado de horas y momentos que le van a permitir hacer las cosas paulatinamente. Su cabeza salta y se instala ya dentro de la dificultad, olvidando las transiciones. El avión también salta, saltea. El ómnibus, en cambio, es pura transición.

El Van Galder Coach tarda tres horas durante las cuales subimos hacia el norte y nos metemos cada vez más en territorios nevados. Estoy hablando de un viaje dentro de otro viaje. El gran viaje de aeropuertos, visas, países, es decir, el viaje total que incluye los tres días en Chicago, más lo que se viene esta semana en Madison entre los escritores, los estudiantes y los profesores, no sé si lo podré contar. Por eso hablo ahora de este pequeño viaje dentro del viaje. La felicidad de lo desconocido. El frío allá afuera. Podría enumerar todas las cosas simples y triviales que me interesan y me asombran a lo largo de esos kilómetros, pero no sé si alcanza con mencionarlas. Es más un estado de ánimo, una forma de mirar.

*

Me presentan a los escritores: Mayra Santos-Febres, Jorge Volpi, Mario Mendoza, Edmundo Paz Soldán... Todos hablan muy bien. Yo estoy aterrado. Llega mi turno. Empiezo hablando de las canillas con las letras *H* y *C*, de *Hot* y *Cold*, que suelen estar invertidas en Latinoamérica porque los albañiles creen que la *C* es de Caliente y la *H* no se sabe. Y sigo hablando de la manera

siempre bizarra en que se interpreta el primer mundo en la descolorida república donde vivo. Recorro las ideas que logré esbozar en mi ponencia y finalmente todo tiene un hilo, quizá no lógico pero sí emocional. Hasta me aplauden cuando termino. Prueba superada.

Desde el fondo de la clase un alumno de la cátedra de Literatura Latinoamericana me pregunta en bastante buen castellano algo sobre uno de mis textos. Lo leyó en internet. Compruebo de golpe, por primera vez y para siempre, el poder de la web. Hace diez días subí ese texto a mi página personal, y las palabras volaron por encima de todas las barreras analógicas hasta los ojos de este estudiante de Wisconsin, es decir, uno de los lugares que siento más lejos de mi casa. Quizá porque antes de entrar en el salón vi que junto al edificio de la universidad hay un lago congelado (otro más) donde los hombres pescan por un agujero que hacen en el hielo. Esto es casi esquimal. La otra punta del continente. La idea de publicar ediciones de libros en papel de quinientos ejemplares se acaba de hacer trizas en mi cerebro.

Salgo a caminar sobre el hielo. Hasta llegar al lago, piso muchas variantes de la nieve: charcos de una sopa sucia y densa, parches de hielo negro de barro congelado, una superficie blanca como de cartón prensado que colapsa bajo mi zapato y guarda dentro una nieve más blanda... El lago es un plano blanco. Hace diez grados bajo cero. Hay unos pocos pescadores muy apartados entre sí, sentados inmóviles sobre un balde dado vuelta, sosteniendo una caña corta como una varita mágica. El hilo de pescar se hunde en el agujero hecho en el hielo. No veo a ninguno sacar nada vivo de las profundidades. Parece que no les gustan los visitantes porque las pisadas ahuyentan a los peces cautelosos. Me alejo lago adentro. Meo en el hielo. El pis hace como una mancha cáustica que carcome apenas la superficie. Idea acerca de un tipo que mea muy divertido y forma un círculo a su alrededor, mucho pis, gran meada cervecera, y se corta el hielo por donde dibujó la circunferencia y el tipo cae al agua y muere. De pronto me da vértigo pensar que no hay suelo debajo de mis pies, sino una capa delgada sobre el agua oscura.

De vuelta en la universidad, me muestran la biblioteca. Están todos mis libros, incluso algunos que ni yo mismo tengo; está hasta la edición cartonera de mis pornosonetos. Me cuesta creerlo y me la traen. Los libros de la

editorial Eloísa Cartonera, hechos con cartón reciclado en Buenos Aires, están en la sección de *special collection*, con manuscritos del 1600, en un lugar especial con temperatura y humedad regulada. Hay que abrirlos sobre un terciopelo y no se pueden fotocopiar.

*

Hotel de Madison. Me paso casi todo el día sin hablar. Sólo digo «concha de la lora» cuando me da estática el picaporte. La gente acá no hace contacto visual. Estoy como metido en escenas descartadas de la película *Fargo*. Pido una hamburguesa y me preguntan de cuántas libras (de peso), me preguntan mi nombre y al rato me llaman por altoparlante: «*Pedrou, Pedrou, your food is ready*». Ayer hubo dos horas de sol y los estudiantes salieron en remera, estaban azules de frío pero llenaron la calle principal como si fuese verano.

Hay algo que me extraña y me aburre de la tele acá, y finalmente entiendo qué es: no hay erotismo, no se ve ni media teta ni un culo de casualidad. Desde la adolescencia desarrollé un instinto muy fuerte para encontrar sexo en pocos segundos con el control remoto. Pero acá nada. No hay mujeres sensuales en la TV norteamericana. No hay secretarias sexies de programas de preguntas y respuestas, ni peleas de vedettes promocionando el teatro del verano, ni culos bailaneros en *Sábados tropicales*. Esto es más triste que la tevé argentina anterior al destape democrático. Hay un hipercontrol que asusta.

Incluso cuando en MTV un cantante dice *fuck*, no sólo le bipean el sonido sino que le digitalizan la boca para que no puedan leerle los labios. A la una de la mañana, un canal pasa diapos con las caras de los delincuentes buscados y su currículum. Ejemplo: «John Smith, visto por última vez con un jogging gris y una gorra verde, asaltó un banco en Madison con un cuchillo de combate». Esos microrrelatos, ilustrados mayormente con caras hispanas y afro, me arrullan hasta que me duermo. Mañana, de desayuno: bacon, *waffles* y *french toast*. Estoy engordando.

Para Hilde

Nunca se me ocurrió que pudieras leer en castellano, y menos todavía que te fueras a meter en mi blog. Ya sé que no actuabas como si estuvieras enamorada de mí. Es algo que inventé, pero es verdad que los primeros días del seminario me perseguías y buscabas sentarte al lado mío y me hablabas. Yo soy un exagerado; cuando escribo exagero. Ahora, que volviste a Austria, quizá algún día se te pase el enojo y revuelvas entre mis cuentos y termines encontrando estas disculpas. Ojalá.

Y ese comentario de que tenés menos sex appeal que la novicia rebelde también es una boludez de argentino canchero (boludez es algo parecido a estupidez, pero también es insignificante, y canchero alguien que trata de hacerse el *cool*). De hecho, por lo que pasó después, te podés dar cuenta de que no es así. Me hiciste confundir. Me pisabas los talones, me buscabas. Después de que leí mi texto, volvimos juntos a los cuartos. Cuando nos dimos cuenta de que teníamos cuartos vecinos, me pusiste una cara que me pareció sugerente. Ahí, en el pasillo, quisiste ver mis papeles, te me acercaste mucho y entonces te miré. El pelo rubio por los hombros, los ojos claros medio achicados por los anteojos, los rasgos arios o eslavos, que acá vi que tienen algunas chicas paraguayas, que son medio alemanas, muy blancas. Estábamos los dos mirando el mismo papel, respirándonos cerca. Querías saber cosas de mí. Te conté que tengo un hijo, que estoy separado. Me preguntaste si íbamos juntos al paseo en bote más tarde. Te dije que sí, que me tocaras la puerta en un rato, y me metí en el cuarto, nervioso.

Calculé que teníamos tiempo antes del «*boat trip*». Te esperé. Podía ser. Había que probar. Acomodé un poco las cosas. Saqué la ropa tirada arriba de la cama. Me lavé los dientes. Me miré al espejo. Miré por la ventana. *I was beside myself with expectation*, o como se dice acá: estaba sacado. Después pensé que no venías. Y tocaste la puerta.

El truco fue fácil, hacerte pasar un segundo porque tenía que preparar algunas cosas antes de salir. Y entraste. Eso es lo que me rompe la cabeza y lo

que el checo y el polaco me decían después, cuando les conté: si una mujer entra a tu cuarto es para tener sexo (*to have sex*, decían). El polaco incluso decía que en el umbral de la puerta hay un cartel invisible, implícito, que dice: «*From here on you are in the sex zone*». Por eso di vueltas, saqué del placard la campera aunque hiciera 25 °C en Cambridge, me rasqué la cabeza. Me reí. Me da mucha vergüenza cada vez que me acuerdo de esto. Qué torpe. Eso de mirarte y sonreír. Y vos como si nada, Hilde. Como si entrar a mi cuarto no hubiera sido ya algo significativo. *What?*, decías. *I'm nervous*, te dije. *Why?* Yo me acerqué. Y esa frase, esa frase que me salió: *I feel very attracted to you*. Qué mal. Merezco la muerte; todos los sepultureros del mundo estaban escuchando y se empezaron a reír en ese instante. Festejaron levantando las palas y se empezaron a pelear para cavarme la fosa. Yo no sé qué se dice en inglés. Quizá no se dice nada. No hay que hablar en esas situaciones. O quizá un «tengo ganas de darte un beso», algo así. Pero avancé con menos gracia que Frankenstein diciendo mi frasecita *loser* y, claro, esquivaste la situación, tímida, buscando la puerta. Y yo calmándote con lo de «bueno, no te asustes, junto mis cosas y vamos». ¿Tan desubicado estuve? ¿Tan mal leí los signos? Quizá los signos eran claros y lo que pasaba era que me estabas histeriqueando como adolescente que pone a prueba su poder de seducción. Y quizá lo que me gustaba era justamente tu seducción ingenua y alevosa. Salimos del cuarto y creo que, después de la conmoción, aliviané un poco el momento en la escalera diciendo: *You got really scared back there*, Hilde.

Pensé que íbamos a poder hablar y reírnos en la caminata hasta el río, pero a la salida del *college* se nos sumó el italiano y ya la cosa se complicó, y nos pusimos serios hablando de diarios, derivando entre equívocos y etimologías en común —no sé bien cómo— hasta el latín y Virgilio, antes de que se sumara la mujer paquistaní tan elegante (no me acuerdo su nombre) y nos dividiéramos en parejas —yo con el italiano, vos con ella— para poder caminar más cómodos por las vereditas medievales.

Así que me sumergí en las siete pintas de Guinness negra que me fui tomando en el pub y después en el bote. Tan lindo el recorrido, por ese río entre los sauces llorones, tan civilizado todo en el verano inglés. Las charlas globales, que se iban aflojando con el alcohol, a medida que avanzaba despacio por la campiña esa especie de arca de Noé con todas las razas

representadas, los continentes, las carcajadas contenidas o totalmente desatadas según las distintas costumbres de los treinta y siete escritores invitados. Nos cruzamos poco y nada en el bote y me encargué de que me vieras hablarle un rato largo a la italiana. Una reacción infantil, ya lo sé, pero ¿qué más le queda a uno que el despecho?

Saqué fotos, brindé en varios idiomas, en ruso, en checo, *prosit, nazdrave*. Y a veces te tenía en el rabillo del ojo, incluso mientras caminábamos de vuelta de noche y yo seguía con lecciones de italiano: *l'uomo piange perche la ragazza é lontana*. Ya medio pesado el tipo, pero a la par con la lentitud del grupo, todos entregados a la corriente de pasos lentos por las calles oscuras.

Te coroné con mi indiferencia como si te importara algo. Hasta me senté a otra mesa cuando llegamos al pub. Conté chistes de los que me arrepentí, anécdotas que traducidas no tenían gracia. Sentí que encontraba a hermanos desconocidos entre los nuevos amigos que también sostenían vasos. Pagué tragos, hablé con el barman sin entenderle ni una palabra, hice muchas veces pis.

Nos echaron a las once, y a la vuelta te perdí en la confusión. Con el polaco compramos cuatro botellas de vino malo y caro en el único pub que seguía abierto. Vos ya no estabas cuando nos quedamos afuera, fumando, tomando vino blanco en las tazas del desayuno, y se armó esa semipelea entre el ucraniano y el checo.

En algún momento hice un mutis por el foro y volví al cuarto. Resoplé, me reí solo. Ahí creo que te escribí la nota en ese inglés medio tarzánico y antiguo (porque las colonias atrasan y yo aprendí el inglés de una colonia). No me acuerdo exactamente qué te decía, algo así como que me perdonaras por haberte puesto incómoda pero que no me arrepentía para nada, que me alegraba haberte hecho saber que me gustabas, que eras sexy, hermosa, inteligente. Que me sentía medio viejo a los treinta y siete años, que vos eras muy joven a tus veinticinco. Que supieras que siempre ibas a ser linda... Más o menos eso, decía. La firmé y te la pasé por debajo de la puerta a las tres de la mañana. Me acosté. Me daba vueltas todo. En el baño vomité el vino blanco.

En el desayuno me pareció que nos evitábamos. Te me sentaste al lado después, mientras nos hablaba esa escritora angloturca que no paraba de

exaltar las aguas del Bósforo. Yo flotaba en mi resaca, medio fantasma de mí, medio ausente, entrando y saliendo de esa descripción demasiado enumerativa y poética de la ciudad de Estambul que iba leyendo la autora. De pronto te vi escribir algo en una hoja nueva. Y me la diste. La puse en mi carpeta. Decía que quizá era cierto que vos eras demasiado joven y yo viejo, pero que yo te gustaba como amigo, *in the friendship kind of way*. Que ibas a guardar mi nota como un tesoro. Todo híper dulce y humillante. Quién me manda, pensé, a andar pasándome cartitas de amor con estudiantes de veinticinco años. Después, afuera, te dije: «Me mataste con eso de ser amigos. Voy a ir al río y me voy a tirar al fondo». Por suerte nos reímos, eran las once y media y había sol, algo raro porque dicen que siempre llueve en Cambridge. Te pregunté qué decía mi nota, porque no me acordaba, estaba muy borracho: «¿Decía algo medio zafado?». *No, actually it was very sweet*. «Bueno, menos mal, entonces me alegra haberla escrito.»

Durante la caminata todos juntos hasta esa librería la situación pareció ir asentándose bien, con chistes, con comentarios a la pasada, «mi amiga Hilde», «mi gran amiga Hilde». A la vuelta yo —boca floja, esclavo de mis palabras — hablé de mi blog. Vos hablaste de tus padres, de cómo te cuidan y te vigilan. La niña dorada. Tu vida en Viena, donde todo parece funcionar sin problemas. Llegamos y nos preparamos para la fiesta de la última noche. Varias horas tranquilos, todos diseminados en sus cuartos.

Cuando bajamos a cenar te vimos aparecer con tu vestido corto, los estiletos de gamuza roja como para pisarle el corazón a los hombres. *Wow*, Hilde. Hay que decir que te fuiste volviendo cada vez más linda con los días. Te fuiste soltando, desnudándote de a poco. Antes de mi bochorno te habías sacado esa especie de blusa al sol y te habías quedado en esa musculosa blanca mostrando los hombros, pero anunciándolo mientras lo hacías, no vaya a ser que alguien se perdiera tu show. Con esa actitud de hija única que me contaste que eras, tenías que llamar la atención. «Me voy a sacar esto, hace calor», dijiste. Y la noche de la fiesta eras la más linda, con la boca pintada y con ese vestidito de breteles mínimos, muy corto, que dejaba ver tus piernas largas. Todos los hombres alegrándose de mirarte. Los profesores ingleses asombrados. La testosterona de la semana de abstinencia envenenándonos la sangre.

Me acerqué para decirte lo linda que estabas y sin mirarme me dijiste: *So I have no sex appeal, have I?* Me costó entender, tardé en conectarlo con lo que había escrito en mi blog unos días atrás. No podía ser que supieras eso, no había forma. «Leí tu blog», dijiste. Fue el golpe de gracia, como sacar la tarjeta que dice «retrocede cuarenta casilleros». Me debo haber puesto de algún nuevo color porque me miraste dolida y triunfante, y me hiciste una mueca medio frunciendo la boca y levantando las cejas. «No sos vos», dije, y me contradije tratando de explicarte que era una crónica en chiste, donde critico a los participantes del seminario, pero sobre todo donde me río de mí mismo. No me salió. Te pedí perdón por haber dicho que tenías menos sex appeal que la novicia rebelde. Estaba ciego, no te conocía todavía. Pero no me contestaste. Después dijiste: *It's your blog, you can write whatever you want in it.*

No te pregunté ni me pregunté qué hacías leyendo mi blog, por qué te habías puesto a buscar en *Google* mi nombre. No provoqué ninguna escena pasional en el jardín, ni discusión, ni llanto, ni besos en la sombra. Me pareció que era imposible remontar la situación y me quedé callado. Me dejé derrotar. La gente en la fiesta me decía que estaba muy serio. Te miré haciendo de maestra de ceremonias durante ese rato, todos embobados con vos, con tu personalidad directa, sin dudas ni inseguridades, tan linda Hilde, tan llena de vos, casi insoportable. Pero no podía dejar de mirarte. Aguanté un rato más y me fui a dormir temprano, después de que la poeta de Sri Lanka me leyera las manos y me dijera que no tengo corazón.

Así que ahora escribo esto para vos. Para decirte que mi torpeza era lo único que tenía para ofrecerte. Para que todo esto quede escrito. Y para que el doble beso frío que nos dimos a la mañana siguiente en la estación se convierta quizá con el tiempo en un abrazo.

Qué pena me da tu caso

No me quemes el rancho, Yanelisse. No te olvides el aceite hirviendo en el anafe. Ya viste cómo se prende fuego después de un rato. Si alguna vez te vuelve a pasar eso, no le tires un vaso de agua para apagarlo porque explota y te quemás. No hace falta que pintes las paredes chamuscadas. No llores, bajá la música y no me pongas más esa salsa que dice «Qué pena me da tu caso, lo tuyo es mental». No quiero que Celia Cruz y Johnny Pacheco me canten a las nueve de la mañana que lo mío es mental. Basta de salsa y trompetazos. Es verdad que al principio me pareció que todo tu combo Caribe me alegraba de vuelta la vida, pero soy porteño y melancólico y quiero mis mañanas en silencio. Quiero que el espacio que me rodea me acompañe en el sentimiento. Lo mío será mental, pero no soporto que me lo digan en coro y con tumbadoras mientras trato de escribir. Esto es un monoambiente de 5 × 3, es mi estudio, no es una casa, ni un bohío, ni una pista de baile. Tu bicicleta no entra, hay que correrla cada vez que queremos ir al baño. Te dije «si querés quedate unos días». «Unos días» no es un mes. Me refería a tres o cuatro días. Por favor llamala a tu amiga y que te vuelva a alquilar ese cuarto en Villa Crespo. Soy un tipo separado. Eso quiere decir que estoy saliendo de una relación, no puedo ser tu novio. No quiero ser tu novio. No quiero ser novio de nadie. Y cerrá la boca cuando comés. Y no comas con tanta voracidad. Nunca vi a nadie comer así. Te comiste con la mano medio pollo y todas las papas fritas y tu flan y lo que quedó del mío. Y ayer esa colada entera de fideos y a la noche las diez empanadas. Cuando volví tarde pensé que había quedado alguna, subí ilusionado en ascensor. ¿Cómo puede ser que seas flaca si comés así? Me das un poco de miedo, Yani. Pensé que iba a poder estar unos días con vos, pero no puedo. Estoy cansado. Quiero mi estudio de vuelta. Es mentira que tuve que ir a Bahía Blanca dos días. Me fui acá a la vuelta a lo de mi amigo Rodrigo porque no te aguantaba más. Necesitaba escribir sin vos al lado tropicalizándome las frases. Necesitaba estar dos días sin coger. Cada vez que abro la puerta siento que una pantera negra me va a saltar al cuello. Eso mismo

me fascinaba y ahora me da terror. Y me asusta cómo cambiás. No sé con quién me voy a encontrar cuando vuelvo de la calle. Con la chica latina que habla maquillada por teléfono con su papá. Con la negra afroboricua que asoma cuando te dejás los rulos sueltos y la humedad los irradia en todas las direcciones y te reís ruidosa, expansiva, a carcajadas. Con la india taína, después de las sesiones de planchita, morocha, lacia, brillante, callada, rencorosa, de reajo. Me asusta que le hables a tu rana de peluche. Eso es lo que más me asusta. No le hables a tu rana de peluche. Le hacés preguntas, le comentás mi malhumor, mi desempeño en la cama, mi panza... Se me hieló la sangre cuando hacés eso. Vos pensás que es dulce y *cute*. Pero es como si hubiera alguien más acá presente. Un fantasma parado en un rincón. Tenés veintiséis años, no podés hablarle a una rana, o a un coquí como decís vos. ¿Y a quién se le ocurre tatuarse un signo de pregunta en el pubis? Cuando vi eso me costó que se me parara. Estaba muy compenetrado en la situación, bajando con besos y cuando te saco la tanga de golpe la tinta azul de la gran pregunta del misterio. El enorme signo de pregunta de la vida en general. ¿Qué carajo me pasó? ¿Qué macumba de Yemanyá me echaste?

¿Por qué no me animo a decirte nada de todo esto y dejo que pasen los días y no quiero que te vayas?

¿Por qué dejo que sigas pasándote mi afeitadora con las piernas abiertas bajo la ducha? ¿Cómo voy a hacer para no verte más y no escucharte diciéndome al oído a punto de acabar: «Ay puñeta, me voy a venir»? Yanelisse, Yanelisse Diomara Caríbides Rivera, toda la vida es una maravillosa mierda y yo soy un gran hijo de puta. Mañana juntá tus cosas y rajá de acá.

Mofongo con churrasco

Empiezo por el final. El momento de deshacer la valija, cuando dismantelo el viaje y lo repaso en pantallazos. Todo es un souvenir involuntario. La línea temporal quedó hecha una maraña, estrujada. Y ahora trato de estirla de nuevo pero no se puede. La ropa sucia arrugada, los días felices hechos un bollo indiferenciable. La ropa que usé, la que no usé y llevé de paseo. El saco de escritor que quedó como en la foto forense de las prendas de la víctima: retorcido, con manchas de vino de honor, hilachas nuevas, pliegues eternos por permanecer siete horas prensado en el portaequipajes del avión, aureolas del trópico, un hombro con lápiz de labios de una efusiva saludadora (nada que explicar), una manga con tierra de la ventana de la combi, la otra con un botón faltante estallado en un manotazo de carcajada contra la mesa...

Sigo sacando cosas, recuerdos de Puerto Rico.

Los libros dedicados, que quién sabe cuándo podré leer. La simpatía con la que los recibí, la pila en la que van quedando. Uno es el gran traidor cuando deshace la valija. Cae la máscara del tipo abierto, el amigo de todos, expansivo, vitalista, y aparece el antipático silencioso, el que no va a escribirle a nadie, el que no va a leer nada. Monedas extranjeras, algún billete que no llegaste a cambiar, papeles con programas, itinerarios y agendas, tarjetas de embarque, tarjetas personales, la almohadita inflable para intentar dormir sentado en el avión, un diploma de bienvenida a una universidad, arena... Si quedó arena en la valija, fue un gran festival. Tres veces me metí en el mar. Nietzsche decía que la Antigüedad clásica era un invento de los profesores para ir a Grecia a tomar sol. Nunca más encontré esa cita. No sé si es exacta.

Y quedan las fotos. En las mías rige la melancolía: atardeceres verticales, niños remontando barriletes contra el cielo dorado del morro, las luces de la bahía cuando cae la noche... Incluso es melancólico mi impulso por documentar. Fotos como intentos de agarrarse del aire en plena caída: el color del mar, una gran hoja de almendro, un balcón con la Santa Rita estallada en

fucsia, los autores riéndose en la combi, los alumnos entrando al auditorio con su diversidad de peinados afro. Y las fotos que me mandan: el escritor dando la charla, sosteniendo el micrófono como un cantante de boleros, el escritor todavía con su saco impecable disertando en una mesa redonda, el escritor con cara de depravado en la foto grupal entre las estudiantes... Y tengo un video que salió bien: una lagartija inmóvil sobre la piedra de pronto huye, el plano sube y atrás se ve el cementerio marino donde está enterrado el poeta Pedro Salinas, y atrás el mar, una lancha que pasa lenta contra la corriente, las olas que se adivinan rodando desde la profundidad y revientan contra la escollera.

Me pregunto si hay fotógrafos que no den la sensación de estar intentando detener el tiempo con sus fotos, si hay imágenes que hablen de un presente continuo y no de un pasado perdido. ¿Hay tiempos verbales en la fotografía? ¿Alguien habrá podido sacar fotos que parezcan del futuro inmediato? Yo puedo crear un presente continuo con palabras. Mostrar que las cosas suceden mientras las cuento. La palabra es para mí una manera de mantener a raya la melancolía. Puedo hacerlo, por ejemplo, con la primera escapada a la playa, el día en que me invitaron a dar la charla en la Universidad de Puerto Rico en Carolina. En un auditorio enorme me presentaron, habló la decana, tocó el piano un profesor a modo de «obsequio musical», leí textos, contesté preguntas de los estudiantes, almorcé con rectores y profesores, di una entrevista en la radio y pedí disculpas porque me tenía que ir al hotel a escribir. Eran las cuatro de la tarde. Lo de escribir era una mentira temporal, que se volvería verdad tarde o temprano. Si iba a la playa, iba a tener algo que contar.

*

Ahí estoy, en mi presente: un porteño blanquito parado frente al mar. Es la playa de Ocean Park, una línea de edificios bajos, costeros, palmeras, arena blanca y olas. No hay nadie, es un martes nublado. No traje nada. Remera, zapatillas y la plata justa para el taxi en el bolsillo del traje de baño. Hace como tres años que no me meto al mar. El horizonte turquesa llega hasta la orilla en una rompiente arenosa, revuelta. Hubo amenaza de huracán hasta ayer y el agua quedó como malhumorada, sin poder liberar la energía del temporal,

trayendo cosas desde las profundidades, arena, caracoles, algas, ramalazos de agua turbia. Una vez, la escritora boricua Mayra Santos-Febres me dijo que a mí me rige y me protege la diosa Yemanyá, la diosa del mar. A ella me entrego entonces, primero con cierta dureza, peleando contra las olas, tratando de evitar el mazazo del agua. Estoy rígido y por lo tanto frágil, cayéndome y levantándome a cada rato. Después me dejo zamarrear por Yemanyá, no lucho más, juego como un chico, total nadie me ve, las olas me empujan, me revuelcan y no me duele, me sacan a la orilla, me llevan hacia dentro donde no hago pie, me vuelven a sacar, y me relajo, me ablando, me hago espuma. Soy hijo del mar, soy el mar. Soy esto que estoy contando, sin una gota de melancolía, todo presente en la playa, mientras pasan sobre mi cabeza unos pelícanos, casi rozando las olas con la punta del ala.

La punta de la lengua, donde brilla el presente eterno. La luz del día. Traigo los cielos, las nubes. Las detengo. Las dejo seguir volando al sur. Como Próspero, con plenos poderes, desvío el huracán de mi relato.

Hay experiencias que permiten sentir el pulso del planeta: meterte al mar, dejarte llevar por un río calmo (nadando o en un bote), pescar, remontar un barrilete. Se siente una fuerza que no se parece a nada; no es animal, ni artificial, ni humana. Es una fuerza viva que no está viva. Eso es lo extraño. El hilo del barrilete o la línea de pescar se tensan, transmiten una vibración a la mano, un latido, los últimos coletazos de la gran tormenta cósmica que formó los planetas. El aire y el agua se siguen moviendo. Uno se entrega, mínimo y flotante, a esa energía. Algo así es meterse al mar. Te limpia, te serena, te cansa, te sincroniza con todo lo que se mueve a la velocidad exacta de la Tierra.

Por eso tenía que escaparme. Y de paso, para agradecerle a Yemanyá, renuncié al taxi y me tomé una cerveza que pagué con mi billete mojado. El tipo que atendía el puesto lo colgó de un broche junto a los banderines de *baseball*. Se ve que es algo que pasa seguido. Me tomé mi cerveza con los pies en la arena y después esperé la guagua que tardó media hora en venir pero me depositó cerca del hotel por un dólar *fifty*. Así hablan los boricuas. Nolmal.

*

Puerto Rico es como Cuba, pero acá perdió Fidel. Ganaron los Kennedy y los Bush. La gente es latina pero el sistema es norteamericano. Es Cuba con autopistas y Starbucks, Visa, Domino's Pizza, Wallgreens. *Good morning how can I help you*. Los boricuas bailan salsa dentro de todos esos *franchisings*, mueven el culo y cogen arribaabajoalrededor del McDonald's. Estado libre y asociado, lo llaman. Cuando intenté pagar el protector solar en las cajas automáticas del CVS, elegí la opción español y una voz grabada de mujer, que pretendía ser amable pero era temible, me repetía «haga lo que le indica el sistema». Al final, me puse nervioso y preferí no comprar nada. Así descubrí que la resolana también quema, rostiza pero sin fuego, desde adentro, como un horno a microondas.

Llegué temprano a San Juan, antes que los demás escritores invitados. Al principio estaba solo en el hotel, entre gringos en bermudas, rosados y gigantes, que desayunaban huevos revueltos con panceta y chorizo. A la mañana siguiente en el lobby vi a un tipo vestido con jeans, camisa, saco de lino y mochila. El uniforme de escritor para países cálidos. Nos reconocimos de lejos, como gemelos separados al nacer. «Estás por el Festival de la Palabra.»

«Sí, tú también.» (No fueron preguntas, fueron frases afirmativas.) Ricardo Gómez, narrador español, me cuenta que vive en las afueras de Madrid y viaja a la ciudad cada tanto para hacer trámites y reunirse con amigos a media hora de tren. Parece un tipo feliz, al menos puesto en el hotel del viejo San Juan, parece bien dispuesto. Después llegarán más españoles, y colombianos y mexicanos y compatriotas con los que conformaremos la hermandad del Barrilito, el mejor ron de la isla.

Una isla de piratas. Y ahora piratas protestantes. Piratas metodistas. Qué mezcla más rara. El Caribe siempre es así. La cruza. La mezcla bizarra y poderosa. Las mujeres lo llevan en la sangre: taínas + españolas + africanas. Dios mío. ¿A qué inspirado barman del ADN se le ocurrió semejante cóctel molotov? «Atrévete —decía Calle 13 en su buena época—, aquí to'a las boricuas saben karate, ellas cocinan con salsa de tomate, mojan el arroz con un poco de aguacate, pa' cosechar nalgas de 14 quilates.» Digamos que europeos y sudacas funcionan habitualmente a 110 voltios, y cuando llegan a Puerto Rico los enchufan a 480. Beben, bailan, cuentan todo, se ríen a carcajadas, se

pierden en la noche, de golpe quedan hechizados, la mirada perdida, tratando de entender. Pero no se descifra. Nunca lo entenderemos. Ni escribiendo crónicas de viaje con el signo de pregunta como un halo iluminando la cabeza.

Yo di charlas, hablé en mesas redondas, dialogué con estudiantes, con escritores locales, leí poesía frente a muchas personas, almorcé con escritores cubanos, dominicanos, franceses, alemanes, coordiné un taller de narrativa, bailé salsa para sumar otro momento heroico a mi antología del papelón... Alguien debe tener esa foto del escritor sudado en la euforia del ron (recuerdo el flashazo). Pero cortemos ahí. Tengo que decir algo: mis viajes se pusieron más prudentes desde que me inclino a la monogamia. Una vez en una fiesta, mientras mirábamos bailar a las mujeres más hermosas, un amigo casado me dijo al oído: «Peter, me siento como un león atado con piolín de fiambrería». En eso, su mujer lo agarró de la mano y se lo llevó al centro de la pista. Ella bailaba mal, mordiéndose el labio, poniendo caritas, haciendo mohines de monja pícara. Primerísimo primer plano de la sonrisa helada de mi amigo.

¿Qué querés decir con eso? Quiero decir que no se puede vivir la monogamia como un estado de frustración constante. Al casado que se queja porque no coge, lo agarrabas antes de soltero y se quejaba exactamente por lo mismo. No le echas la culpa al casamiento, amigo, no lo uses de escudo para proteger tu orgullo. ¿A quién le estás hablando? No tengo ni idea. Me estoy enredando solito en esto. A lo que voy es que hay una parte de uno que sigue intentando seducir, aunque esté en pareja, y cada quien decide hasta dónde llegar. Algo así. Por ejemplo, para salir del plano teórico, voy a hablar de la anestesióloga.

*

Rebobino hasta el vuelo de Panamá a Puerto Rico, o un poco antes, cuando estaba yendo a la puerta de embarque y, delante de mí, la vi. Iba haciendo perfecto equilibrio sobre unos tacos agudos (ella, no yo) y tenía piernas larguísimas. Se había deslizado dentro de unas calzas negras que brillaban tirantes en la luz del aeropuerto. Usaba una blusa de leopardo. La coleta de su peinado alto subrayaba con un latigazo vivaz cada uno de sus pasos. Coincidimos en la misma puerta de embarque. La miré acomodar sus cosas.

Tenía una cara y una edad indefinidas. Quizá más de cuarenta. Estaba en el punto más alto de la autoexigencia femenina (cirugía, maquillaje, peluquería, manicura, ropa muy cara...). Más producción que la película *Titanic*. Y todo eso, trepado en la altura de un superyó con zancos, sus Ferragamo asesinos de cabritilla italiana. Un empleado de Copa Airlines se nos acercó. Tendríamos una leve demora hasta que confirmaran que salía el avión, porque había alerta de huracán. *El huracán lleva tu nombre* se llama una novela de Jaime Bayly. No la leí, pero es un buen título.

Todas las mujeres son hermosas, aunque a esta le daba más trabajo. Pensé que podía ser amante de un político, o prostituta vip, cosa que después se reveló como mi puro imaginario machista. Me dio curiosidad y, cuando ya estaba sentado en el avión contra la ventana y vi que se acercaba, pensé zas, y la senté a mi lado con una telequinesis infalible. «¿Veintitrés B?», preguntó. «Sí, es acá», le dije. Las mujeres que vibran tan alto me alarman un poco. Quedé mudo. Todavía tengo en mi libreta las notas que simulé que tomaba. Se parecen a las cosas que anotaba cuando, en el programa de televisión que hice hace unos años, tenía que simular ante la cámara que tomaba apuntes en mi cuaderno rojo de viaje.

Una regla indica que en esas situaciones de proximidad azarosa hay que hablar enseguida. Decir cualquier cosa. El asunto es evitar el silencio que se va a ir interponiendo como un vidrio a medida que pase el tiempo. A mí no me sale eso. Pero igual me lancé:

—¿Sabés algo del huracán?

—No, no me han dicho nada.

Eso fue todo. Y quedamos los dos mirando hacia delante, callados.

Estaba fuerte el aire acondicionado en el avión. Empezó a hacer mucho frío. Me pegaba en la nuca un chiflete del polo. De reojo, vi que ella leía unas fotocopias de un libro con imágenes médicas. Tiene que estudiar, no la interrumpas. Se sacó los estiletos. En un momento se estremeció por el frío. Le pedí a un comisario de a bordo dos mantas. No dije nada más. Cuando las trajeron, le ofrecí una a ella.

—Qué amable, muchas gracias —me dijo.

El avión despegó. Yo ya me había terminado mi libro en el vuelo Buenos Aires-Panamá. Anoté cosas, lecturas posibles en la charla del día siguiente.

También anoté con caligrafía ilegible: «Medio cansado de las intelectuales con barba de tres días. Esta mujer está fuera de mi radar, fuera de mi liga. Todo en ella es demasiado».

—¿Usted viaja por turismo o por trabajo? —me preguntó de pronto. Me trató de usted, a la manera colombiana.

—¿Sos colombiana?

—Sí, de Medellín.

Hablamos de la mejoría de Medellín, del Metro Cable, de mi viaje ahí como jurado en 2013. La figura del escritor invitado a festivales no la impresionó. Se mostró muy dudosa, desconfiada de mi supuesta fama. Quizá, si había aflojado un poco, fue sólo por mi rol de hombre protector, proveedor de abrigo en medio de los cielos inhóspitos. Ahí estábamos, en esa especie de intimidad de cama matrimonial de los dos asientos juntos un poco recostados. Ella tapada con la manta hasta el cuello. Yo con la manta a la cintura, a lo macho. Envolverme como en un poncho, por más que fuera lo que realmente necesitaba hacer para sacarme el frío, me pareció poco viril. De haber estado solo, me hubiera tapado hasta las orejas.

Hablamos, cenamos. *Chicken or pasta?* Temas que tocamos: las dificultades del destierro, las diferencias socioculturales entre Puerto Rico y su país, la violencia jurídico-psicológica que implica el divorcio, la religión y la literatura respectivamente como refugio en los momentos difíciles, la existencia de Dios, la salud pública... Era muy seria. Mis desvíos de la conversación hacia subtemas más jodones duraban un solo volantazo; ella enseguida volvía a su tono de cordialidad informativa.

Tenía una cara indescifrable. En la gente operada a veces trato de adivinar la cara anterior, la real. A veces quedan vestigios, pero en ella no. Se le notaba un falso tabique plástico bajo la piel. Y sus reacciones faciales no eran del todo humanas. El lenguaje gestual fallaba en varios puntos de su cara. En esas situaciones de charla entre extranjeros, se supone que el terreno común de lo gestual repone gran parte del sentido de la comunicación. Con ella no pasaba. Por momentos no entendía lo que me decía. Su acento paisa me dejaba zonas borrosas y su cara mandaba mensajes marcianos. Yo decía: «Sí, claro, claro».

De pronto se mostró muy interesada en el festival literario, y preguntó si era abierto al público y si podía ir. Me dio su mail para que le avisara, así venía el fin de semana a escucharme. Ahí quedó su correo electrónico, al pie de mis divagues caligráficos. Se llamaba Gloria y me reservo el apellido. Parecía una mujer muy sufrida. Anestesióloga profesional (muy distinto de anestésista, según me dijo). Gloria no había venido al mundo para divertirse. Después de un rato, algo en ella daba un poco de miedo. Muy religiosa, muy remilgada, muy severa. En un momento me dijo que ayudaba a la gente a morir dignamente. Eso no me lo esperaba. Me tapé hasta el cuello con la manta, hasta me dieron ganas de pedir otra.

Cuando salimos del avión, retrasó un poco sus pasos para esperarme y recorrimos juntos el laberinto del aeropuerto hasta migraciones. Las agujas de su oficio, las agujas de sus tacos. La gente es mucho más rara de lo que uno se imagina.

Puerto Rico, al llegar, nos mostró su cara gringa.

¿Puedo ver su visa?, ¿qué viene a hacer?, ¿quién lo invita?, ¿usted es escritor?, ¿va a trabajar?, ¿dónde se hospeda?, ¿cuándo se regresa? A Gloria la llevaron a una oficina. Al pasar la vi ahí sentada, esperando. Cuando me vio, me devolvió la sonrisa más triste del mundo. Le tiré un beso con la mano, un beso de Judas *cool*, que atravesó el vidrio blindado: no pensaba involucrarme en su demora migratoria, me fui, histérico, triunfal, Donjuán del Aire, algo en mí se creía que la dejaba muerta, esperando mi mail que nunca llegaría, porque una vez que me subí a la combi me entregué al festival, me olvidé de ella y nunca le escribí para invitarla.

*

O no me olvidé tanto, porque en un bar, tomando unas cervezas, le cuento a Mayra Santos y me dice: «Chico, si faltaba que te aventara los panties en la cara» (así habla Mayra). «Era la Muerte —le digo—, le saqué el mail a la Muerte.» «No le sacaste nada —me dice Mayra—, te lo dio.» Qué miedo, mejor pidamos comida.

Es la cuarta vez que voy a Puerto Rico. Y algo en la isla siempre me deja transubstanciado en la luz caribe. Me siento medio boricua ya. Tú tienes un

demonio Changó trepado en el corazón. Mayra es mi médium afro, mi babalau, mi poetisa vidente. Cuando me traen el plato que elegí, ella me dice: «Ahí estás tú, mofongo con churrasco, Pedrito». Se ríe. Mi parte argentina, mi parte afroboricua. El mofongo está hecho con plátano verde frito machacado y queda muy bien con la carne. Puedo hablar de cualquier cosa con Mayra. Juntos deshojamos margaritas, divorcios, cuentos de los hijos, proyectos mafiosos, libros sin terminar. Entonces le cuento lo que hice antes de salir de viaje (y así termino por el principio): el domingo, un día antes de tomarme el avión a Puerto Rico, me levanté temprano y me puse a cocinar. Ya había comprado todos los ingredientes. Trabajé concentrado como chef de restorán. Primero hice un *wok* de verduras y en simultáneo un tucó para unos fideos. Lavé todo. Puse una carne al horno y, mientras se cocía, hice un pollo al curry que perfumó toda la casa. Volví a lavar ollas, cucharas y cuchillos. Los dos últimos platos fueron por un lado un guiso con arroz y por otro un guiso de lentejas con panceta y chorizo colorado. Estuve toda la mañana cocinando. Quedaron seis *tuppers* con los seis platos y sus respectivas etiquetas en el *freezer*, para mi mujer, para cada uno de los días que yo no iba a estar. Le muestro a Mayra la foto y le digo: «Eso es amor, ¿o qué?». Y me dice: «Eso es culpa, hijueputa».

Oración

Señor, déjame seguir así, siempre joven. Sigue haciendo envejecer a mis colegas. Haz que echen canas y panzas y peladas. Déjalos volverse solemnes y tomarse cada día más en serio hablando bien de sí mismos en los programas culturales. Déjame estar siempre con la nueva generación, inmortal, enamorado de las poetas y las escritoras más hermosas, aunque nunca me den bola. No permitas jamás que yo diga: «Los nuevos escritores no saben escribir», «hay que ver quiénes quedan con el tiempo». Y cuando la nueva generación tome el poder, déjalos ir con su gloria, sus fugaces novedades tecnológicas, sus manifiestos amarillos, sus bibliotecas, sus alianzas, sus futuras lápidas de obras completas, su queja de que nunca los canonizaron como corresponde. Déjame hablar siempre de lo que todavía no es considerado literatura y, cuando eso pase a ser literatura, sálvame, y deja entrar a los nuevos, los que se ríen, los que todavía tienen curiosidad. Señor, permíteme habitar en la energía de la constante construcción y destrucción del arte.

Es ahora

No puedo asimilar toda esta larga enumeración de cada día. La violencia, la velocidad, las caras, la droga dura de la belleza femenina. Mil canciones sonando todas juntas. La época zumbándome en los oídos. No se oye ni lo que se piensa bajo las capas y capas de decibeles. Y el ruido visual. Y el ruido informativo. Y el cerebro yendo y viniendo entre la pantalla y el oxígeno. Todo a la vez, ahora, en el agobio. La cabeza no logra compactar la experiencia, el sueño no llega a sumergir en ácido la estructura completa del día, el sueño de la razón engendra monstruos que no alcanzan, y no se puede abstraer ni resumir, no hay conclusión, no hay aforismo sabio de vida destilada. Y uno sigue sonámbulo en enjambre, confundido, saturándose, haciendo fila, buscando el cheque, corriendo entre los otros, con la película cada vez peor editada, con imágenes más breves, sin discurso, sin frases enteras, entre conversaciones que se cortan: ¿Estás? ¿Me escuchás? ¿Me querías decir algo? Alguna vez te quise decir algo. Ahora sólo tengo preguntas, dudas, desconfianza.

*

Y sin embargo, veo temblar en el viento los yuyos de las macetas descuidadas. Y algo encuentro ahí. Una certeza. Lo vivo más allá de uno. El verde mínimo que aguanta, que resiste. Tiembla en el viento. Un sentido. Un silencio. O quizá son las palabras mismas que me ayudan a encontrar lo que no estaba buscando. Me orientan en el párrafo, me desenloquecen la brújula.

*

Por estos días, para escribir estoy haciendo lo siguiente: desenchufo el wifi, abro el procesador de textos y pongo junto a la *laptop* un papel en blanco y un

lápiz. Cuando aparece la mafia íntima diciendo «tenés que mandarle un mail a X», anoto en el papel: «Mandar mail a X», y sigo tipeando. Tenés que llamar al taller mecánico para ver si ya está el auto. Anoto: «Llamar taller». Tenés que buscar ese dato en Google. Tenés que pagar expensas. Anoto y sigo. La llamo la lista de «No jodas ahora». Me funciona muy bien. Es la única manera de frenar el boicot constante. Porque sé que si me meto en Google a buscar un dato mínimo, entro en *Wikipedia* y miro un diario y hago clic en las fotos en bikini de la nueva novia de Balotelli... etc. Otra cosa que hago (esto me da más vergüenza): a veces me ato a la silla con una bufanda. Es un nudo mínimo, como el primer paso del nudo de zapatos, flojito pero presente. El cuerpo sabe que no se puede levantar sin desatarse primero y eso lo humilla un poco y prefiere no ponerse en evidencia. Digo «el cuerpo» para nombrar al impulsivo, para no hacerme cargo. Lo cierto es que así evito ese impulso de levantarme cada diez minutos a consultar el oráculo de la heladera. ¿Qué pienso que voy a encontrar ahí? ¿Qué verdad me va a revelar la luz sagrada de mi Electrolux Frost Free DF 34? ¿Habrá un mensaje oculto entre el pan lactal y el limón petrificado? No lo sé. Pero mi nudo simbólico evita ese paseo metafísico disfrazado de hambre.

(Idea para una línea de heladeras: cada vez que abrís la puerta, una dulce voz grabada dice un aforismo distinto. Abrís, mirás la botella de leche, el *tupper* misterioso y escuchás: «La vida es sólo una pequeña luz entre dos grandes oscuridades» o «Cambia de camino cuantas veces te sea necesario». Heladeras Jodorowsky.)

*

«Al fin de cuentas, / ¿fui capaz de triturarlo todo por ti, vieja Poesía?», se pregunta Francisco Madariaga al comienzo del poema «El bayo ruano». ¿Qué quiere decir? Al fin de cuentas, cuando terminás de hacer un balance mirando hacia atrás, ¿fuiste capaz, lograste darlo todo por la poesía? ¿Te desviviste por darle vida al verbo? ¿Te la jugaste enteramente? ¿Te animaste a triturarlo todo? ¿Qué quiere decir triturarlo todo por la Poesía con mayúscula? Moler, desmenuzar la experiencia, para alimentar al gran monstruo poético. ¿En qué consiste ese sacrificio?

No hay vivencia imposible de transmitir. Todo se puede contar. No hay secreto, uno no se puede guardar nada, la exposición es absoluta. El poeta mete todo en la trituradora verbal, queda desnudo. Esa es la intemperie de la poesía. Quedar vacío frente a la palabra. Y además hay una renuncia, una ausencia. Se renuncia a ser una persona real, que trabaja y gana plata y construye algo palpable, y se acepta esa condición algo fantasma, del que no va, falta, se sienta a escribir, entra en la experiencia paralela, redacta, lee, no está presente. ¿Hay algo monacal en eso? ¿Hay un retiro? ¿Se elige realmente esa condición o es una tendencia personal, un vicio melancólico?

Quizá Madariaga se pregunta si fue capaz de renunciar a todo por la poesía, o si fue capaz de destruir todo, de devorarlo. Pueden ser varias cosas. Para los poetas surrealistas la poesía es una condición de vida más que una estética. Se rinde tributo a esa deidad.

Me gusta el adjetivo vieja para poesía. Vieja, eterna... No es la poesía de este momento, sino la que acompaña al poeta desde que la descubrió en la infancia; *él* está viejo, haciendo balances finales. Y además la poesía es antigua, lo precede, viene del fondo de la humanidad, es la fuerza del mundo. Por eso la mayúscula, quizá, para mostrar lo sagrado de esa fuerza. Toda persona que busca alguna forma de expresión se hace esa pregunta en algún momento.

Al fin de cuentas, ¿fui capaz de triturarlo todo por ti, vieja Poesía?

*

Volví a escribir, por este libro. A mi manera, que no sé bien cuál es. No sé qué tipo de escritor soy. Depende qué esté escribiendo. Prefiero que el libro me solicite su método, que me reclame una forma de escribir, de trabajar. Hay libros que escribí sin darme cuenta, distraído, sumando textos que después formaron un volumen. Y hay otros que fueron desde el inicio un proyecto, un programa en el que me enfrasqué durante meses. Este libro me demanda y me demandó las dos formas de trabajo. Tiene algo involuntario y algo voluntario.

*

Escribir es ahora. Es esto. No es algo que va a suceder más adelante. Basta de tomar notas para un texto que algún día vas a escribir. Ese futuro no existe. Olvidate de ese escritor que se va a sentar a pasar en limpio de una vez por todas tus ideas geniales. No va a venir. Estás solo con tu imperfección. Basta de frases en cuadernos y archivos Word inhallables. Archivos de dos líneas. Qué vergüenza tus protocuentos, tus observaciones inconexas, tu caligrafía cannábica. Se pudre tu caldo de cultivo, tu sopa de proyectos. Huele mal. Quemá esos sueños. Que ardan por fin los ácaros del papel, las bateas con libretas, una tonelada de frustración, residuos tóxicos, pensamientos preverbales, esbozos de historias, deseos literarios, tu letra de sismógrafo que siempre apuesta al futuro y se refugia en ese lugar inexistente y le parece que nunca es ahora, nunca es esto escribir, siempre es algo que va a suceder mejor, más adelante.

Un mail

Queridos Hernán y Chiri: no voy a poder escribir el artículo que les prometí para *Orsai*. Les pido disculpas. Sé que habíamos quedado en que se los mandaba el 20 de noviembre pero hoy es 18 y todavía no escribí una línea y tengo que entregar la columna para *Perfil*, preparar una charla sobre el *Adán Buenosayres* del que sé bastante poco y mañana tengo que grabar una entrevista con Alberto Díaz, el editor de Saer, para un programa de televisión. Se me fue el tren. El de hoy y el de mañana. No puedo escribir más. Estoy como un Superman que ya no puede volar porque perdió la fe. No le siento fuerza a mis palabras y estoy asqueado de pensar en mí. Hace un mes que estoy pensando cómo encarar esto. Es mentira que no escribí una línea, de hecho empecé varios archivos, uno se llamaba «Once razones para no escribir una novela», otro era «Para orsai» y un tercero, «En la cochera». No pasaban de unas notas, unos falsos arranques, como cuando empieza a tocar una banda muy poco segura y alguien dice paren paren y la cortan. Me da bastante vergüenza esto. Pero el texto no está, no sale.

Les había dicho que la primera línea iba a ser «Me gusta cagar a oscuras», pero no me animaría a empezar así un artículo. Se los dije porque cuando nos encontramos en Madrid yo venía de la Feria de Fráncfort, donde me había agarrado un pedo negro con mi agente, y al día siguiente me sentí muy mal, con una resaca horrenda, y el único lugar donde me sentí bien fue en el baño de mi cuarto, donde me quedé sentado a oscuras en el inodoro, como una hora. Entonces pensé que se podría empezar una historia así, con esa frase, un tipo que está sentado en el inodoro con resaca y sólo ve la línea de luz que entra por abajo de la puerta y eso lo tranquiliza, esa oscuridad fuera del mundo. El mundo atronador y encandilante reducido a esa línea en el piso. Me pareció que había una historia ahí. Creo que también quería hablar de ese refugio del baño oscuro como un lugar donde podía reagruparme, juntar todas las tropas dispersas antes de volver. Tomar lista. Miguel U, presente. Ramón Paz, presente, Adriana Battu, presente. Mairal, presente. Y los demás, los

otros que soy con la distinta gente. A veces siento que no tengo un centro gravitacional, que no tengo unidad. No existo. Y me gusta no existir. Me gusta haberme atomizado en seudónimos, pero lo que pasa es que ahora ya no sé quién carajo soy. «Contengo multitudes», decía Whitman, orgulloso. Yo lo diría más bien pidiendo ayuda.

Uno de los textos que empecé a escribir fue un intento de explicar eso y no me salió. No lo puedo explicar, porque no sé bien cómo empecé con los seudónimos. Unos amigos tenían una revista que se llamaba *Ricardito*, y me pidieron un poema y les mandé uno que se llamaba «Nadie moja en la patria». Era un poema largo y delirante que mezclaba escenas de videos porno de los noventa con charlas con un amigo que no existe pero que apareció en el poema, un amigo medio *border*, con casa en el country. Me acuerdo de haber tenido una especie de reacción alérgico-estilística después de leer a Llach y a Cucurto. ¿Se puede escribir así?, pensé, ¿eso es poesía también? Mi imaginario nerudiano y mis versos endecasílabos al lado de los de ellos sonaban como del siglo XIX. Borges decía que ningún autor quiere deberle nada a sus contemporáneos, pero yo les debo mucho. «Nadie moja en la patria» es, de alguna manera, una reacción a esa lectura, la primera vez que descubrí que se podía hacer cierta violencia con el lenguaje, que podía ser menos lírico y más coloquial, incluso vulgar, en un poema. Se los mandé a mis amigos de *Ricardito*, firmado por Miguel U. No sé de qué era la U. Pero me gustaba. Seguí bastante con esa voz, la voz extraña de la que habla Fabián Casas, algo que yo no sabía de dónde venía. Después de varios poemas más en ese tono porno, la voz se apagó. Pero siguió el nombre para publicar cosas en blogs que revelaban mi lado Mr. Hyde. Y ahí está: los blogs, otro tema con el que se me arma una galleta cada vez que pienso en cómo contarlos.

Porque ahí con los blogs habría que contar algo generacional. Habría que ser Marechal retratando a los martinfierristas en el *Adán*, o Bolaño con los real visceralistas. Habría que inventarse como generación. No sé. Porque además tampoco sé bien cómo pasó. La gente abría un blog y lo usaba como se usa ahora el Facebook, ponían sus fotos, contaban lo que hacían. Y también había blogs de literatura. Por lo que me contaron, unos amigos se juntaron una noche a comer —yo no estaba— y abrieron un blog en mi nombre que se llamaba *El Remisero Absoluto*. Era el apodo que me había puesto Fabián

Casas una noche que nos perdimos y yo manejaba. Buscábamos la radio Rock & Pop, donde Casas tenía que ir. Íbamos en mi auto Cucurto, Fabián y yo. Hablábamos sin parar y no encontrábamos la radio ni nos importaba demasiado. De madrugada, nos metimos en un bar, agotados, como si hubiéramos manejado hasta Mar del Plata. En algún momento, Fabián dijo «Peter, sos el remisero absoluto». Y así quedó el apodo. Entonces esa otra noche, cuando se juntaron a comer un guiso de lentejas Incardona, Terranova, Llambí, Llach, Casas y no sé quién más, abrieron el blog en mi nombre y empezaron a postear cosas. Era 2005, creo. Yo no sabía ni lo que era un blog. Llach me había hablado hacía tiempo de los blogs pero yo no registré lo que eran. Tímidamente empecé a intervenir, a postear textos, fotos. Lo que más me sorprendía era la idea de que hubiera lectores del otro lado. Pensé que nadie lo iba a leer, pero después empecé a toparme con una cantidad de comentarios. Estaba pasando algo que ahora se me escapa en su verdadera dimensión. La forma en que funcionaba la poesía en los noventa, con ciclos de lecturas y ediciones independientes, se estaba trasladando a la narrativa, con ciclos de narradores, editoriales y también blogs.

Los blogs provocaron una comunidad. Un cachondeo. Había minas. Justo en esa época, además, salió un libro que se llamaba *La joven guardia*, una antología de cuentos en la que entré raspando porque era de autores que habían nacido a partir de los setenta y yo estaba justo ahí, en el borde. Quedé como el más viejo. La compuerta de la división generacional cayó ahí, en mi nuca, y cuando miré a mi alrededor me gustó. Iban chicas hermosas a las lecturas. Y los autores me invitaron a jugar al fútbol. Siempre fui horrible con la pelota, pero me dijeron que fuera un día a sacar fotos para el blog, o algo así, porque después se iban a tomar una cerveza. Caí con la cámara, en jeans y zapatillas, y faltó un jugador, así que entré como estaba. Es decir que empecé a jugar por error o por una treta que me hicieron. La cosa es que corrí una hora y cuarto después de años de no hacer nada. Al día siguiente me dolían las piernas, y a los dos días casi no podía caminar. Pero seguí jugando, todos los jueves. Me hacía bien. Sobre todo, me acuerdo que necesitaba reírme, necesitaba estar con los demás durante esas cervezas que nos tomábamos después. Mi madre estaba cada vez peor de una enfermedad que la silenciaba, le iba borrando el

lenguaje de la cabeza. Yo tenía que estar una vez por semana con gente que me hiciera reír, que se riera.

Jugábamos en el Open Gallo, un lugar de fútbol 5 en el barrio del Abasto, en Gallo y Sarmiento. Se suponía que los equipos se armaban con escritores, una categoría bastante difusa. Yo mejoré un poco. Sólo un poco. Como no representaba mayor peligro para los adversarios, no me marcaban, entonces me paraba solo cerca del arco contrario y a veces definía pelotazos perdidos. Eran esas carambolas raras que nadie entendía bien cómo terminaban en gol. Después nos íbamos a comer una pizza, y después a la tanguería de Roberto, en la esquina de Bulnes y Perón, a metros de la casa de Cucurto. En la tanguería tomábamos cerveza, mirábamos con ojos vidriosos a las alemanas, francesas y norteamericanas, y escuchábamos a guitarreros y cantantes anacrónicos que tocaban tangos viejos, como *Justo el 31*, que decía: «Ella que esperaba amurarme el 1, justo el 31 yo la madrugué, me contó un vecino que la gringa loca cuando vio la pieza sin un alfiler se morfó la soga de colgar la ropa, que fue en el apuro lo que me olvidé». Un viejo que se llamaba Osvaldo la cantaba con mucha gracia, y mucho mejor que Julio Sosa. Después pasaban la gorra. Nos íbamos, y yo, el remisero, llevaba lo que quedaba de nosotros hasta las casas respectivas. Funes Olivera, el gran arquero, el único que jugaba de verdad; Llach, que jugaba bien, buen armador; Loyds, que tenía ese nombre bloguero, nadie conocía su nombre real; Incardona, el goleador, que en esa época se ganaba el pan vendiendo anillos en Palermo. Era una buena banda, y yo creo que me salvaron del silencio depresivo que me rodeaba. Por eso digo que no lo puedo explicar bien, no logro meter en pocas páginas lo bien que me hicieron esos amigos, sin saberlo. Era La Vanguardia del Open Gallo. A algunos todavía los veo.

Y una vez unos poetas y blogueros cordobeses vieron fotos en el blog y nos desafiaron con orgullo cordobés a jugar un partido. Fuimos hasta allá, hasta la provincia de Córdoba. Funes vino de copiloto. Gran viaje, ruta 9, hablando quince mil cosas a la vez, y nos perdimos, agarramos para el lado de Perdices, de noche. Manejé once horas seguidas hasta que llegamos a la casa de Falco. Ahí estaban Lamberti, Godoy, Quintá, Bogni. Los nombro y me dan ganas de saber qué andan haciendo. No habría que escribir sobre estas cosas. Además, ¿cómo hablar, así de pasada, de gente que uno conoce? Las caras, las

maneras de ser, de hacerse bromas entre ellos. El lenguaje alcanza, pero es difícil escribir sobre los amigos. En cierta forma el blog servía para eso (me gusta hablar de los blogs en pasado, ahora que ya son *vintage*). Hubo partido (que perdimos), a la noche hicimos una lectura en Casa 13, un centro cultural de la ciudad de Córdoba, y al día siguiente asado en Unquillo. Y a lo que iba es a que por ahí están las fotos de eso, en *El Remisero Absoluto*. En una estoy boca abajo en el pasto, con un vaso volcado junto a mi mano. Los blogs eran una forma de la amistad. Si se formó algo parecido a una generación literaria en esa época fue por los blogs.

No sé si se entiende. Lo estoy tratando de explicar en este mail y veo que quizá no tiene mucho sentido, que todo al final queda como una lista de nombres que no se sabe dónde va a terminar. Habría que hacer una autobiografía que no sea desde un yo sino desde un nosotros, o incluso una autobiografía donde uno mismo no esté. Ser invisible. En esa época casi lo logro. Me alquilé un departamento de un ambiente, tenía el tamaño del vestidor de mis padres. Fui muy feliz ahí. Lo llamaba la oficinita. Daba a la plaza de la avenida Las Heras y no importaba que fuera mínimo. Era un ambiente de 3 × 5, con un baño. Nada más. Tenía un anafe dentro de un placard, pero no andaba porque no había gas. Compré un escritorio y una silla en el supermercado Easy y los puse en el medio del departamento. Cuando venían amigos a visitarme pensaban que yo estaba loco. Vos viniste, ¿te acordás, Chiri? Ahí pude escribir, en esa celda monacal que tenía el tamaño de un soneto. Me pasé un año escribiendo una novela larga. Daba cursos de redacción en estudios jurídicos hasta las dos de la tarde y después me iba a la oficinita a escribir. Tenía que conectarme a internet con *dial up*. Las fotos porno bajaban con una lentitud que hoy día sería insoportable. Cuando me trababa con la novela en la que estaba enredado, escribía unos sonetos para divertirme. No se los mostraba a nadie.

Ahí también salió una voz rara, combinada, donde inventé un personaje, que era yo pero hipersexuado (lo raro es que después ese personaje me tomó por completo). En ese momento apareció una manera de decir en la que podía poner todo lo que era —mi clasicismo y mi berretada cotidiana— en un poema de exigencia formal. Por primera vez me liberé. Adentro de esa cajita del soneto sentí una libertad total, aunque parezca contradictorio. Lo que pasa es

que el verso libre es un poco como cuando jugás solo a la pelota: nadie te la devuelve. En cambio el soneto te devuelve la pelota. Vos proponés una manera de decir algo y el soneto te dice podés hacerlo pero así, y además te exige una rima que termina trayendo palabras insólitas, más originales que las que se te podrían haber ocurrido en un poema de verso libre. Una vez rimé Uruguay con Jamiroquai, por ejemplo. Estoy seguro de que si no fuera por la rima nunca hubiera puesto a Jamiroquai en un poema. La poesía arrastra una especie de legado surrealista, de escritura automática y amorfa, que en el fondo cree en el inconsciente como una cantera de originalidad infinita. Pero el inconsciente es repetitivo y obse. El verso libre está preso. Al menos así lo sentí entonces, y en cinco años escribí como trescientos sonetos, algunos eróticos, otros no, algunos porno, otros moderados. Les puse pornosonetos. Cucurto había empezado con la editorial Eloísa Cartonera y me pidió algo para publicar. Le mandé los primeros cuarenta que tenía y él eligió veinte, creo, y los publicó. Se los mandé con el seudónimo de Ramón Paz. Después abrí el blog de los pornosonetos y los empecé a colgar ahí, linkeados desde *El Remisero Absoluto*. Sólo Cucurto sabía que Paz era yo. Una vez escuché a un tipo al que sé que no le caigo nada bien hablando entusiasmado de los pornosonetos.

¿Para qué estoy contando todo esto? Me perdí.

¿Cuánto se puede contar del entramado hormonal de las generaciones? ¿Importa realmente? Quién cogió con quién. Las generaciones literarias surgen, se interpenetran, se abortan, se saturan, se embarazan, se enemistan y se disgregan. Después quedan algunos amigos y amigas. Las discusiones no son estéticas ni éticas, son hormonales, y quizá políticas. Pero ni el peronismo poliforme provocó muchas peleas. Me acuerdo de haber estado una noche en una lectura donde había que sentarse en el piso y había unas amigas poetas que estaban particularmente hermosas sentadas cerca, entre el público. Mientras escuchaba pensé en un poema, que debe estar por ahí en un archivo de Word, que hablaba de ellas, de su belleza, de su sonrisa, de su mirada, de sus cuerpos de veintipico, y repetía el verso: «la luz de sus vientres no es para vos». Me sentía parte, pero también un poco afuera. Ya no era un veinteañero, andaba por los treintaytantos. Los novios de esas amigas tan lindas eran y serían otros, poetas, cuentistas, blogueros, pero no yo. Algunas noches me quedaba a dormir en la oficinita. Armé una cama con la *Enciclopedia*

Británica del año 67 que me había regalado papá. Levanté con los tomos una especie de tarima, arriba puse tres estantes de la biblioteca que estaba por armar, y arriba un colchón que compré. Tenía whisky, porro. Nadie me jodía ahí, podía estar horas en silencio, tirado en mi cama enciclopédica. La oficinita pasó de estudio a salón de usos múltiples. Las llaves circulaban entre amigos semiseparados que necesitaban una noche de refugio. Fue depósito de cajas con libros de la editorial Vox, de poesía, que me traía Gustavo López de Bahía Blanca y que editó los volúmenes II y III de los *Pornosonetos*. Las cajas servían de mesa para comer unos locros poderosos que hacían en Ña Serapia, la micropulpería vecina. Era un lugar angosto como un submarino, atendido por Héctor, un salteño al que el fotógrafo Marcos López le sacó una foto vestido con un traje marrón y un cuchillo enorme clavado en el corazón. Tengo que pasar por ahí a comer y a saludar. Hace rato que no voy.

Ahora veo otro motivo por el que no quería contar algunas cosas: el tono elegíaco con que se va tiñendo todo. Como si hubieran sido los mejores tiempos, la juventud perdida, etc. Nada de eso. La pasaba mal a veces, en esa época. No volvería atrás nunca. Está bien que el tiempo se coma todo. No soporto la repetición, la falta de cambio, el estancamiento invariable de la vida. Me gusta que todo se transforme, se rompa, se gaste. El río que durando se destruye, del que habla Neruda. La transformación es casi lo único que me interesa. Qué liberación poder hablarles así, sin pensar en el artículo, en el cuento. El mail es un género no contaminado todavía. A veces me gustaría recuperar mails que le mandé a alguna gente, en los que me parece que lograba decir algo que quería decir. Pero con la sucesión que hubo de distintas direcciones electrónicas desde el noventa y pico hasta ahora, sería imposible. Además, qué papelón pedir, años después, un mail que mandaste. Pero los mails todavía son un refugio al que no llega la radiación literaria. La gente escribe mails con toda naturalidad, cuenta con gracia las cosas, y después las quiere poner en un cuento o una novela y las arruina, con palabras como rostro pensativo, allí, luz cansina. Esa es la radiación literaria, que va mutando en tics de la época: lo que cada generación considera Literatura con mayúscula. Eso me gustó de los blogs en su momento, se olvidaban de esa mayúscula. La gente contaba su vida cotidiana sin pretensión literaria, sin darse cuenta de que estaba escribiendo bien. Contaban algo que les había pasado en el colectivo y

fluía como ese viaje, lo contaban con la ropa suelta, sin pensar en la solemnidad del papel. A mí los blogs me ayudaron bastante a relajar la mano, a bajar un cambio del motor literario. Y a la vez creo que es una búsqueda que no se consigue nunca, ni se abandona. Siempre hay dos fuerzas que tironean: la tradición y la propia época. Cada uno traza donde quiere —pero sobre todo donde puede— la línea resultante; ese es el estilo, ese lugar que uno va encontrando o buscando en cada oración, en cada párrafo.

Creo que como generación tenemos suerte (y algo de desgracia). Los nuevos soportes están provocando algo que no me animo ni a nombrar, porque no sé cómo se dice. Pero tenemos la posibilidad de explorar nuevas formas, de tratar de buscarle la máxima expresión al verbo eléctrico. Escribir *online* provoca una energía que a veces me ayuda y a veces me destruye. Como autores todavía no sabemos controlar bien el voltaje, y la tensión nos quema. Estamos en la parte de la película en la que el superhéroe descubre de pronto su superpoder y todavía no sabe manejarlo. No sé si les pasa a todos. A veces siento que entregar el verbo a la banda ancha en blogs y páginas web me permite comunicarme mejor, más rápido, más efectivamente, más suelto, con más gracia, con más gente. Y a veces la banda ancha me liquida, me atomiza en chats, mails, Google, series, música, y eso que me vengo manteniendo al margen de Twitter y Facebook (antes me cogía blogueras, ahora me cojo tuiteras, dice un amigo). La banda ancha a veces me atomiza hasta la nada. Queda el cerebro flotando en el gran paraíso narcisista del ciberespacio, en el autogoogleo que me deja saber qué opinó una bloguera griega de mi novela, porque copio su post en el traductor de google y leo una versión tarzánica de algo que se dijo sobre mí en alfabeto homérico, el navegante complacido de sí, dormido en los laureles invisibles de la web, me leen en Grecia, les gustó en Grecia, bravo Mairal, aplausos, no hace falta escribir más, mirate otro capítulo de *Mad Men*, entremos a *xvideos* y dediquémosle otra larga paja tántrica a una brasileña infernal, flotemos, flotemos en la banda ancha y amniótica, hay mails que llegarán invitándote una semana a dar una charla de veinte minutos en algún lugar paradisíaco, hay ex novias en el chat, hay más boludeces para ver en YouTube que estrellas en el cielo, hay flotación, ya vas a escribir, ya habrá ganas, la novela ya fue, el cuento ya fue, la literatura no existe más, acaba de estallar en mil pedazos, se hizo trizas de bits, porque el

tiempo mismo se rompió, la cronología, la calma de la lectura, la tarde entera leyendo un libro terminó, podés seguir lobotomizándote tranquilo dentro de la *matrix*, acá adentro están todas las sensaciones que necesitás.

Chiri, Hernán, ¿qué hacemos? ¿Cómo seguimos? Yo ya no puedo escribir. Cuando recibí su mail preguntándome si después de Fráncfort iba a pasar por Madrid, había leído en *Orsai* que se venía la revista y me dieron ganas de que me pidieran un texto. Almuerzo en Madrid, Cuesta San Vicente, dos de la tarde. Yo a Chiri lo había visto un par de veces hacía siete años, pero a vos Hernán no te conocía.

¿Los iba a reconocer? Ahí estaban ya con la botella de tinto a media asta. Qué bestialidad la cocina ibérica, son platos violentos, patatas bravas, patatas revolconas, la pata de jamón ahí, pero la combinan con delicadezas como el salmorejo. El asado criollo tiene su violencia explícita, pero le falta la compañía de alguna suavidad equilibrante y elaborada. Qué bien se come en España. Y qué rápido me puse a la par en la gradación de alcohol en sangre. Comimos bien y me acuerdo de muchas cosas que hablamos: del argentino en Europa como una falla feliz en la máquina; de los destinos no elegidos (como ese horrible final fatídico que podría haber tenido Casciari si no se iba a vivir a Barcelona y seguía desbarrancando en su ciudad natal); de los hijos en bicicleta; de las mujeres y la eterna batalla y las dificultades indisolubles de la vida en pareja; del gol de Maradona a los ingleses que iba a contar Hernán en dieciocho páginas; de Viel y Casas y Cucurto; de irse a vivir lejos; del blog como show y del libro como archivo; de la inexistencia de los géneros menores porque todo texto bastardo y desprestigiado puede tener fuerza verbal; de mi alter ego Adriana Battu y su observación del comportamiento primate de los varones mientras el Chiri seguía el paso de una mina que calzaba botas. Muchas cosas, y después de los tintos un whisky doble. Un pedo hermoso, un pedo diurno, tan distinto a las borracheras nocturnas que terminan a oscuras.

Fueron como tres horas de charla que yo necesité para confesarles que no puedo escribir más, que mi adicción a la banda ancha está fuera de control, que me disgregué en seudónimos y archivos Word y libretitas y ya no puedo reunir mis fragmentos contra mis ruinas, como dice *La tierra baldía*. Necesitaba la bendición de Hernán, el gran Papa de los blogs. «Escribí todo»,

me dijiste. Es un gran momento cuando uno entiende que no hay marco en la foto verbal, no hay encuadre, entra todo, hasta mi yo más vergonzoso contando, en la Feria de Fráncfort, de qué se trata la novela que supuestamente estoy terminando y de la que no escribí una sola línea. A mi editor alemán le dije que es sobre mi infancia; al español, que es sobre el *backstage* de los congresos literarios. A mi agente le dije casi la verdad, que tengo un libro de textos cortos al que a veces quiero ponerle de título *La novela que no estoy escribiendo*, pero que es un libro sin unidad, o con alguna unidad que yo no veo, un libro disgregado, atomizado, que también puede llamarse *El Señor de Abajo*, porque quizá el único centro gravitacional que tenga sea el sexo. De todo eso hablamos y nos despedimos, porque ustedes tenían que tomar el tren en Atocha a las seis. Entonces me fui caminando y crucé Plaza de España hacia el departamento de mi amigo Jaime donde me estaba quedando y que está ahí, a unas cuadras. Iba por los senderos de la plaza, era un martes, 12 de octubre, feriado, ¿no?, porque me acuerdo que había un aire de fin de semana en la gente, las parejitas, los perros, y vi que tenía un cordón de las zapatillas desatado. Ya me lo voy a atar, pensé, y seguí, pasé delante de la estatua del Quijote y Sancho, los saludé y me dije que si esto fuera un cuento tendría que terminar acá, en lo más alto de la euforia ética, caminando con el cordón desatado y saludando al caballero de la triste figura y a su escudero. Les mando un gran abrazo,

PEDRO

Enero en Buenos Aires

No tengo banda ancha en el nuevo departamento. Una vez cada varias horas intento conectarme a algún wifi de los vecinos y si lo consigo, reviso mails que no contesto. Me encerré a escribir un guión que debo desde hace tiempo. No levanto la persiana. Dejo el aire acondicionado prendido. Escribo parte de una escena y después disparo las flechas con sopapa que le regalé a mi hijo para que juegue cuando viene a casa. Disparo al vidrio, tres flechas. Trato de acertarle al blanco que dibujamos ayer con marcador. Algunas se pegan, otras no. Escribo otro pedazo de una escena. Me levanto, despego las flechas, me vuelvo a sentar. Escribo. No estoy en Buenos Aires (estoy pero no estoy). En enero se puede no estar. Es el mejor mes. Se puede ser como Wakefield. Uno se podría mudar a la vuelta de su casa y no volver nunca más. De pronto a las dos de la mañana tengo el cerebro quemado. Salgo a la calle. Esquivo los charcos de los aires acondicionados. Compró agua en el kiosco. Soy feliz. Cuando soy invisible no me cambio por nadie.

Las cosas cuando terminan

Llevaba una semana viviendo en el departamento nuevo cuando terminé de ordenar la biblioteca, salí al balcón y lo vi a Julio, el portero del edificio donde alquilaba antes. Ahora estoy en un piso 16, me mudé a una cuadra. Ahí estaba Julio, en la azotea del edificio anterior, fumándose un pucho, escapándose un rato de las viejas con perro. «¡Julio!», le grité. Al principio no me oyó. Había que hacerse oír por sobre las sierras eléctricas de las obras, los motores del tráfico, el rumor del barrio, los aviones de fondo. Le grité un par de veces más hasta que miró para mi lado. Él sabía que yo me mudaba ahí a la vuelta. Levanté el brazo, lo saludé como de un barco a otro, de lejos. Cada uno en el techo de un edificio gigante, cada uno al borde de su precipicio. Entre los dos había un abismo. Al final levantó el brazo y gritó: «¡Pedrito!».

En la ciudad no hay distancia espacial, no hay aire entre la gente. Estás cabeza con cabeza en el subte pero separado por una distancia sofocante, la distancia del siamés, la distancia de la necesidad de anular al otro por proximidad, cuanto más cerca lo tenés menos existe el otro. Por eso me gustó ese saludo en el viento de la altura. En ese edificio había dos Julios, y los dos eran porteros. El otro Julio se había jubilado el año anterior y cuando se fue dejó una carta para todos, que estoy tratando de buscar y no encuentro. Contaba de sus cuarenta años de trabajo en el edificio, de todo lo que había visto. Eran quince pisos con ocho departamentos por piso: ciento veinte departamentos, unas cuatrocientas personas más o menos. Un pueblo chico, vertical. En todos esos años había asistido partos, había estado en velorios, había salvado a una mujer que se quiso tirar por la ventana, había ayudado a apagar incendios. Un bombero involuntario. No lo contaba haciéndose el héroe, sino como una consecuencia lógica de estar tantos años como encargado de esa estructura gigante. Fue la carta más digna que leí jamás.

El Julio que quedó sale a fumar a la azotea, como un chico rateándose del colegio. Hay algo antiguo en saludarse así, de lejos. Hoy día la gente se llama

por celular o se manda mensajitos dentro de la misma casa. Pero gritarse así... Quizá en la cancha todavía se hace. De hecho la cancha es el lugar del grito autorizado. Hay felicidad en gritarse de cumbre a cumbre, como una manifestación del yo en reconocimiento del otro. Un juego de probar el espacio, poblarlo, ser enorme por un instante. Me contaron que los sherpas del Himalaya, de tanto llevar escaladores argentinos, se gritan boludo desde lejos. Es el legado cultural que vamos aportando al mundo. Los escaladores argentinos se gritaban así y a los sherpas les gustó y ahora lo usan. Se gritan a la distancia un largo boludo que atraviesa el viento helado de las cumbres. No sé si será cierto, pero me gustó cuando me lo contaron.

Me intrigan los finales. Cuando las cosas se terminan, ¿cómo se terminan, cómo es el borde, la cola del lagarto, la última parte, la despedida? Ordenar la biblioteca fue el final de algo. El final de una época confusa, medio nómada, desperdigada. Me dio muchísimo trabajo, no físico, sino mental. Estuve años sin poder ordenar los libros. Estoy pensando por qué. Más allá de la falta de espacio, supongo que no quería tomar decisiones: qué libros se iban, qué libros se quedaban. Eso te obliga a definirte, definir una estética, un canon personal. También estaban los libros de poesía que me dejó el que fue mi maestro. Los tenía en unas cajas sin animarme a mirarlos mucho. No podía. Porque eso implicaba aceptar plenamente que él ya no está. Fueron demasiadas mudanzas, demasiado quilombo en estos siete años. Tuve que encontrar la calma, el tiempo, las ganas. Aceptar que la gente se muere y dejar que pase el tiempo para poder reencontrarse con sus palabras, sus libros, su lectura. Sumar sus libros de poesía a los míos terminó siendo una gran felicidad. Sus primeras ediciones de Neruda, un libro de Wilcock dedicado que dice «Al Grillo, con toda la amistad que merece su inteligencia y que de todos modos es ya irreparable. J. R. Wilcock 7645»; otra de Mastronardi que dice: «A Félix della Paolera, con el recuerdo de hermosos días australes y con el afecto cierto de Mastronardi, Viedma, 63». Lo bien que me hizo unir fuerzas con Grillo. Sumar nuestros libros. Fue como agregarle parte de su memoria a mi cabeza, sumar espacio. Algo se despejó. Esos libros que Grillo leyó y que voy leyendo de a poco, incorporándolos. Saber que están ahí en los estantes sus libros barajados con los míos. Terminé de hacer eso, salí al balcón y lo vi

a Julio. Ganas de saludarlo a Grillo así, de lejos, de una montaña a otra. A él le gustaba el cuento de los sherpas.

Las cosas, cuando terminan, parecen ordenarse, encontrar su destino. Entonces empieza la distancia, se empieza a ver el dibujo total, la perspectiva invisible en la que estábamos metidos. Yo creo en el destino sólo cuando miro hacia atrás. Cuando miro hacia delante creo (quiero creer) en la libertad. Los finales, buenos o malos, tristes o felices, abiertos o cerrados, siempre perfeccionan, mejoran, dan un sentido a lo que parecía no tenerlo.

¿Qué empieza ahora? Otra manera de escribir, quizá. Mi hija de seis meses tiene ciclos de juego de quince minutos, más o menos. Un cuarto de hora que yo aprovecho como si fuese oro. Estoy aprendiendo a hacer coincidir mis párrafos con esos ciclos. Su rotación es así: se queda en su manta, luchando boca abajo con un pulpo de peluche; o en una hamaca con sonajeros colgantes que patea con energía de recién venida al mundo; o en el cochecito, sentada estrangulando una jirafa sucia. A veces no le gusta y hay que intentar otra variante: mamadera, cuna, cambio de pañal. Muchas veces esto pasa en medio de la oración, la niña llora en tu frase, el alarido hace eco en tu estructura sintáctica y la derrumba como las trompetas a la muralla de Jericó. No podés seguir. La furia del bebé gigante de *El viaje de Chihiro*, así de impostergable es su reclamo. Si la dejás llorar, empieza un terremoto mayor, que te destruye la paciencia, la autoestima, de pronto sos un psicópata insensible, lleno de furia, un padre no apto para la paternidad, de esos que dejan al bebé en el auto para meterse a apostar en el casino.

¿Qué provoca ese llanto en tu cerebro? Si no fuera así de irritante, la humanidad ya se hubiera extinguido hace rato. Tiene que ser molesto el llanto para que te ocupes de la microtirana inválida. Una invalidez en vías de sanación. Porque a medida que pasan los días, las semanas, mueve las piernas con más control, bracea, patalea, nada en seco, levanta la cabeza, va a gatear, a agarrarse de las cosas, a pararse, a caminar, un milagro, *talithá kumi*, niña levántate.

Y cuando la tengo en brazos para distraerla, ocuparme de ella, cambiarla, preparar la mamadera, me quedo pensando en lo que venía escribiendo, en lo que sigue, en cómo sigue, pero muchas veces se me empieza a deshacer, la cabeza se mete en una zona preverbal, caigo en una especie de dialéctica

cavernícola: quiere o no quiere comer, hizo o no hizo caca, tiene o no tiene sueño. Una vez resuelto ese dilema hay que volver a meterse en la historia de Occidente. No es fácil. Salir y volver. Porque ya entraste en su idioma gutural, su dadaísmo, sus onomatopeyas, su presente continuo, ya te acostaste en el piso para jugarle, ya volviste a tu momento de primer anfibio reptante, tu estado de axolotl amniótico, y le empezás a hacer miniataques de león en el cuello, en la panza, y la risa que le da. No hay mayor felicidad. A no quejarse. En todo caso aprenderás a usar párrafos más cortos. Tu escritura va a lograr más concisión, tu hija te va a ayudar a afilar el estilo y ser más directo. Al final de cada párrafo hay un bebé llorando.

¿Se podría escribir una novela sólo hecha de finales? Si *Museo de la novela de la Eterna*, de Macedonio, es un libro sólo hecho de comienzos, una serie de prólogos de una novela que está siempre empezando, se podría entonces escribir una novela que esté siempre terminando, donde todo parezca la última página. Alguna vez vi una recopilación de finales, últimas páginas de novelas y cuentos célebres, y no funcionaba. Faltaba lo que en música se llama (creo) gravitación tonal. Antes del fin hay una serie de elementos, una tensión, una curva que se está por completar, algo se vuelve inminente, se acerca el desenlace, los acordes sugieren otros acordes, los anticipan, los atraen con su gravedad, los necesitan, y entonces sí, sucede, se vuelca el camión de naranjas, se muere el rey, se despiden los amantes, caen los acordes derramados en su propio peso y se termina. El final llega con naturalidad de final. No se puede recortar la última página, porque la última página empieza mucho antes de la última página.

En cine me gustan los finales largos, que siguen, los finales tristes también. Por ejemplo, *Cinema Paradiso* tiene un gran final. La idea de algo que está recortado a lo largo de toda una película (una vida) y que se manifiesta todo junto al final, una secuencia de besos censurados, uno tras otro, un legado, un regalo que deja alguien que muere. (Todos sus libros de poesía.) Un final perfecto. Y el final de *Midnight Cowboy*, donde el personaje de Ratso se muere en el ómnibus yendo a Florida, los pasajeros se dan vuelta para mirar, y su amigo, su compañero de derrotas, Joe Buck, le pasa el brazo sobre el hombro. Lo cuida. Ratso está muerto pero igual Joe lo cuida. Y por la

ventanilla pasan hacia atrás las palmeras de Miami. Ese tiene que ser el mejor final del mundo.

¿Y el final de *¡Átame!*? Victoria Abril, Antonio Banderas y Loles León yendo en auto por la ruta, cantando «Resistiré para seguir viviendo...». Los finales musicales son peligrosos pero pueden funcionar, sobre todo si el secuestrador, la secuestrada y su hermana terminan contentos y entonando juntos una canción. En *El gusto de los otros* vemos y oímos durante toda la película a uno de los personajes tratando de tocar algo en la flauta traversa. No le sale, pifia, repite, vuelve a intentarlo. Al final, vemos que empieza a tocar esa melodía que no tenía sentido por sí sola, pero ahora lo hace junto a una orquesta. De pronto, su flauta se vuelve parte de un todo, se vuelve una pieza más de algo armónico. En ese sentido funcionan como redentores esos finales donde, a pesar del gran fracaso del protagonista, las piezas rotas de su destino terminan conformando algo distinto, inesperado y finalmente vivo.

Cuando mi hijo mayor empezó a ir doble turno en preescolar, estaba indignado, no sólo conmigo sino con toda la idea.

—¿Cómo te fue? —le pregunté el primer día.

—Bien —me dijo—, pero ¿sabés qué? Cuando termina, sigue.

Eso me dijo. Y yo me di cuenta de que hay muchas cosas que cuando terminan siguen: películas, novelas, relaciones. Eso me interesa, cómo terminan, cómo se terminan las relaciones.

Si hago un inventario de escenas de rupturas amorosas, la cosa es más o menos así:

- De ómnibus a ómnibus, volviendo del campo de deportes, cruzo miradas con V. L., una morocha de ojos verdes. Veo que le dice algo a la amiga sobre mí. Estoy seguro de que le gusto. Se lo cuento al Vaca G. Un rato después llega ella con su amiga al rincón del patio y me dice: «No digas pavadas, nene, no gusto de vos», y se va. La relación más corta del mundo. En ese mismo recreo, rompo con del zapato varios azulejos del baño. Ingreso por primera vez al lado oscuro.
- Plaza de Olivos a la noche, en un banco. S. me dice: «Si yo te digo por teléfono “hola, amor” vos no podés preguntar “quién es”».

- Pizzería en Almagro, L. pide un vaso de agua y, después de dos años de cajitas de Prime, se toma en mi cara la pastilla para coger sin forro con su nuevo novio.
- En la calle Galileo yo caigo de sorpresa con flores y el sereno me chusmea divertido que la hermosa C. tiene un novio fijo, un pelilargo que se queda a dormir. Encima lo conozco.
- Un bar horrible de avenida Las Heras con N. Después de meses de telos, ahora uno a cada lado de la mesita enclenque, sin tocarnos, como si en medio hubiera un blindex de cárcel norteamericana. Hablamos de otras cosas. Sabemos que no podemos vernos más.
- B. muy enojada, llamándome pendejo cada tres frases. Se acabó el mundo. Yo guardo mi bici en el baúl del auto y me voy a lo de un amigo que vive cerca. En la puerta trato de bajar la bici, se traban los pedales, el manubrio, los frenos, tironeo furioso. Lloro como un pendejo.
- F. en la ducha me dice que no quiere. «No puedo más», dice. Se deshace el abrazo, giramos con cuidado, por lo angosto de la bañadera y el piso jabonoso, una especie de paso de tango al revés, nos damos la espalda, como dos retados a duelo que caminan en sentido contrario para después rematarnos de lejos con disparos certeros en Tribunales. • M. diciéndome con buena onda pero algo dolida en un taxi, en un reencuentro amistoso: «Me discontinuaste como jean nevado».
- J. viene a casa con calzas de gimnasia. Trae comida. Se niega a coger. Me humillo con insistencias y ruegos. Se niega. Disfruta de su dominio. Tiene diez años menos que yo. «Los culitos van y vienen», me dice.
- El día de la discusión final, T. abre su mail en mi *laptop* y sale sin cerrar la sesión. No nos vemos nunca más, pero yo sigo todo su duelo por sus chats y sus mails con sus amigas. Me entero, sin filtro, de los apodos con los que me llaman. Leo lo que opinan sobre mí, lo que opinan de mis libros. En un momento, sospecho que ella sabe que la espío y que me manda mensajes indirectos, venenosos. Borro su contraseña para siempre.
- F. me manda mensajitos, que la llame. Dice que tiene un atraso. Le digo que se haga un Evatest. Le pregunto si se lo dijo también al escritor con el que, quizá para darme celos, me contó que se había acostado. Me

insulta con un mail larguísimo. Da vueltas durante días. Yo no duermo. Le gusta el fantasma del embarazo, lo hace durar. Un día me pidió que vuelva a un telo a buscarle el cinturón de un impermeable italiano. Fui y no lo encontré. Al final no estaba embarazada.

- Una noche, dos semanas antes de casarse, V. manda un mensajito y viene a mi casa medio borracha después de una fiesta. Sólo quiere coger por última vez. Casi no me habla. Después lagrimea. Yo, haciéndome el *cool*, le digo que no sea tan terminante, que deje que las cosas fluyan. No la veo nunca más hasta dos años después, cuando me la cruzo con marido y bebé. Está radiante.

Las cosas llegan a su fin. «Me fui como quien se desangra», dice Fabio Cáceres al final del *Don Segundo Sombra*. «Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta mi caballo y, lentamente, me fui para las casas. Me fui como quien se desangra.» Fabio se separa de su padre adoptivo, que sigue con su vida nómada, y él vuelve a su nueva casa. Ahora es patrón. El tipo libre que era antes ahora se desangra, se muere, ya no tiene fuerza, se acaba, se va. La última palabra es *desangra*. Habría que hacer una aplicación que nos revelara la última palabra de todas las novelas. El gran sí, del *Ulises* de Joyce. Molly Bloom recuerda cuando le dijo sí a un soldado, besándolo en Gibraltar. La novela es un gran no, una pareja que no va más, un tipo que deambula todo el día por Dublín haciendo tiempo para no volver a su casa porque sabe que su mujer le está metiendo los cuernos con un conocido en su propia cama. Ese es Leopold Bloom. Y Stephen Dedalus le dice no a su religión, *Non serviam*, un claro no. En cambio al final el río femenino de Molly es el Sí, con mayúscula, serpenteando en esa ese. *Yes I said yes I will Yes*. Primero lo rodeé con los brazos sí y lo atraje encima de mí para que él me pudiera sentir los pechos todos perfumado sí y el corazón le latía como loco y sí dije sí quiero Sí.

¿Cómo se termina un cuento, una novela? ¿Cómo se termina un párrafo, una oración? Lo que está al principio y al final es lo que más se ve. Desangra. *Yes*.

¿Los párrafos son pequeñas estructuras, como células donde se guarda el ADN del texto? ¿Está codificada la novela en una sola oración? ¿Esa larga

frase dentro del monólogo de ser o no ser, de *Hamlet*, que termina con la expresión *puñal*, guarda la violencia del final sangriento? Dice: «¿Quién podría soportar los azotes y las burlas del mundo, la injusticia del tirano, la afrenta del soberbio, la angustia del amor despreciado, la espera del juicio, la arrogancia del poderoso, y la humillación que la virtud recibe del indigno, cuando uno mismo tiene a mano su descanso en el filo desnudo del puñal?». La punta de la oración es la punta del puñal. Si la palabra *puñal* estuviera puesta en medio de la enumeración, perdería su filo. Pero puesta al final está perfecta, sobre todo si pudiéramos tomarnos la libertad de traducir *bodkin* por «navaja», que en su jota parece que corta hasta la yugular.

¿Los humanos dónde terminan? ¿En la sangre? ¿En el ombligo? ¿O en el remolino de pelo de la cabeza? ¿O en la boca por donde muere el pez? El último aliento. ¿Y la ciudad? Siempre me gusta ver cómo se va deshaciendo la condensación urbana. «La ciudad se desgarraba en suburbios», dice Borges. Se va rompiendo. Quedan atrás los edificios, las casas se vuelven bajas, se ve el cielo, aparece un baldío, gomerías, fábricas, telos, negocios de venta de piletas... Hay un fanzine de Juan Sáenz Valiente que se llama *Más allá de la Richieri*. La historia, contada sólo con imágenes, es más o menos así: en la estación de ferrocarriles Ezeiza, que queda junto a un lago y un puerto con hidroaviones, una especie de Caperucita Roja o de Dorothy de *El mago de Oz* toma un tren a vapor, entre maleteros enanos y hombres chancho. Lleva una bolsa del Duty Free Shop. El tren bordea carteles de Duhalde presidente. En el camarote viajan también el editor argentino Daniel Divinsky y He Man, que lee el diario *Semanario* con las favoritas del *Bailando por un sueño*.

Pasan frente a paradas de colectivo donde unos viejos personajes de dibujos animados esperan el colectivo, frente a un negocio de piletas riñón paradas de punta, donde el muñequito infantil Gaturro fuma desencantado y en chancletas porque no vienen clientes. Caperucita se baja del tren con su bolsa del *free shop*, atraviesa descampados, zanjones, alcantarillas, cruza alambrados. La salen a recibir unos hombrecitos perro, gorditos con micropene y cabeza de pastor alemán. Cantan los pájaros del conurbano. Ella y los perros hacen una pausa significativa en el monte. Después bordean una ciudad antigua y escalonada. Pasan entre torres de alta tensión, junto a una estatua gigante de Mafalda, torcida y rota en la arena, perteneciente a una

antigua civilización, y finalmente llegan. En unos géiseres se baña, rodeado de cajitas de vino vacías, la Mona Giménez, el cantante de cuarteto, monstruoso, enorme, casi como un Jabba varado en el barro. El regalo del *free shop* es para él. La Mona lo abre: es un reproductor de DVD. Los personajitos de historieta forajidos en ese *far west* bonaerense celebran. Está Larguirucho, escapado para siempre de la historieta para niños, envilecido y sin afeitado, hay señoras con cara de tías y abuelas, están los hombrecitos perro, hay Clementes, un Bart Simpson, un Dieguito Maradona arruinado, el Topo Gigio... Todos contentos en las ruinas de un mundo que fue, los escombros de una infancia devastada. Caperucita regresa atravesando sola el campo. Detrás, en el atardecer, brilla poderoso el logo de DVD Video TM. Fin.

Fin de todo. Fin de la ciudad, fin del libro, fin del artículo, fin del párrafo, fin de la frase, fin del fin. Y cuando termina, sigue.

«Te doy contra el ropero hasta que aparezcamos en Narnia», dice la mejor frase popular acuñada en los últimos años. Aparecer en Narnia es algo que nunca va a suceder, por lo tanto te doy hasta la eternidad. O también se puede entender como que aparecer en Narnia es la metáfora del gran orgasmo. Y de eso pensaba hablar. Pero no. Iba a hacer paralelismos del final, de terminar, acabar, etc., pero me cansé un poco de los temas sexuales. Creo que sólo hay que hablar de los polvos malos. Todos los polvos felices se parecen; los infelices lo son cada uno a su manera. La tristeza es mejor para escribir. Hace un mes, volviendo de Medellín, vi a una familia dividida en dos, todos llorando. Los que hacían la fila de migraciones y los que quedaban del otro lado. No me gusta ver nenes llorando. Escribir no soluciona nada real. Sólo alivia al autor, al ordenar un poco el caos de su cabeza. Uno se cree inmortal. Te creés que vas a ir a tu propio entierro, vas a leer un discursito vos mismo junto a tu féretro. El cerebro no concibe realmente la idea de dejar de existir. Por suerte. Me gustan los finales íntimos, que suceden para adentro. Los finales donde sólo el protagonista y el lector saben que todo está terminando. Para los demás, el mundo sigue.

Agradecimientos

A Leila Guerriero, que me hizo volver a escribir.

A los editores de revistas colombianas, mexicanas, argentinas y francesas, que me invitaron a publicar en sus páginas: Daniel Samper, Fernando Gómez Echeverri, Guadalupe Nettel, Amalia Sanz, Pablo Perantuono, Hernán Casciari, Chiri Basilis, Diego Posadas, Juan Pablo Fernández, Daniel Ulanovsky, Victoria Liendo y Gersende Camenen.

A los organizadores de ciclos, congresos y festivales por invitarme a leer y a recorrer el mundo: Januario Espinosa, Ksenija Bilbija, Marcelino Freire, Mayra Santos-Febres, José Manuel Fajardo, Cristina Fuentes La Roche, Gabriela Alemán, el British Council, Cecilia Barragán Pérez, Cecilia Szperling, Diego Erlan, Pablo Braun y Cecilia García-Huidobro.

A mis amigos Claudia Prado y Julián Martínez Vázquez, que me acompañan desde tiempos universitarios y andan por estas páginas.

A mis seudónimos Adriana Battu y Miguel U, por hacer conmigo el blog *El Señor de Abajo*.

A los lectores de *El Señor de Abajo*, que sumaban con sus comentarios y su lectura.

A Mónica Martín y Txell Torrent, de MB Agencia Literaria, por ese viaje relámpago a Barcelona.

A Pili Quintana, Toño García Angel, Iván Thays, Karla Suárez, Álvaro Bisama, Alejandro Zambra y más amigos de Bogotá39.

A Joan Barril, *in memoriam*.

A los amigos del taller, unidos en Grillo, en Gervasio y en Mermet: Ana Quiroga, Alejandro Crotto, Marcos de Soldati, María Landívar, Inés Castro Almeyra, Solange Camauër, María del Carril, Silvestre Vila Moret, Julieta Caracoche, Cynthia Smart, Ana Agote, Mariana Bozetti, Fran Villanueva y Enriqueta Racedo.

A Casas y Cucurto y Gustavo López por la risa y la poesía.

A Matías Rivas, por su generosidad y por hacer que este libro cruce los Andes.

A mis hijos, Lucía y Francisco.

Gracias a todos.

Origen de los textos

«Quiero escribir pero me sale espuma»: Leído en el ciclo Manifiesto, Buenos Aires, 2009.

«La novela que no estoy escribiendo»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 27 de octubre de 2008.

«La importancia del deporte»: Leído en el ciclo Confesionario organizado por el Centro Cultural Ricardo Rojas, Buenos Aires, 2008.

«La entrega»: Publicado en la revista *Número O*, n.º 3, México, 2009.

«Campamento en Maschwitz»: Publicado en la revista *Ricardito*, n.º 5, Buenos Aires, 2004.

«Jardín de infantes»: Publicado en la revista virtual *Cahiers de LIRICO*, n.º 11, 2014.

«Su vulva aterciopelada»: Publicado en revista *Ricardito*, n.º 5, Buenos Aires, 2004.

«Tocar a Gimena»: Publicado en la revista *Don Juan*, Bogotá, septiembre de 2008.

«Un ómnibus en el aire»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«El sobrino de Bioy»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«El extranjero»: Publicado en la revista *Latido*, n.º 28, Buenos Aires, 2001.

«Apago el motor»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 17 de octubre de 2008.

«Babas del diablo»: Leído en FILBA, Ciudad de Azul, abril de 2014.

«La niebla»: Publicado en la revista *Lamujerdemivida*, n.º 70, Buenos Aires, abril de 2013.

«Adiós, señora Ana»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«La poesía del hombre invisible»: Publicado en revista *Dossier*, n.º 27, UDP, Santiago de Chile, 2015.

«El anatomista»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«Desde el camión»: Publicado en la revista *Brando*, Buenos Aires, mayo de 2010.

«Ensayo sobre las tetas»: Publicado en la revista *Brando*, Buenos Aires, 2006.

«El culo de una arquitecta»: Publicado en la revista *SoHo*, Bogotá, febrero de 2008.

«Conducta en los cócteles»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 31 de marzo de 2008.

«Detrás de Natalia»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«El gran guionista»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 13 de agosto de 2007.

«Muriendo bajo la lluvia»: Publicado en la revista virtual *Cuatro Cuentos*, n.º 19, octubre de 2012.

«Mudanzas al Paraguay»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 11 de septiembre de 2007.

«Notas de aeropuerto»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 14 de noviembre de 2007.

«Latinoamérica queda en Europa»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«La Grève»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 29 de octubre de 2007.

«La catalana»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 17 de diciembre de 2007.

«Bajofondo bogotano»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, agosto de 2007.

«El viaje dentro del viaje»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, marzo de 2007.

«Para Hilde»: Publicado en revista *Otro Cielo*, n.º 3, Buenos Aires, mayo de 2010.

«Qué pena me da tu caso»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«Mofongo con churrasco»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«Oración»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 9 de agosto de 2007.

«Es ahora»: Publicado por primera vez en *Maniobras de evasión*.

«Un mail»: Publicado en la revista *Orsai*, n.º 1, enero de 2011.

«Enero en Buenos Aires»: Publicado en el blog *El Señor de Abajo*, 8 de enero de 2008.

«Las cosas cuando terminan»: Publicado en la revista *Orsai*, n.º 16, diciembre de 2013.

«Arrimo estos fragmentos a mis ruinas.»

T.S. ELLIOT

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Maniobra de evasión*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Pedro Mairal nació en Buenos Aires en 1970. Su novela *Una noche con Sabrina Love* recibió el Premio Clarín en 1998 y fue llevada al cine. Ha publicado también las novelas *El año del desierto* (2005) y *Salvatierra* (2008), el volumen de cuentos *Hoy temprano* (2001), y los libros de poesía *Tigre como los pájaros* (1996), *Consumidor final* (2003) y la trilogía *Pornosonetos* (2003, 2005 y 2008). En 2007 fue nombrado uno de los 39 mejores jóvenes escritores latinoamericanos por el Hay Festival de Bogotá. Trabaja como guionista y escribe para distintos medios de comunicación. En 2013 publicó *El gran surubí*, una novela en sonetos, y *El equilibrio*, una recopilación de las columnas que escribió durante cinco años para el diario Perfil. En 2015 publicó en Chile *Maniobras de evasión*, un libro de crónicas. Su última novela, *La uruguayaya*, ha recibido en España el Premio Tigre Juan 2017 y lo ha confirmado como uno de los más destacados autores argentinos de su generación.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Maniobra de evasión*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[La uruguaya](#), Pedro Mairal

[Una noche con Sabrina Love](#), Pedro Mairal

[En la mitad de la vida](#), Kieran Setiya